

Cristo

¿La Gran Verdad o sólo mentira?

Sara de Jesús y Sonia González

Cristo

¿La Gran Verdad o sólo mentira?

VOZDEPAPEL

© Sara de Jesús y Sonia González

© VOZDEPAPEL

Raimundo Lulio, 20, 1º Dcha.

28010 Madrid (España)

Tel.: (34) 91 594 09 22

Fax: (34) 91 594 36 44

correo@vozdepapel.info

www.vozdepapel.info

Directora editorial: Lidia González

Responsable de edición: Maya Granero

Primera edición: marzo de 2005

Depósito Legal:

ISBN: 84-96471-01-2

Impresión:

Este libro no podrá ser reproducido, ni parcial ni totalmente, sin el previo permiso por escrito de los titulares del «copyright».

Todos los derechos reservados.

Índice

Agradecimientos	11
Prólogo	13

EL HOMBRE COMO BÚSQUEDA DE ALGO MÁS

1	El hombre como pregunta	15
2	¿Pregunta de unos cuantos?	16
3	¿Cómo surge la pregunta por el sentido?	21
4	¿Y si no hay sentido?	22
5	No buscar es huir	33
6	¿Cuál es la pregunta? (preguntas y Pregunta) ..	35
7	Indicios de credibilidad en el cristianismo	40
8	¿Por qué empezar por el cristianismo, si hay más religiones?	44
9	Otro indicio, quizá más importante: un cristiano serio	52
10	Si no se busca en serio, no se puede comprender a Cristo	53

SI HAY RESPUESTA, ¿CÓMO RECONOCERLA?

1	¿Cómo reconocerla?	55
2	Como cualquier realidad, casi	55
3	¿Cómo es la certeza que de verdad importa? ..	56
4	¿Superior, razonable, pero no irracional?	60

5	Misterio que supera pero no anula mi razón . . .	61
6	Está, ¿pero oculto?	64
7	Que no me lo impida el ambiente cultural	65
8	¿Y el corazón?	65
9	¿Algo o Alguien?	66
10	El obstáculo real es el escándalo	67
11	Alguien que me humaniza	69

¿SE PUEDE PRETENDER CONOCER A CRISTO CON SEGURIDAD?

1	Recapitulemos	75
2	La crítica histórica: Cristo no es una leyenda, existió realmente	77
3	La crítica literaria (I): Cristo no es un mito, dijo que era Dios	92
4	La crítica literaria (II): Cristo no es un esotérico, dice que es Dios en sentido categórico	99
5	Conclusión	102

LA INAUDITA PRETENSIÓN DE CRISTO

1	Introducción: leer con seriedad los evangelios y decidir	103
2	Jesús de Nazaret posee y ofrece una relación especialísima con Dios	104
3	El esperado durante siglos	107
4	¿Qué pretende ser Jesús para el hombre que busca su razón de ser?	117
5	¿Qué pretende hacer Jesús con la soledad de la culpabilidad que experimentamos?	122
6	¿Quién ese éste que se pone por encima de la Ley de Dios?	126
7	Jesús exige para sí la fe que se debe a Dios	130

8	Eso de los milagros	134
9	¿Quién puede desafiar nuestra libertad pidiéndonos todo lo que somos?	138
10	¿Un reino de Dios en medio de nosotros?	143
11	Recapitulación final	148

EL GRAN SIGNO DE CREDIBILIDAD

1	Introducción	151
2	¿Engaña Cristo? ¿Es un impostor?	153
3	¿Se engaña Cristo? ¿Es un loco?	156
4	El gran signo de credibilidad: su resurrección .	161

¿Y LA IGLESIA?

1	¿Cómo llegamos a esta pregunta?	175
2	La pregunta pertinente	177
3	¿Quiso Cristo la Iglesia?	180
4	Otras cuestiones, menos importantes	185
5	¿Por qué no se percibe así la Iglesia?	192
6	Cuestión de método: preguntar a los que sí saben	195

CONCLUSIÓN: CERTEZAS DE UN CORAZÓN RAZONABLE Y DE UNA RAZÓN CORDIAL	199
--	-----

Bibliografía	201
------------------------	-----

Agradecimientos

No podríamos comenzar este libro sin antes agradecer a Íñigo Saenz de Miera, Ángel Sánchez Palencia, Tomás Alfaro, Salvador Antuñano y M^a José Díaz su trabajo en cada uno de los capítulos. Todos ellos son coautores del libro *Wanted ¿vivo o muerto?*, editado en diciembre de 2003.

Dicha obra se fue forjando a raíz de los seminarios organizados por un grupo de profesores de la Universidad Francisco de Vitoria y nos ayudó enormemente a profundizar y reflexionar sobre cuestiones vitales que se abordarán más adelante. Con el deseo de facilitar el estudio a todos los que, como nosotras, quieren tomarse en serio su vida, hemos coordinado la edición de este libro. Quiere ser una versión breve, sistematizada de modo diverso y más pulida de aquél. La lectura más ágil facilitará sin duda el acercamiento a una experiencia tan profundamente humana y enriquecedora como plantearse estas cuestiones y hacer el camino concreto que aquí proponemos.

Por último, queremos agradecer al P. Florencio Sánchez, LC, su apoyo y ayuda en este proyecto, así como a las demás personas que comparten con nosotras cada día esta apasionante aventura de la vida.

PRÓLOGO

Situación de partida y pregunta abierta.

¿Conoces esa sensación de vértigo? ¿Alguna vez te has encontrado con la mirada perdida, buceando en tu interior, cuestionándote el sentido de todo? ¿De tus creencias? ¿De la vida? ¿De tu vida? Y si de repente se esboza una salida que no es la que tú esperabas... si alguien te plantea la posibilidad de ir más allá: ¿te cuestionarías los cimientos de tu existencia? ¿Y si te llevaran frente a un abismo? ¿Y si ese abismo te enfrenta a Alguien?

Cristo, ¿la Gran Verdad o sólo mentira? trata de ser la respuesta vivida a la pregunta que lleva por título. La vida en sí es ya un gran interrogante, una búsqueda, y ningún hombre que quiera vivir como tal puede eludirla. De hecho, dejando que esa pregunta se formule con toda su profundidad y dramatismo, la vida se vive con mayor intensidad. Ser consciente del «drama» de la existencia nos hace más profundamente humanos.

La historia de la humanidad se puede describir como la búsqueda de la respuesta a las preguntas que laten en el corazón del hombre. El recorrido cultural e histórico que el tiempo concede nos facilita muchas respuestas, algunas más exitosas que otras. Sin embargo, ni siquiera esto nos evita cuestionarnos el porqué de nuestra existencia o el sentido de la trascendencia, ni nos hace más fácil la búsqueda de una respuesta satisfactoria, que debe ser ineludiblemente personal.

Tampoco proceder de una tradición cristiana nos ahorra camino, pues, o Cristo da respuesta a las preguntas de mi

vida o sólo es un añadido cultural del que puedo prescindir. O Cristo es la verdad, la Gran Verdad, o somos víctimas del más perverso de los engaños.

Así pues, aquí estamos, quizá como tú, al borde de un abismo. Nuestra racionalidad siente vértigo. ¿Qué base tiene ese salto de fe? ¿Acaso tiene sentido? Permite que antes de tantear una respuesta te exponamos los pasos que nos condujeron al momento justo anterior al salto...

SARA DE JESÚS y SONIA GONZÁLEZ

EL HOMBRE COMO BÚSQUEDA DE ALGO MÁS

Por qué la razón es importante pero no suficiente para dar respuesta al sentido de la vida.

1 EL HOMBRE COMO PREGUNTA

¿Quién no se pregunta qué hace en la vida? El hombre se expresa a sí mismo, se reconoce a sí mismo en ciertas preguntas últimas, buscando el porqué último de su vida. Si no nos mueve una búsqueda, vivimos pero sin saber para qué vivir, y esto se convierte tarde o temprano en un vacío interior, reconocido o no, pero inevitable. Estas preguntas o inquietudes se viven de muy diversas formas pero están ahí. Tomar esto como punto de partida para nuestra experiencia no es hacer filosofía, psicología, o complicarnos la vida, es buscar un punto de comunión profundamente humano, con quien tenga cabeza y corazón para vivir.

El hombre es deseo de algo más, anhelo de llegar a un puerto que no ha conquistado. Deseo de una racionalidad que anhela no sólo pensar sino conocer la realidad, la vida. Y también deseo del corazón, que anhela una paz que le falta, llegar a la meta. *Homo viator*, decían los clásicos, porque siempre estamos en camino, siempre peregrinos hacia la verdadera patria o tierra prometida. En ocasiones, en momentos críticos, se escucha con temblor: «¿A dónde vas con tu vida?»...

Nada de esto es un juego, ni es pura teoría. Quien consiga responder positivamente consigue vivir de verdad; quien no lo intenta ya ha fracasado¹.

¹ «Lo confieso, yo no he vivido y no vivo la falta de fe con la desesperación de un Guerriero, de un Prezzolini, de un Giorgio Levi della Vida (limitándome a las tribulaciones

La pregunta profunda que todos nosotros llevamos dentro puede reconocerse, aunque no se vea una respuesta; **una pregunta que no se inventa, se reconoce dentro: eso somos, ésa es la vida.** Si hay respuesta, hay paz; si no en su lugar se levanta un vacío profundo que nace de «no tener los ojos abiertos».

La pregunta vital surge cuando la realidad de la vida nos impacta de alguna manera, un dolor, una alegría, una decisión que debemos tomar... Preguntarse no es un lujo o un juego; encontrar la respuesta, sumergirse en la búsqueda, es una necesidad².

2 ¿PREGUNTA DE UNOS CUANTOS?

Cuando no se toma la vida en serio y se escucha hablar sobre estos temas, puede pensarse que sólo cierto tipo de personas se los plantean, o que son cuestiones de una edad o etapa de la vida. Realmente, ¿para quién no es esta búsqueda? ¿Qué inquietud o preocupación humana, por más superficial que

de mis contemporáneos, de las que puedo prestar testimonio). Sin embargo, siempre la he sentido y la siento como una profunda injusticia que priva a mi vida, ahora que ha llegado al momento de rendir cuentas, de cualquier sentido. *Si mi destino es cerrar los ojos sin haber sabido de dónde vengo, a dónde voy y qué he venido a hacer aquí, más me valía no haberlos abierto nunca.* Espero que el cardenal Martini no tome esta confesión mía por una impertinencia. Al menos en mi propósito, no es más que *la declaración de un fracaso*». I. MONTANELLI (febrero de 1996); en U. ECO, C.M. MARTINI, *¿En qué creen los que no creen?*, pp. 128-130.

² «...cuando leo el catecismo del Concilio de Trento, me da la impresión de que no tengo nada en común con la religión que en él se expone. Cuando leo el Nuevo Testamento, los místicos, la liturgia, cuando veo celebrar la misa, siento, *con alguna forma de certeza*, que esa fe es la mía o, más exactamente, que sería la mía sin la distancia que entre ella y yo pone mi imperfección. Esto hace penosa mi situación espiritual. Me gustaría que ésta fuese no menos penosa, pero sí más clara. Cualquier sufrimiento es aceptable en la claridad. (...) *La reflexión sobre estos problemas está lejos de ser un juego para mí.* No solamente es de una importancia más que vital, pues la salvación eterna está comprometida ahí, sino que incluso es de una importancia que supera con mucho, a mis ojos, la de mi propia salvación. (...) *Pienso en estas cosas desde hace años con toda la intensidad del amor y la atención de que dispongo.* Esta intensidad es miserablemente débil, pues mi imperfección es muy grande; pero tengo la impresión de que va siempre en aumento». S. WEIL, *Carta a un religioso*, pp. 15-17.

pueda parecer, si va en serio, no esconde esta búsqueda? Veamos algunos ejemplos:

En primer lugar el de un filósofo griego, Platón: «Repuso Simmias: A mí me parece, oh Sócrates, sobre las cuestiones de esta índole tal vez lo mismo que a ti, que un conocimiento exacto de ellas es imposible o sumamente difícil de adquirir en esta vida, pero que el no examinar a fondo por todos los medios posibles lo que se dice sobre ellas, o el desistir de hacerlo, antes de haberse cansado de considerarlas bajo todos los puntos de vista, es propio de hombre muy cobarde. Porque lo que se debe conseguir con respecto a dichas cuestiones es una de estas cosas: aprender o descubrir por uno mismo qué es lo que hay de ellas, o bien, si esto es imposible, tomar al menos la tradición humana mejor y más difícil de rebatir y, embarcándose en ella, como en una balsa, arriesgarse a realizar la travesía de la vida, si es que no se puede hacer con mayor seguridad y menos peligro en navío más firme, como, por ejemplo, una revelación de la divinidad»³.

Un artista, Mick Jagger, se expresa así, a sus 62 años: «Dentro de la gran tradición del rock, rara vez se evoca el tema de la espiritualidad. Por tanto he tenido que recrear esta canción [Joy, del disco *Goddess in the Doorway*] explicando que iba al volante de mi coche conduciendo a través del desierto, algo así como si fuese un solitario cowboy. En la vida real, en *mi* vida, procuro mantener una cierta perspectiva, alejarme un poco de mis bienes materiales y *preguntarme qué hago en el mundo*. Aún no puedo decir que haya encontrado la respuesta, pero al menos me hago la pregunta...»⁴.

Ocurre lo mismo con los jóvenes. La búsqueda está presente en cada paso, aunque no siempre nos demos cuenta... Una canción de U2 que ha hecho pensar a muchos de ellos en los últimos años, *I still haven't found what I'm looking for*, en *The Joshua Tree*, dice así:

³ PLATÓN, *Fedón*, p. 85.

⁴ Revista *Elle*, marzo de 2002, p. 138.

*I have climbed highest mountains,
 I have run through the fields
 only to be with you, only to be with you.
 I have run
 I have crawled
 I have scaled these city walls
 only to be with you,
 but I still haven't found what I'm looking for;
 but I still haven't found what I'm looking for.
 I have kissed honey lips,
 felt the healing in her fingertips,
 it burned like fire
 this burning desire.
 I have spoke with the tongue of angels,
 I have held the hand of a devil,
 it was warm in the night
 I was cold as a stone,
 but I still haven't found what I'm looking for;
 but I still haven't found what I'm looking for.
 I believe in the Kingdom come
 then all the colors will bleed into one
 well, yes I'm still running.
 You broke the bonds,
 and You loosed the chains
 carried the cross
 of my shame.
 You know I believed it,
 but I still haven't found what I'm looking for...⁵*

⁵ «He trepado a las montañas más altas, / he cruzado los campos / sólo para estar contigo. / He corrido y gateado, / he escalado los muros de la ciudad / sólo para estar contigo, / pero aún no he encontrado / lo que estoy buscando; / pero aún no he encontrado / lo que estoy buscando. / He besado labios de miel / y sentido en sus dedos el poder de curar, / este deseo ardiente / quemaba como el fuego. / He hablado con la lengua de los ángeles, / he sostenido la mano del diablo / que estaba caliente en la noche / cuando yo me sentía frío como una piedra, / pero aún no he encontrado / lo que estoy buscando. / Creo en la venida del Reino / cuando todos los colores se harán uno, / pero aún estoy corriendo. / Tú has roto los grilletes / y soltado las cadenas, / has llevado la cruz / de mi vergüenza. / Tú sabes que creo / pero aún no he encontrado / lo que estoy buscando».

Por lo demás, una simple mirada a la historia antigua muestra con claridad cómo en distintas partes de la tierra, marcadas por culturas diferentes, brotan al mismo tiempo las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: *¿quién soy?*, *¿de dónde vengo y a dónde voy?*, *¿por qué existe el mal?*, *¿qué hay después de esta vida?* Estas mismas preguntas las encontramos en los escritos sagrados de Israel, pero aparecen también en los Veda y en los Avesta; las encontramos en los escritos de Confucio y Lao-Tsé y en la predicación de los Tirthankara y de Buda; asimismo se encuentran en los poemas de Homero y en las tragedias de Eurípides y Sófocles, así como en los tratados filosóficos de Platón y Aristóteles. Son preguntas que tienen su origen común en la necesidad de sentido que desde siempre acucia el corazón del hombre: de la respuesta que se dé a tales preguntas, en efecto, depende la orientación que se dé a la existencia⁶.

Como el hombre no se da a sí mismo la vida, no tiene en sí mismo todo su sentido, y lo busca. Se equivoca cuando no lo busca. Cuando sí lo hace, no se equivoca, porque él no viene de sí mismo, tiene que saber de dónde viene y a dónde va, y cómo ir⁷. Si el hombre no se da a sí mismo la vida, tampoco puede darse a sí mismo el sentido. Tiene que buscarlo más allá. Desde lo hondo de sí, donde se halla esa inquietud,

⁶ *Fides et Ratio*, 1.

⁷ «La vida nos es dada, puesto que no nos la damos nosotros mismos, sino que nos encontramos con ella de pronto y sin saber cómo. Pero la vida que nos es dada no nos es dada hecha, sino que necesitamos hacérsela nosotros, cada cual la suya. La vida es quehacer. Y lo más grave de estos quehaceres en que la vida consiste no es que sea preciso hacerlos, sino, en cierto modo, lo contrario —quiero decir que nos encontramos siempre forzados a hacer algo, pero no nos encontramos nunca estrictamente forzados a hacer algo determinado, que no nos es impuesto éste o el otro quehacer, como le es impuesta al astro su trayectoria o a la piedra su gravitación—. Antes que hacer algo, tiene cada hombre que decidir, por su cuenta y riesgo, lo que va a hacer. Pero esta decisión es imposible si el hombre no posee algunas convicciones sobre lo que son las cosas en su alrededor, los otros hombres, él mismo. Sólo en vista de ellas puede preferir una acción a otra, puede, en suma vivir. (...) La vida es un gerundio y no un participio: un *faciendum* y no un *factum*. La vida es quehacer. La vida, en efecto, da mucho que hacer». J. ORTEGA Y GASSET, «Historia como sistema», en *Obras Completas. Revista de Occidente*, Madrid, 1947, vol. 6, I, 13 y VI, 32-33.

pero más allá de sí mismo. En palabras de Octavio Paz, «dialogar con esa parte de uno mismo que es más que el hombre que soy porque está abierta al infinito».

Si el hombre es esa pregunta, no puede no hacerla si quiere vivir, si se toma en serio. El hombre necesita saber para qué vive, de dónde viene, a dónde va, porque estas dudas le surgen en lo hondo cuando hay que sufrir, o tomar decisiones que afectan de lleno a su existencia más radical, o entregarse al amor... ¿Qué valor tiene sufrir, amar, morir...? ¿Para qué vivir? Esa búsqueda es intelectual y existencial, quiere saber y quiere saciar su necesidad de amar y ser amado. Es la búsqueda de todo el hombre, de toda su humanidad, no sólo de su cabeza, ni de sus deseos⁸. El hombre busca certezas que muevan su vida, y en esa búsqueda donde se unen su vertiente racional y emocional, se va construyendo.

⁸ Una opinión importante es la de Viktor Frankl, un analista existencial, superviviente al Holocausto incluso tras haber estado en cuatro campos de concentración nazis: «Nunca me canso de decir que, al contrario de lo que sucedía en tiempos de Sigmund Freud, la gente padece menos frustraciones sexuales y muchas más frustraciones existenciales. Lo que a la gente le atormenta, lo que le urge de verdad, no es éste o aquel problema sexual, sino *el problema del sentido de la vida*. En oposición a la psicología individual de Alfred Adler, la segunda gran orientación psicológica vienesa, hoy la gente ya no está atormentada por complejos de inferioridad, sino que éstos se han visto ampliamente superados por *un profundo sentimiento de falta de sentido*. En general, la gente se conforma con vivir de algo; sin embargo, apenas saben *para qué* pueden vivir. Podríamos hablar de nihilismo vívido para referirnos a este vacío con el que se enfrenta la gente, y lo más grave de este nihilismo es quizá el fatalismo que lo acompaña. El nihilista se dice a sí mismo que no sirve para nada dar la mano a la vida, controlar el destino, porque, al fin y al cabo, la vida no tiene ningún sentido. El fatalista se dice a sí mismo que eso no sólo es inútil, sino completamente imposible, porque no somos libres, ni siquiera responsables, sino que somos las víctimas de la coyuntura, del entorno, de las circunstancias. Pero los fatalistas no tienen en cuenta y olvidan que, en realidad, somos nosotros quienes configuramos las circunstancias y los que pueden transformarlas allí donde haga falta. ¿Qué dice la ciencia frente a todo esto? ¿Hace frente tanto al fatalismo como al nihilismo? ¿O no será más bien, como nos advirtieron Einstein y Schrödinger, que la ciencia como tal no está en situación de dar un sentido a la vida? Una pseudociencia tratará y no podrá... El hombre no está libre de circunstancias biológicas, psicológicas y sociológicas, pero siempre es y será libre para adoptar una postura frente a todas estas condiciones y circunstancias, ya sea resignándose a ellas o ya sea superándolas, haciendo uso del “poder de obstinación de la mente” [Frankl se refiere a la obstinación en buscar un sentido a su vida, y a continuación cuenta muchos casos analizados]». V. FRANKL, *En el principio era el sentido*, pp. 88-90.

3 ¿CÓMO SURGE LA PREGUNTA POR EL SENTIDO?

Esta pregunta se plantea de muchas formas concretas en momentos intensos de la vida: de plenitud o de sufrimiento. Está también implícita, escondida en muchas otras preguntas o intereses más superficiales y surge a menudo porque la realidad nos impacta de alguna manera: una amistad que encontramos, un paisaje que disfrutamos, una obra de arte, un acto bueno de alguien, una palabra que nos remueve algo. Hemos dicho que preguntarse no es un lujo, no es un juego, *encontrar la respuesta es una necesidad*. Para poder vivir de verdad necesito saber qué es la vida que ofrece un amor como el que he encontrado, o saber para qué amar si puede morir la persona que amo.

La forma concreta de expresar la propia necesidad de saber para qué vivir es casi infinita. Mil palabras, gestos y sentimientos manifiestan esa necesidad ya que cada persona la vive a su manera, desde su corazón y su circunstancia. Pero la necesidad de saber para qué vivir es la misma. No esperamos un lenguaje único, unas frases uniformes: el joven lo dirá con sus propias palabras y gestos, el viejo con los suyos. La mujer con sus formas y sensibilidad, el hombre con los suyos. El poeta con su poesía, el enfermo, el taxista, la periodista, cada uno con su forma personal. El pobre y el rico, de forma muy distinta. El que ha leído y el que no, la que conoce el amor y el que no. Quien vive huyendo o mintiendo y quien es de una pieza... Lo importante es saber reconocer el fondo de las palabras, de los gestos, de los silencios.

Y la cuestión del sentido último surge espontánea y naturalmente identificada con la cuestión de Dios⁹.

⁹ Observa Viktor Frankl: «Por cierto, mi definición de *religión* es igual a la que ofreció Albert Einstein (1950), y que dice lo siguiente: “Ser religioso consiste en haber encontrado una respuesta a la pregunta *¿cuál es el sentido de la vida?*”. Y hay todavía otra definición, propuesta por Ludwig Wittgenstein (1960), que dice lo siguiente: “Crear en Dios es comprobar que la vida tiene un sentido”. Como ven, Einstein el físico, Wittgenstein el filósofo, y yo, como psiquiatra, hemos propuesto definiciones de *religión* que se

En estas cuestiones aparece la racionalidad profunda del existir humano, puesto que la inteligencia y la voluntad del hombre se ven necesitadas de buscar libremente la solución capaz de ofrecer un sentido pleno a la vida. Por tanto, *estos interrogantes son la expresión más alta de la naturaleza del hombre*: todo hombre y mujer lo son porque tienen *cabeza y corazón* para esto. En especial cuando se indaga el porqué de las cosas en la búsqueda de la respuesta última y más exhaustiva, la razón humana toca su culmen y se abre a la religiosidad genuina. La que brota de la aspiración profunda del hombre a la verdad, a la certeza, y está en la base de la búsqueda libre y personal que el hombre realiza sobre sí mismo y sobre una humanidad que ha recibido y reconoce incompleta.

4 ¿Y SI NO HAY SENTIDO?

El hombre no está equivocado al sumergirse de lleno en la búsqueda de sentido. Ésta es signo de algo (*vid.* epístola II de Lewis a Vanauken, en p. 30). El vacío interior que sentimos ante la ausencia de respuestas satisfactorias no existiría si éstas no existiesen... pero existe. ¿Hambre profunda de algo que no existe? La vida que encuentro como un impulso, ¿al vacío? ¿Quién hizo este juego absurdo y cruel, si no hay sentido? La poesía lo expresa mejor:

Oye mi ruego Tú, Dios que no existes,
y en tu nada recoge éstas mis quejas;
Tú que a los pobres hombres nunca dejas
sin consuelo de engaño. No resistes

solapan unas a otras». V. FRANKL, *El hombre en busca del sentido último*, p. 204. Esto mismo, desde el revés, lo confirma Lévi Strauss: «No diré que el ateísmo es una actitud positiva, sino simplemente la ausencia de ciertos problemas, de ciertas preguntas, de ciertos interrogantes... Discutiendo con algunos creyentes [...] me parece siempre que la diferencia fundamental entre ellos y yo depende del hecho de que ellos se plantean algunos problemas que yo no me planteo». CH. CHABANIS, *Dio esiste? Rispondono no*, p. 85.

a nuestro ruego y nuestro anhelo vistas,
cuando Tú de mi mente más te alejas;
más recuerdo las plácidas consejas
con que mi alma endulzóme noches tristes.
[...] Sufro yo a tu costa,
Dios no existente, pues si Tú existieras,
existiría yo también de veras.¹⁰

La vida que es un *tender a*, un quehacer, así la encontramos. Así la percibe nuestro sentido común profundo. Esto muestra —ino demuestra!— que hay un porqué. En el corazón de todo hombre hay una radical apertura a algo más que él no puede darse a sí mismo. Y si ese algo más no existe, el hombre es algo contradictorio, algo imposible de comprender, de vivir. Tender hacia nada es no tender. Y sin embargo el hombre se vive a sí mismo como algo con sentido, aunque no lo haya encontrado.

No es posible argüir con coherencia a favor de un absurdo integral, de una falta total de sentido. Tal argumento se destruiría a sí mismo, igual que, en el orden del conocimiento, se destruye a sí mismo el argumento de que no es posible conocer la verdad (¿es verdad eso?). Nadie puede pretender demostrar en serio el absurdo, el no sentido, porque en el demostrar hay ya una confianza previa de no absurdidad. Pero la respuesta, el sentido último de nuestra vida no puede encontrarse en el plano de la demostración positiva, sino en el plano del vivir más hondo y radical: vivir como somos, abiertos totalmente en esa búsqueda, perseguirla, hasta encontrar aquello que llene totalmente nuestra sed de sentido. *Vivir es ir proclamando tener sentido.*

Para comprender que esta búsqueda no se sitúa en el plano de la mera teoría, presentamos el intercambio epistolar que mantuvieron Vanauken y C.S. Lewis a propósito de esta cuestión:

¹⁰ M. DE UNAMUNO, «La oración del ateo», en *Dios en la poesía actual*, p. 45.

Intercambio epistolar entre Lewis y Vanauken¹¹

• VANAUKEN A LEWIS (I): Escribo por un impulso —que por la mañana quizá deseche por parecerme imprudente y presuntuoso— pero hace unos instantes sentí que me había embarcado en un viaje que me podría conducir a Dios algún día. Incluso ahora, cinco minutos más tarde, me inclino a añadir un «puede ser». Hay un salto que no sé cómo dar; se me ocurre que usted, habiéndolo dado, habiendo hallado certeza en el cristianismo, podría, no ya hacerlo por mí, pero sí darme una pista de cómo hacerlo. Después de sentir el atractivo histórico y estético del cristianismo y de emprender su estudio, he llegado a tomar conciencia de la fuerza y la «posibilidad» de la respuesta cristiana. Me gustaría creerla. Deseo conocer a Dios, si es que es cognoscible. Pero no puedo rezar con la convicción de que Alguien me escuche. No puedo creer.

Simplemente, me parece que algún poder inteligente construyó el universo y que todos los hombres deben conocerlo, por axioma, y deben sentir temor ante la infinitud de su poder. Me parece natural que los hombres, conociendo y sintiendo así, intentaran elaborar algo a partir de una cosa tan sencilla: los profetas, el príncipe Buda, el Señor Jesús, Mahoma, brahmanes, y que así nacieran las religiones en el mundo. Pero, ¿cómo se puede escoger una como la verdadera? Para un visitante inteligente de Marte, el cristianismo, ¿no le resultaría meramente una religión de tantas? Dije al principio que me sentía como si fuera por un largo camino que un día me conduciría al cristianismo; debo creer, entonces, que lejos de ser una moda es la verdad. ¿O es sólo que quiero creerlo? Pero, al mismo tiempo, algo más, dentro de mí, me dice: «Desear creer conduce al propio engaño. Vale más la honestidad que cualquier consuelo fácil. Ten coraje de encararte al hecho de que todos los hombres pueden no ser nada para el Poder que hizo las estrellas».

¹¹ S. VANAUKEN, *Spiritual Journeys*, p. 342.

Y aun así me gustaría creer que el Señor Jesús es de verdad mi Dios misericordioso. Para los apóstoles que pudieron hablar con Jesús, debió de ser fácil. Pero vivo en un «mundo real» de autobuses rojos y calcetines de nylon y bombas atómicas. Sólo tengo los relatos de las experiencias con la deidad dados por otros. Sin ángeles, ni voces, ni nada. O, mejor, con una cosa: los cristianos vivos. De alguna forma usted, que está en este mismo mundo, con los mismos datos que yo, significa más para mí que los obispos del pasado fiel. Usted dio el salto del agnosticismo a la fe: ¿cómo? No sé bien cómo me he atrevido a escribirle esto a usted, un ocupado catedrático de Oxford, no un sacerdote. Pero sí lo sé: usted sirve a Dios, no a usted mismo; usted debe hacerlo, si es cristiano. Quizá si tuviera la sensatez de verlo, mi respuesta radique en el hecho de haberle escrito.

- LEWIS A VANAUKEN (I): Mi propia posición a las puertas del cristianismo era exactamente la opuesta a la tuya. Tú deseas que sea verdad; yo deseaba ardientemente que no lo fuera. Al menos, aquél era mi deseo consciente: puedes sospechar que tenía deseos inconscientes de diferente signo y que fueron éstos los que al final me empujaron. Cierto, pero entonces también yo puedo sospechar que, bajo tu deseo consciente de que sea verdad, se oculte un fuerte deseo inconsciente de que no lo sea. Esto nos lleva a que todo ese material moderno sobre los deseos ocultos y los pensamientos deseables, por útil que pueda resultar para explicar el origen de un error que ya reconoces tú como tal, resulta perfectamente inútil para decidir, de dos creencias, cuál es la errónea y cuál la verdadera. Porque (a) uno nunca conoce todos sus deseos, y (b) en las cuestiones importantes, como ésta, incluso los deseos conscientes están casi siempre atados por ambos lados. Lo que sí pienso que se puede decir con certeza es esto: la idea de que a cualquiera le gustaría que el cristianismo fuera verdad, y que por consiguiente todos los ateos son unos valientes que han aceptado el fra-

caso de sus más profundos anhelos es sencillamente una rematada tontería. ¿Piensas que gente como Stalin, Hitler, Haldane, Stapledon (un escritor formidable, dicho sea de paso) estarían contentos de levantarse una mañana y encontrarse con que no eran sus propios amos, que tenían un Señor y Juez, que no había nada incluso en el más hondo rincón de sus pensamientos sobre lo cual pudieran decirle: «¡Fuera! Privado. Esto es asunto mío»? ¿De verdad crees así? ¡Qué va! Su primera reacción sería (como fue la mía) de rabia y de terror. E incluso dudo mucho que tú lo encuentres simplemente agradable. ¿No es verdad que satisfaría algunos de tus deseos (algunos que en realidad sentimos muy pocas veces) y violentaría muchos otros? De modo que abandonemos el asunto del deseo. Todavía no le ha ayudado a nadie a resolver ningún problema.

No estoy de acuerdo con tu visión de la historia de la religión en cuanto que Cristo, Buda, Mahoma y otros hayan desarrollado una idea simple original. Creo que el budismo supone una simplificación del hinduismo y el islam una simplificación del cristianismo. Una religión clara, lúcida, transparente, simple (el *tao* más un bien ético sombrío en el fondo) es un desarrollo posterior, que surge usualmente entre personas altamente educadas en las grandes ciudades. Con lo que en realidad comienzas es el ritual, el mito, y el misterio, la muerte y retorno de Balder u Osiris, las danzas, las iniciaciones, los sacrificios, los reyes divinos. Frente a ellos están los filósofos, Aristóteles o Confucio, difícilmente clasificables como religiosos. Los únicos dos sistemas en los que el misterio y la filosofía se dan la mano son el hinduismo y el cristianismo: ahí tienes tanto la metafísica como el culto (en continuidad con los cultos primitivos). Por eso es por lo que mi primer paso era asegurarme de que uno y otro de éstos tenía la respuesta. Porque la realidad no puede ser la que apela o bien sólo a los salvajes, o sólo a los eruditos. Las cosas reales no son así (p. e., la materia es la primera y más obvia cosa que te encuentras —leche, chocolate, manzanas—,

y también el objeto de la física cuántica). El problema no es simplemente una multitud de religiones desconectadas. La elección está entre (a) la visión materialista del mundo: que yo no puedo creer; (b) las verdaderamente arcaicas religiones primitivas, que no son suficientemente morales; (c) la (pretendida) plenitud de éstas en el hinduismo; (d) la (pretendida) plenitud de éstas en el cristianismo. Pero la debilidad del hinduismo es que realmente no junta los dos cabos. La religión irredimiblemente salvaje avanza en la aldea; el ermitaño filósofo en el bosque: y ninguno de los dos interfiere realmente en el otro. Es sólo el cristianismo el que impulsa a un erudito como yo a participar en una fiesta ritual de sangre, y el que también impulsa al converso centroafricano a seguir un ilustrado código universal de ética.

¿Has leído los *Analecta* de Confucio? Termina diciendo «Éste es el *tao*. No sé si alguien lo ha cumplido alguna vez». Cosa interesante: se puede pasar directamente de aquí a la epístola a los Romanos...

- VANAUKEN A LEWIS (II): He aquí mi dilema fundamental: no puedo creer en Cristo a menos que tenga fe, pero no puedo tener fe a menos que crea en Cristo. Éste es «el salto». Si ser cristiano es tener fe (y claramente es eso), puedo ir más allá: debo aceptar a Cristo para ser cristiano, pero debo ser cristiano para aceptarle. No tengo fe y todavía no creo; pero parece que el mundo dice: «Debes tener fe para creer». ¿Y de dónde la saco? ¿O va a decirme usted algo distinto? ¿Hay alguna prueba? ¿Puede la razón pasarle a uno el abismo... sin fe?

¿Por qué espera Dios tanto de nosotros? ¿Por qué exige este esfuerzo para creer? Si nos pusiera claro que Él es —tan claro como que el sol sale o como una piedra o como el llanto de un niño—, ¿no sería bien gozoso optar por Él y por su ley? ¿Por qué en el recto ejercicio de nuestra libre voluntad ha de haber ese miedo a la falta de honradez intelectual?

Debo escribir más sobre el tema de «mis ganas de que sea verdad», aunque admito que probablemente tenga ganas de

una cosa y de la otra, y que mi deseo no me ayuda a resolver ningún problema. Su argumento de que Hitler y Stalin (y yo) se horrorizarían al descubrir un Maestro al que nada se le oculta es muy fuerte. De hecho, nada hay en el cristianismo que me repugne tanto como la humildad, el doblar la rodilla. Si yo llegara a saber por encima de la esperanza o la desesperación que el cristianismo es verdad, mi lucha en adelante sería ir contra el orgullo del «me rompo pero no me doblo». Y, aun así, ¿no aceptaría yo (y también Stalin) la humillación de un Maestro para escapar del horror de dejar de ser, de la *nada*, al morir? Además, el saber que Jesús era de verdad Señor no sería una mera noticia agradable que satisficiera uno de nuestros raros anhelos. Sería arrollador: (a) que el Materialismo fuera tan falso como feo; (b) que algunas de las repugnantes predicciones formuladas por los marxistas, los freudianos y las manipulaciones de los sociólogos no fueran reales (incluso aunque se produjeran); (c) que el crecimiento propio hacia la sabiduría no va a perderse; y (d) sobre todo, que la bondad y la belleza sobrevivirían. Y entonces desearía que fuera verdad y pienso que aceptaría cualquier humillación, con tal que lo fuera. Lo malo de desear que sea verdad es que miro con recelo cualquier impulso que siento hacia la fe, como derivado de las ganas; pero lo bueno es que el deseo sí da el salto. Así que, en adelante; he de seguir tan lejos como pueda.

- LEWIS A VANAUKEN (II): La contradicción «debemos tener fe para creer y debemos creer para tener fe» pertenece a la misma clase de aquéllas con que los filósofos eleáticos probaban la imposibilidad del movimiento. Existen muchas otras. No puedes nadar si no sabes mantenerte en el agua y no puedes mantenerte en el agua sin saber nadar. O, de nuevo, en un acto de volición (p. e., levantarse por la mañana), ¿el principio de tal acto es en sí mismo voluntario o involuntario?

Si es voluntario, entonces debes haberlo querido... Tú ya lo estabas queriendo... No fue realmente el principio. Si invo-

luntario, entonces la continuación del acto (habiendo sido determinado por el primer momento) es involuntario también. Pero a pesar de esto, de hecho nadamos y salimos de la cama.

No creo que haya una prueba (como la de Euclides) *demostrativa* del cristianismo, ni de la existencia de la materia, ni de la buena voluntad y honestidad de mis mejores y más antiguos amigos. Pienso que las tres cosas son (excepto quizá la segunda) mucho más probables que las opuestas... Y sobre *por qué* Dios no lo hace evidente: ¿estamos seguros de que a Él le interesa siquiera un tipo de teísmo que consistiera en un consentimiento lógico a un argumento concluyente? ¿Nos interesa a nosotros en asuntos personales? Exijo de mi amigo que crea en mi buena intención, que es *cierta* sin tener una prueba demostrativa. No sería para nada confianza si él necesitara una prueba rigurosa. ¡Caramba, todos los cuentos de hadas esconden una verdad! Otelo creyó en la inocencia de Desdémona cuando quedó probada: pero demasiado tarde. Lear creyó en el amor de Cordelia cuando se demostró: pero ya era demasiado tarde. «Pierde su fama quien espera a que todo salga a la luz».

Se nos pide la magnanimidad, la generosidad que se fiará de una probabilidad razonable. Pero, ¿y si se cree y al final no es verdad? Porque, entonces, habrías mirado al universo como no le correspondía. El error entonces sería incluso más interesante que la realidad. Y entonces, ¿cómo podría ser? ¿Cómo podría un universo sin inteligencia haber producido criaturas cuyos solos sueños son mucho mejores, más vigorosos y sutiles que él mismo?

Fíjate que la vida después de la muerte, que todavía te parece lo esencial, fue en sí misma una revelación *tardía*. Dios preparó a los judíos durante siglos para que creyeran en Él sin prometerles una vida después y, con su gracia, me instruyó a mí de la misma manera durante un año. Es como el príncipe disfrazado del cuento que gana el amor de la heroína antes de que ella sepa que es algo más que un leñador. Y si viniera primero lo que debe venir después, sería una especie de soborno.

Y ahora, otra cosa sobre los *deseos*. Un deseo puede llevar a falsas creencias, te lo concedo... Pero ¿qué sugiere la existencia del deseo? Una vez me impresionó una frase de Arnold: «Tener hambre no prueba que tengamos pan». Pero lo que es seguro, aunque no prueba que un hombre concreto no tenga comida, sí prueba que existe la comida. P. e., si fuéramos una especie que no comiera normalmente, que no estuviera diseñada para comer, ¿sentiríamos hambre? Dices que el mundo del Materialismo es «feo». Me pregunto cómo has descubierto eso. Si tú realmente eres fruto de un mundo materialista, ¿cómo es que no te encuentras a gusto en él? ¿Se quejan los peces del mar por estar mojados? Y si lo hicieran, ¿no sugeriría fuertemente este mismo hecho que no hubieran sido siempre criaturas acuáticas? Date cuenta de cómo continuamente nos sorprendemos del paso del tiempo («¡Cómo vuela el tiempo! ¡Parece mentira que fulanito ya sea tan mayor y se case! ¡Casi no puedo creerlo!»). En nombre del cielo, ¿por qué? A menos que, en realidad, haya algo en nosotros que no sea temporal...

Pero pienso que tú ya estás cogido en la red. El Espíritu Santo va tras de ti. ¡Dudo que te escapes! Tuyo, C.S. Lewis.

***** **

En el hilo argumental de su discurso, introduce C.S. Lewis la pregunta: ¿se quejan los peces del mar por estar mojados? La respuesta abre una perspectiva decisiva. Veámoslo:

Un análisis riguroso y lúcido de Juan Alfaro

- ANÁLISIS DE LAS OPCIONES DE LA LIBERTAD: las opciones concretas del hombre a lo largo de su vida no están meramente una tras otra, mutuamente desvinculadas, sino que constituyen momentos intrínsecos de un proceso, del hacerse progresivo del hombre; por eso no son inteligibles sino en cuanto integradas en la totalidad de la existencia: su último porqué es el proyecto vital total. Sin el sentido total de la vida,

las opciones concretas carecerían de sentido: el hombre no podría valorar ninguna opción. Se debe reconocer por consiguiente que, si por una parte las opciones concretas no son posibles sino como opciones «sensatas» (dotadas de sentido), y por otra parte su sentido tiene lugar dentro de la totalidad de la vida, *la existencia humana como totalidad no puede menos que tener sentido*. De lo contrario ninguna opción concreta sería posible. Por tanto, la libertad humana, en cuanto llamada, lo quiera o no lo quiera, a hacer opciones concretas «sensatas», está previamente condicionada por el sentido de la vida como totalidad. El «tener sentido» se revela así como estructura ontológica de la existencia humana; si el hombre está llamado a «dar sentido» a su vida con las decisiones de su libertad, esto supone que la vida humana es, en sí misma, capaz de recibir sentido y de libremente darse sentido: la existencia humana está ontológicamente estructurada como «tener sentido».

La cuestión del porvenir: el hombre vive de cara al porvenir; no puede menos de proyectar su existencia hacia el porvenir último, es decir, hacia la vida como totalidad venidera dentro de un límite de tiempo. La muerte hace de la existencia humana «ser para el fin», tiempo marcado por el futuro de «no ser más en el mundo». La actitud de no querer preguntarse sobre el porvenir último de la vida se revela totalmente ilusoria, porque el porvenir vendrá inexorablemente. La cuestión del porvenir es, pues, constitutiva de la existencia humana, y se identifica con la cuestión del sentido de la vida como totalidad. Por eso, si la vida no tuviera sentido, el porvenir del hombre y la cuestión misma del porvenir carecerían de sentido. Pero en tal situación (pensada, y sobre todo, vivida) la libertad humana quedaría paralizada: el hombre no podría vivir como hombre. Esto significa que los que piensan y dicen que la vida no tiene sentido lo pueden pensar y decir (paradójicamente y en contradicción con la propia experiencia vivencial), precisamente en cuanto viven del porvenir como dotado de sentido.

La esperanza-esperante, condición de posibilidad del optar humano: no se puede vivir sin esperar que la vida tenga sentido, que valga la pena vivirla. Esta esperanza radical e ilimitada, que desborda todas las esperanzas concretas en el acto mismo de lograrlas, es constitutiva del hombre; se identifica con su existencia, como voluntad de vivir: un querer vivir anterior a toda opción concreta de la libertad, en cuanto condición ontológica previa de cada opción. Al constatar esta originaria voluntad de vivir, se llega al núcleo más profundo de lo humano. *No se puede ni siquiera preguntarse sobre el sentido de la vida sin la esperanza vivida de que la vida tiene sentido.* Porque el mismo preguntarse tiene su origen en la esperanza de que la vida tiene sentido (en la imposibilidad de que no lo tenga) y de que es sensato buscarlo. Si la cuestión del sentido es apriórica, quiere decirse que el hombre vive interpelado por el sentido, llamado a la búsqueda del sentido. La esperanza en el sentido de la vida y la certeza de sentido vivida en esta esperanza son, pues, condiciones previas de posibilidad de la cuestión refleja.

El no-sentido de la vida supone el sentido: lo supone, no sólo lógica, sino también ontológicamente, porque al no-sentido no se le puede comprender, ni se puede vivir, sino en referencia al sentido. Sin una experiencia originaria del sentido no se podría, no solamente negar el sentido, sino ni siquiera preguntarse sobre el no-sentido. La negación del sentido, o la cuestión del no-sentido, no es posible sino supuesta, o mejor dicho puesta, la positividad del sentido. El mero no-sentido, como la nada absoluta, sería lo absolutamente impensable: extrapolación del pensar humano.

Cuanto más escucha un hombre dentro de sí ese grito, más espera una respuesta y más percibe su llegada. La libertad para el error es una libertad enferma, que lleva a un vacío o a los fundamentalismos. Hay que enseñar la libertad para la verdad, provocar el camino hacia ella.

5 NO BUSCAR ES HUIR

Queda claro que no buscar el sentido, cosa que libremente puede hacerse, es una opción. Nada fácil llegar a ella puesto que toda la vida muestra otra cosa. Si se opta por no buscar, habrá que tener las razones suficientes, de lo contrario sería irracional. También se puede prescindir de la razón por algún prejuicio a priori, cultural (un criterio extendido, bebido sin racionalidad crítica, como es el caso de muchos en nuestro mundo actual), o afectivo (un bloqueo por experiencias no bien asimiladas, o por algún tipo de miedo); pero esta opción libre tiene sus consecuencias, como no puede ser de otra manera, al igual que las tiene toda opción o inercia en la vida, y más en estas cuestiones de fondo.

El impulso profundo que nos empuja a buscar el porqué de lo que nos pasa es algo que está ahí, un deseo, un anhelo de algo más que reconocemos. Reprimirlo, ignorarlo, «distraerse» y dejarlo sin resolver no puede ser otra cosa que huir de él, o más bien de nosotros mismos. ¿De las consecuencias de lo que encontremos? ¿De perder el control total de nuestra existencia que inútilmente nos empeñamos, a veces, en tener?

No buscar para qué vivimos es hacernos violencia. Como muy bien nos muestra Viktor Frankl en *El hombre en busca del sentido último*: «Ni todas las neurosis son derivadas de un vacío existencial, ni, por el contrario, tampoco todos los vacíos existenciales tienen por qué acabar siendo patógenos. Y menos aún diría que ese vacío tiene por qué ser algo patológico. Más bien lo concebiría como una prerrogativa y privilegio del hombre, no sólo esta búsqueda de sentido sino además la capacidad de preguntarse si este sentido existe realmente o no. Ningún otro animal se hace tal pregunta, ni siquiera los inteligentes gansos grises de Konrad Lorenz; pero el hombre sí se la hace». Y aún otra cita: «...Si en lugar de enfocar el enigma del significado último desde un nivel abstracto lo hiciéramos desde un enfoque asintótico tendríamos

resultados más positivos. Lo crean o no, fue Konrad Lorenz quien afirmó, en una conversación reciente con Frank Kreuzer [uno de los más prestigiosos periodistas austríacos], que si comparas la validez de la visión del mundo (*Weltanschauung*) que tiene la mujer de un granjero de los Alpes con la validez de la visión del mundo que tiene B.F. Skinner, descubrirás que la mujer del granjero, que cree en la Inmaculada Concepción de la Virgen María, en el Señor y en todos los santos, se habrá acercado más a la verdad que el conductista». Se trata del sentido de uno mismo y cuanto más nos planteamos esa pregunta, más sentimos nuestro propio corazón, más nos preguntamos para alcanzar respuestas. Sólo negar, renegar del propio corazón puede hacernos indiferentes a la respuesta que se nos ofrece.

También el siguiente testimonio es enormemente ilustrativo a este respecto: en la sección «Italia pregunta» del semanario *Época*, Augusto Guerriero publicaba la petición de un lector al que luego respondía. En cierta ocasión, le escribieron en los siguientes términos: «Me dirijo a usted como el único que puede ayudarme. En 1941, con sólo 17 años, me tomé en serio el eslogan “fascista perfecto, libro y mosquetón” y dejé mi casa y mis estudios enrolándome en los batallones M. Combatí en Grecia contra los partisanos, fui herido, capturado después por los alemanes y llevado prisionero a Alemania. En la prisión enfermé de tuberculosis. Al volver a casa mantuve oculta mi enfermedad a todos, incluso a mis familiares. Y esto porque, en la mezquina mentalidad común, un enfermo de tuberculosis, aunque no sea contagioso (como es mi caso), es un ser al que hay que evitar, del que tener compasión y al que acercarse sólo si estás obligado a ello y con mil precauciones. Y yo no quería esto. Sabía que no era peligroso y quería vivir como todos los demás hombres, junto a todos los otros. Volví a estudiar, me diplomé y encontré un pequeño trabajo. He vivido durante años de forma descuidada, olvidando con frecuencia el haber estado enfermo alguna vez. Ahora, sin embargo, la enfermedad progresa y yo siento que se acerca mi fin. Duran-

te el día me distraigo intentando vivir intensamente. Pero de noche no consigo dormir y el pensamiento de que dentro de poco dejaré de existir me produce un sudor frío. A veces creo enloquecer. Si tuviera el consuelo de la fe podría refugiarme en ella, encontraría la resignación necesaria. Pero, por desgracia, perdí la fe hace ya tiempo. Y las muchas lecturas, quizá demasiadas, que me la hicieron perder no me han dado en cambio esa frialdad, esa tranquilidad que permite a otros afrontar el paso serenamente. En definitiva, me he quedado solo e indefenso... Y por esto me dirijo a usted. Admiro su serenidad, que se refleja en todos sus escritos, y le envidio. Estoy seguro de que una carta suya me sería de gran alivio y me daría fuerzas. Si puede, le ruego que me ayude».

Ésta fue la respuesta de Guerriero, tal y como cuenta Luigi Giussani en *El sentido religioso*: «...Pero dígame: ¿qué puedo hacer yo por usted? ¿Escribirle una carta? ¿Y para qué puede servirle una carta? Yo escribo sólo de política y ¿de qué serviría que yo le escribiera de política? A usted sería necesario hablarle de otras cosas y yo nunca escribo sobre esas otras cosas, más aún, ni siquiera pienso en ellas; precisamente *para no pensar en ellas escribo de política* y de asuntos que, en el fondo, no me importan nada. Así consigo olvidarme de mí y de mi propia miseria. Éste es el problema: encontrar el modo de olvidarse de uno mismo y de la propia miseria».

6 ¿CUÁL ES LA PREGUNTA? (PREGUNTAS Y PREGUNTA)

¿Nos tomamos en serio la vida y dejamos que la cabeza plantee sus cuestiones y el corazón sus inquietudes, al máximo? ¿Aspiramos a la mayor racionalidad y a vivir la vida desde el corazón, en la mayor libertad real? Plantearse el sentido último es la máxima racionalidad porque lo más inteligente e importante es saber esto y no otras cosas, por muy complicadas o abstractas que resulten, o muy en boga que estén. Saber otras cosas y no saber esto no es lo más

racional. Saber qué hacer con las cosas pero no con uno mismo es tener el corazón en coma, y con él la libertad. Buscamos las preguntas que expresan el máximo de la racionalidad y del hambre de vivir con sentido. No interesan las preguntas que se quedan a la mitad, interesa identificarlas e impulsar a ir más allá en caso de que eso pasara.

Para poner bases firmes a todo lo que viene, presentemos en primer lugar la cuestión de fondo, la Pregunta a la que toda otra pregunta debería llegar y de cuya respuesta depende que cualquier otra respuesta o decisión tengan sentido.

Si la pregunta por la vida, cualquiera que sea la forma en que la vida la hace surgir, formulada con las palabras que sea, no está bien resuelta, cualquier otra cuestión queda en el aire. Comprendamos entonces qué es lo que en el fondo se pregunta, se persigue en toda búsqueda.

- **Un punto de partida: Dios existe**

Esta pregunta por el sentido, como hemos comentado ya, se identifica espontáneamente con la pregunta por Dios. Nos parece que partir de esta primera premisa es algo muy sólido y razonable. El deseo de respuesta es tal, que apunta nada menos que a Dios, aunque en sí mismo no pruebe su existencia.

Puede discutirse, y pueden mostrarse las vías de acceso al conocimiento de Dios¹², lo damos por sentado porque es la convicción de la mayoría de la humanidad. En realidad podríamos cuestionarnos si existen ateos realmente. ¿No son, en el fondo, como Unamuno en la oración del ateo? (*vid.* p. 23) Se podría discutir mucho pero sería complicar innecesariamente las cosas en este inicio. Nos basta con saber que no es un presupuesto absurdo y menos aún inde demostrable. Cicerón se hizo intérprete de un hecho de experiencia fundado en la misma ley de la naturaleza cuando afirmó la universalidad de la creencia en la existencia de

¹² Catecismo de la Iglesia católica, 31-35.

Dios (*Tusculanae* I, 13). No todos tienen de Dios una idea exacta pero todos indistintamente saben que existe. De este primer presupuesto se deduce el segundo: Dios es omnipotente, así pues, no podemos negar la posibilidad de que Dios entre en contacto con el hombre, creado por Él. ¿No puede tener razones válidas para hacerlo? Claro está que la posibilidad no es la realidad. Una cosa es poder intervenir y otra hacerlo. Pero nadie puede negar a priori que Dios, por razones valiosísimas, puede hablar con el hombre.

Bueno sería recordar aquí la intuición de Platón en el *Fedón*, donde expresa esa casi seguridad de la revelación que tiene que hacernos una divinidad para que podamos atravesar el mar de la vida: «En la vida presente la verdad sobre estas cosas no puede alcanzarse en modo alguno, o sólo con grandísima dificultad. Pero pienso que es una vileza no estudiar con respeto todo lo que se ha dicho a este propósito y abandonar la búsqueda antes de haber probado todos los medios. Porque estas cosas, una de dos: o se consigue conocer su naturaleza, o si esto no se logra, aplicarse al mejor y más seguro de los argumentos humanos, y con éste, como sobre una barca, intentar la travesía del piélago; a no ser que se pueda con más sosiego y menor peligro hacer la travesía con un transporte más sólido, es decir, con la ayuda de la palabra revelada de un dios».

Si Dios existe, ha de ser capaz de intervenir en la historia humana a favor del hombre, dando esas respuestas últimas. Si no puede, ¿qué Dios es ése? No sería Dios. No es razonable concebir un Dios inútil, ignorante en esta materia. Si no puede es porque no sabe esas respuestas (y si sabe no es que no pueda sino que no quiere, y sería el siguiente paso), ¿qué Dios es ése? Por el hecho de ser capaces de formular la cuestión, seríamos mayores que Él.

Si, por otro lado, puede intervenir en la historia humana y no lo ha hecho, ¿qué Dios es ése? Es uno indiferente a la profunda necesidad de saber para qué vivir o al sufrimiento del hombre. *Eso* es un Dios malo. Lo cual es imposible, es

una contradicción clara. Falta racionalidad si concluimos eso. Un Dios malo no hace las cosas buenas que sabemos que existen. Nada tendría sentido, ¿ése me creó para nada, con hambre de algo inexistente o fuera de su alcance?

No es ningún juego de ideas, recordemos a Montanelli: Dios es injusto por no darle la gracia de la fe. Así no se comprendería nada del hombre. Por eso Montanelli concluía bien que era mejor no haber abierto los ojos a la vida. Pensar así o detenerse aquí sin preguntar más es faltar a la racionalidad y ahogar el corazón, la coherencia con la propia búsqueda. Renunciar a vivir. Aunque muchos lo hagan en el ambiente cultural postmoderno en que respiramos. Ésta es la postura de fondo de quienes viven «como si Dios no existiera»¹³.

Las preguntas que mejor se corresponden con las cuestiones que pide la cabeza y con el impulso profundo del corazón son, como se desprende de lo anterior: *¿ha intervenido Dios en la historia?, ¿existe el Dios que interviene o no existe?*¹⁴

¹³ Como testimonia Augusto Guerriero al final de su vida: «¿Tengo derecho a ser ateo sin haber dedicado una parte de mi vida al estudio del problema supremo? No tenía elección. Debía hacerlo. Pero el fruto es amargo. Uno avanza y luego se da cuenta de que el problema supremo ha quedado tan irresuelto como lo estaba antes, y lo único que ha aumentado es el tormento. “No me buscarías si no me hubieras encontrado ya”: es uno de los pensamientos más poéticos de Pascal, y sólo con recordarlo se me saltan las lágrimas. Pero no es cierto. Se busca porque no se ha encontrado: *quaesivi sed non inveni*. Quienes lean este libro no esperen que yo vaya a decir cosas nuevas... Es el libro de un hombre que, llegado al atardecer de la vida, ha perdido la paz. Pero la paz de la que gocé durante tantos y tantos años no era sino inconsciencia. Ahora ya no tengo la paz, pero soy consciente de mi drama íntimo. Tal vez algunos lectores se vean inducidos a dudar al leer estas páginas. Les pido que me perdonen. Pero recuerden que la duda es la condición natural del hombre que no desee renunciar a la razón. Fue Bonhoeffer quien dijo que el hombre debe acostumbrarse —yo diría *resignarse*— a vivir como si Dios no existiera. Yo diría: aunque Dios no exista. Pero el corazón, que tiene sus razones, no se resigna». Cit. en F. LAMBIASI, *El Jesús de la Historia. Vías de acceso*, pp. 154 y s.

¹⁴ «En la búsqueda de Jesús, del verdadero Jesús, el problema propiamente dicho es la pregunta por Dios, o más exactamente, la pregunta por la ausencia de Dios en nuestro mundo, la “crisis de Dios” como J.B. Metz la ha llamado. Si no conseguimos salir de ella, no hallaremos a Jesús. Nadie puede venir a Jesús si el Padre no le trae, dice Jesús en el Evangelio de Juan (6, 44). Esta afirmación teológica se puede verificar hoy en día hasta cierto punto también empíricamente. Si llegamos a conocer al Padre, tal como Jesús lo ha expuesto, brillan sus palabras de repente en una luz completamente distinta, todo se hace razonable y creíble, el Padre nos conduce entonces al Hijo, como antes nos

Preguntarse así es saber llegar al fondo del corazón con toda la inteligencia, saber formular el hambre de vivir sin quedarse por el camino en lo menos importante o sin desesperar.

Aun optando por ese Dios, se da una búsqueda a veces difícil, si se hace a fondo. No pensemos que la fe lo hace fácil, como aparentemente parecería¹⁵.

Decíamos que la pregunta más radical y racional es: ¿ha intervenido? Y nos encontramos con que es precisamente esto lo que Cristo pretende ser, no una sino *la* intervención definitiva de Dios en la historia a favor del hombre. Todas las religiones, el instinto religioso del hombre responde afirmativamente a la cuestión de si Dios ha intervenido. Cristo también pero de modo diferente, con una pretensión absoluta. Analizar esta pretensión es buscar en serio.

ha llevado el Hijo al Padre. La pregunta que tenemos que hacernos otra vez muy en serio es ésta: ¿existe Dios y es verdaderamente Dios, es decir, es capaz de intervenir en el mundo y de relacionarse con nosotros? “Mi Padre sigue trabajando hasta hoy”, dice Jesús en el Evangelio de Juan y con ello se opone a la imagen del dios deísta, según la cual Dios se retiró después del Big Bang y ya no puede intervenir aquí (Jn 5, 17). *Ésta es justamente la pregunta de la que se trata: ¿existe el Dios que interviene o no existe? ¿Es Dios realmente Dios o no lo es?*». Card. Ratzinger, Oss Rom, 17 de enero de 2003.

¹⁵ El *Proslogion* de san Anselmo lo expresa con lucidez: «Di, pues, alma mía, di a Dios: “Busco tu rostro, Señor, anhelo ver tu rostro” (Ps. 26). Y ahora, Señor, mi Dios, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte. Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré, estando ausente? Si estás por doquier, ¿cómo no descubro tu presencia? Cierto es que habitas en una claridad inaccesible. Pero, ¿dónde se halla esa inaccesible claridad? ¿Cómo me acercaré a ella? ¿Quién me conducirá hasta ahí para verte en ella? Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgo te buscaré? Nunca jamás te vi, Señor, Dios mío; no conozco tu rostro. ¿Qué hará, altísimo Señor, éste tu desterrado tan lejos de ti? ¿Qué hará tu servidor, ansioso de tu amor, y tan lejos de tu rostro? Anhela verte, y tu rostro está muy lejos de él. Desea acercarse a ti, y tu morada es inaccesible. Arde en el deseo de encontrarte, e ignora dónde vives. No suspira más que por ti, y jamás ha visto tu rostro. Señor, Tú eres mi Dios, mi dueño, y con todo, nunca te vi. Tú me has creado y renovado, me has concedido todos los bienes que poseo, y aún no te conozco. Me creaste, en fin, para verte, y todavía nada he hecho de aquello para lo que fui creado. Entonces, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo te olvidarás de nosotros, apartando de nosotros tu rostro? ¿Cuándo, por fin, nos mirarás y escucharás? ¿Cuándo llenarás de luz nuestros ojos y nos mostrarás tu rostro? ¿Cuándo volverás a nosotros? Miranos, Señor; escúchanos, iluminanos, muéstrate a nosotros. Ten piedad de nuestros trabajos y esfuerzos para llegar a ti, porque sin ti nada podemos. Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca; porque no puedo ir en tu busca a menos que Tú me enseñes, y no puedo encontrarte si Tú no te manifiestas. Deseando te buscaré, buscando te desearé, amando te hallaré y hallándote te amaré».

Tiene que haber algo más. La intuición de que exista una palabra revelada de un dios no es prueba de que exista, es un impulso irrenunciable a más, al «abismo» mayor que yo. La apertura de la razón, que busca apoyarse en eso mayor, es más inteligente y humano. Esta dirección interior es un signo, un indicio que de hecho está ahí. Para rechazarlo como punto de partida o para escoger otro hay que tener razones o indicios de más peso, de lo contrario se empieza de manera poco razonable, por no decir irracionalmente (así se ve lo de la huida que se dijo antes).

Por tanto: ¿ha intervenido Dios en la historia a favor del hombre? Es *la* Pregunta y *la* búsqueda más racional, más honda según el corazón y más honestamente intelectual.

El cristianismo tiene indicios serios de ser esa intervención. Si *revelación* es más que y diferente de *religión*, el cristianismo pretende ser la intervención directa de Dios hacia el hombre, no un esfuerzo del hombre hacia Dios. Esto es importante y existe un riesgo enorme al afirmarlo o al tomárselo en serio.

Lo más racional, lo más humano, es examinar si la pretensión de Cristo ofrece indicios de credibilidad.

7 INDICIOS DE CREDIBILIDAD EN EL CRISTIANISMO

No basta con que una hipotética intervención de Dios en la historia sea lógicamente posible para que pueda ser aceptada como verdadera. Hace falta, además, que a esa no imposibilidad se añada una probabilidad psíquica y algunos indicios positivos que muestren que esa posibilidad y esa probabilidad han pasado a los hechos. Todas las religiones atestiguan la intuición de que Dios debe estar por ahí pero, ¿cuáles son las credenciales del cristianismo para invitar a verificarlo?

Un hecho perfectamente constatable: el influjo inconmensurable de Cristo en la historia. Ninguna otra persona ha pesado más en la vida de los hombres. ¿Es racional o serio

dejar de averiguar a fondo su causa? Un hecho histórico que inquieta a muchos que «quieren tener los ojos abiertos», como podemos apreciar en cuatro reveladores testimonios como son los de un anónimo del XIX, Harnack, Renan y Fuentes¹⁶.

¹⁶ 1. *Here is a man*: «Here is a man who was born in an obscure village, the child of a peasant woman. He grew up in another village. He worked in a carpenter shop until he was thirty, and then for three years he was an itinerant preacher. He never owned a home. He never wrote a book. He never held an office. He never had a family. He never went to college. He never put his foot inside a big city. He never traveled two hundred miles from the place where he was born. He never did one of the things that usually accompany greatness. He had no credentials but himself... While still a young man, the tide of popular opinion turned against him. His friends ran away. One of them denied him. He was turned over to his enemies. He went through the mockery of a trial. He was nailed upon a cross between two thieves. While he was dying his executioners gambled for the only piece of property he had on earth, his coat. When he was dead, he was taken down and laid in a borrowed grave through the pity of a friend. Nineteen long centuries have come and gone, and today he is the centerpiece of the human race and the leader of the column of progress. I am far within the mark when I say that all the armies that ever marched, all the navies that ever were built, all the parliaments that ever sat and all the kings that ever reigned, put together, have not affected the life of man upon this earth as powerfully as has that one solitary life», en *One Solitary Life*, texto anónimo del siglo XIX, p. 324.

2. *Los testimonios de Harnack y Renan demuestran que no hace falta fe para admitir la grandeza de Cristo*: «La aparición de Cristo queda como fundamento único de toda civilización moral; y en la medida en que esta aparición se fortifica o se atenúa, la civilización moral de nuestras naciones va aumentando o disminuyendo», en A. VON HARNACK, *Das Wesen des Christentums*. «Jesucristo no será superado jamás... queda para la humanidad como un principio infranqueable de todo renacimiento moral... En Él se ha condensado todo lo que hay de bueno y de elevado en nuestra naturaleza. Reposa ahora en tu gloria, noble iniciador... al precio de unas horas de sufrimiento, que no han llegado a tocar tu gran alma, Tú has comprado la más completa inmortalidad. Signo de nuestras contradicciones, Tú serás la bandera en torno a la cual se libraré la más ardiente batalla. Mil veces más viviente, mil veces más amado después de tu muerte que durante los días de tu vida mortal, Tú llegarás hasta tal punto a ser la piedra angular de la humanidad que arrancar tu nombre de este mundo sería sacudirlo en sus mismos cimientos. Entre ti y Dios no se distinguirá jamás. Plenamente vencedor de la muerte, tomas posesión del reino, en el cual te seguirán millones de adoradores... Todos los siglos proclamarán que entre los hijos de los hombres no ha habido ninguno más grande que Jesús», en E. RENAN, *Vie de Jésus*, 1863, diez ediciones en un año. En español, *Vida de Jesús*.

3. *Carlos Fuentes*: «Lo que asegura que Jesús siga en la historia es, sin embargo, lo mismo que le impide hacerse presente en la historia: la Iglesia cristiana, sujeta a los vaivenes de la vida política, de los compromisos y las excepciones, de las traiciones a Cristo, de la seducción de lo mismo que Cristo fustigó... Lo extraordinario es que dos mil años de traiciones no han logrado matar a Jesús. Qué poco duraron los imperios del mal, el Reich destinado a un milenio según Hitler. ¿Cuántas divisiones tiene el Papa?, preguntó con sorna Stalin. Pero esos Ejércitos de la fe cristiana existen a pesar de, no gracias a la institución vaticana. Ésta aprovecha, pero no alcanza a apropiarse de la figura

Este cristianismo que existe en la historia es un fenómeno interesante, un posible indicio, por el influjo que nos llega hasta hoy. Si ese influjo es explicable por relación causa-efecto proporcional, como otros fenómenos históricos, pues es eso, uno más, interesante, pero uno más. Pero si las causas humanas son desproporcionadas al efecto producido, entonces aquí puede haber algo más:

—La vida de Jesús se desarrolla en una nación de poco peso histórico: por su extensión, por su escasa importancia y falta de influencia en los demás países de entonces. No es libre ni independiente, está sometida a Roma. Sin fuerza militar ni política. Sin influjo cultural ni de pensamiento en el resto del mundo.

—Jesús no salió de los límites estrechos de su patria. Sólo vive en contacto con sus paisanos. Vive poco más de treinta años. Se pasa casi toda su vida encerrado en un taller de carpintero, perdido en las montañas de Galilea. Predica solamente tres años. Su auditorio es gente humilde y sencilla, sin recursos. Rodeado de pobres y enfermos. Sus discípulos son doce pobres y sencillos hombres, casi todos pescadores, sin medios de cultura, sin más lengua que el arameo (inútil fuera

de Jesús, que constantemente rebasa a la Iglesia creada en su nombre. Jesús es el perpetuo reproche a la Iglesia. Pero la Iglesia tiene que tolerar a Jesús para seguir siendo. Jesús se le escapa a la Iglesia porque se convierte en un problema para los que están fuera de la Iglesia. La Iglesia no ha podido, actualmente, reservarse a Jesús porque Jesús extiende los valores de la vida eterna a los valores de la vida en el mundo y allí se vuelve algo más que un frágil Dios que se hizo humano. Se convierte en el Dios cuya fuerza es su humanidad. Y es la humanidad de Cristo lo que lo mantiene vivo como problema para una modernidad que puede tener temperamento religioso sin fe religiosa. El católico relapso Luis Buñuel; el protestante fuera de la Iglesia Ingmar Bergman; el religioso social y civil Albert Camus. Pero también los hombres de fe capaces de ponerla a prueba en el mundo, Francois Mauriac, Georges Bernanos, Graham Greene. Y sobre todo la mujer de la fe, Simone Weil, que se pregunta: ¿se puede amar a Dios sin conocerlo?; y contesta: sí. Es la respuesta terrible a la terrible pregunta de Dostoievski: ¿se puede conocer a Dios sin amarlo? Iván Karamazov contesta: sí. Éste es el dilema y sólo Jesús lo resuelve. Una persona no es Dios, pero Dios puede ser una persona. De allí que millones de hombres y mujeres crean en Jesús y sean su fuerza, más allá de las Iglesias y las clerecías. Jesús no resucita a los muertos. Resucita a los vivos. Jesús es el corrector de pruebas de la vida humana», en C. FUENTES, *En esto creo*, pp. 155 y s.

de su región), algunos ni sabrían leer o escribir. «¿Es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?», le dicen al final sin haber comprendido demasiado. No deja ni una línea escrita. Sin más enseñanza que la oral, transmitida por esos poco cualificados discípulos. Sin ejército, sin recursos, sin dinero ni influencia entre los poderosos. Teniendo que soportar la oposición o el odio de los grandes de este mundo.

—Se proclama Mesías, pero en manifiesta oposición con todos los ideales y pensamientos mesiánicos de sus coetáneos, amigos o enemigos. Ni poderoso, ni guerrero, ni caudillo libertador de la opresión romana. Se presenta como Hijo de Dios provocando la reacción en contra de las ideas fuertemente monoteístas profesadas en Israel.

—Muere, cosa impensable en el Mesías, que había de ser inmortal. Muere ajusticiado. Muere en la humillación absoluta y desprestigio total de la cruz, como un miserable malhechor.

Algo muy grande tuvo que ocurrir para que no sólo haya llegado el nombre de Jesús hasta nosotros, sino que el grupo mayor de la humanidad lo venera, al cabo de veinte siglos como verdadero Dios encarnado.

Esta desproporción en el hecho histórico humano fue palpable desde el primer momento. Ya lo vieron ellos, o lo sospecharon, pues no eran tontos. Gamaliel ante el Sanedrín (Hch 5, 35-39): «Israelitas, mirad bien lo que vais a hacer con estos hombres. Porque en estos últimos días se levantó Teudas, que pretendía ser alguien y que reunió a su alrededor unos cuatrocientos hombres [más que Cristo...]; fue muerto y todos los que le seguían se disgregaron y quedaron en nada. Después de éste, en los días del empadronamiento, se levantó Judas el Galileo, que arrastró al pueblo en pos de sí; también éste pereció y todos los que le habían seguido se dispersaron. Os digo, pues, ahora: desentendeos de estos hombres y dejadles en paz. Porque si esta idea o esta obra es de los hombres, se destruirá; pero si es de Dios, no conseguiréis destruirlos. No sea que os encontréis luchando contra Dios». Y su argumentación convenció.

Nosotros nos enfrentamos a lo mismo, en esencia, al examinar las huellas históricas de eso: no sea que nos encontremos ignorando que Dios ha intervenido así para revelarnos un sentido y un amor como ninguno. No hay causas humanas suficientes, visto el fenómeno en su cruda humanidad, para que el mero nombre y la mera existencia de Jesús lleguen hasta nosotros; mucho menos para que se le proclame por tantos como Señor, vencedor de la muerte. Esta desproporción es, a fin de cuentas, la mejor razón para empezar por el cristianismo.

8 ¿POR QUÉ EMPEZAR POR EL CRISTIANISMO, SI HAY MÁS RELIGIONES?

Porque su singularidad nos indica que no es equivocado examinar su pretensión. Esta singularidad del cristianismo como indicio se comprende mejor si se le compara con otros fenómenos religiosos¹⁷.

En las religiones de politeísmo mitológico existen narraciones de «apariciones» de un dios en forma humana: tales son por ejemplo las historias mitológicas de Zeus (o Júpiter latino), el padre de los dioses grecolatinos, deambulando por la tierra algunas veces en diversas acciones entre los hombres. Nos ofrece un caso de estas apariciones antropológicas el mismo relato del Nuevo Testamento: los licaonios (entre los cuales al parecer existía la leyenda de apariciones de dioses en forma humana sobre la tierra, como Júpiter acompañado de Mercurio o Hermes) se precipitaron en Lystras sobre Pablo y Bernabé al conocer el milagro hecho en el cojo de nacimiento para adorarlos como a dioses, y llamaban a Bernabé *Júpiter* (Zeus, el dios griego), y a Pablo *Mercurio* (Hermes griego), porque él dirigía la palabra, y hubieron ellos de clamar ante sus fanáticos adoradores para que cesasen en su acción, pues ya traían hasta al sacerdote para inmolarles víctimas (Hch 14, 8-13).

¹⁷ J.M. IGARTUA, *El Mesías Jesús de Nazaret*, p. 58 y ss.

Muchas veces seguramente los dioses mitológicos y sus hazañas pudieron provenir de la veneración creada en el recuerdo por hombres de extraordinario valor humano, caudillos o héroes de pueblos antiguos. En estos casos (quizá los famosos trabajos de Hércules puedan recordar mitológicamente algo de esto) no existe noticia ninguna de que ellos mismos hubiesen pretendido el honor divino y la adoración, sino que los pueblos los alzaron a sus altares por su gloriosa memoria. Entre los romanos, pueblo singularmente civilizado en el sentido moderno y civil de la palabra, fueron elevados a la categoría de los dioses Julio César y en especial Augusto, creador del Imperio. Celso, en su ataque anticristiano, recuerda que «los antiguos mitos atribuyeron origen divino a Perseo, a Anfión, a Baco y Minos», y también «a los Dióscuros, a Heracles, a Asclepio y Dioniso, que fueron primero hombres»¹⁸, así como la divinización de otros muertos con violencia. Pero en todos estos casos míticos, cuyos orígenes pueden bien haber sido humanos en los héroes u hombres grandes antiguos, no fueron ellos mismos quienes se pudieron proclamar dioses, sino que al cabo del tiempo con sus honores los divinizaron sus descendientes o conciudadanos, por la grandeza de sus hazañas. En estos casos, la divinización alcanza a elevarlos al rango de inmortales en el Olimpo celeste, asemejándose en algo más bien a dioses secundarios o santos que al mismo Dios. A Zeus no se le atribuye origen humano, aunque en la mitología tampoco ocupe el lugar más antiguo¹⁹. Tam-

¹⁸ Celso, en su mordaz y tremendo ataque a la religión cristiana *La verdadera doctrina* (*Alezés logos*), pone estas expresiones, primero en boca de un judío contra el cristianismo, y luego como propia expresión suya lo segundo (Cf. D. RUIZ BUENO, *Padres apologistas griegos*, pp. 57 y 61, donde se incluye casi íntegro el escrito de Celso, sacado de las réplicas de Orígenes, *Contra Celsum*).

¹⁹ Puede verse en la mitología que Zeus, el Júpiter latino, el padre de los dioses, es hijo a su vez de Cronos y Rea, dos de los doce titanes (varón y hembra) hijos a su vez de Urano (el cielo), hijo a su vez en la *Cosmogonía* de Gea (la tierra) y del Caos primero. Cf. O. SEEMANN, *Mitología clásica ilustrada*, pp. 21-25. Cronos es mitológicamente el Tiempo, y devoraba a sus propios hijos; pero Rea, la madre, salvó al niño Zeus de su padre con un ardid.

bién tenemos en las religiones primitivas, y aun en algunas tan poderosas en su imaginación creadora como el hinduismo politeísta de Brahma, Shiva y Visnú-Krishna, fenómenos naturales o misterios naturales elevados a la categoría de mitología. El animismo y el monismo llenan el mundo o las casas de espíritus de los muertos y antepasados. Lo mismo podemos decir que sucede con la gran religión egipcia y el culto de Osiris-Isis, o en el Japón con Amaterasu, de quien hasta tiempos bien recientes se ha atribuido descendencia a los mismos emperadores, a quienes se concedía un rango en cierto modo divino, pero evidentemente secundario²⁰.

Ninguno de estos casos, sin embargo, adquiere el carácter histórico de hombres reales cuya historia sea conocida, y mucho menos presenta sus propias acciones y palabras. En la historia de las religiones, con todo, existen algunos grandes hombres, cuyas vidas pueden situarse en el tiempo, y cuyas palabras, y aun escritos, pueden recogerse. Son los grandes fundadores de religiones existentes o desaparecidas, en número limitado. Sus nombres son: Moisés, (con Abraham) organizador de la religión del pueblo hebreo, que vivió en el siglo XIII a.C. desde Egipto a Palestina aún no conquistada; en China en el siglo VI a.C. vivieron Lao-Tsé y Kung-Fu-Tsé (Confucio) que dieron origen a la religión filosófica del *tao* el primero, y a la organización de la religión del Estado en forma moral y familiar el segundo; en la India, en el siglo VI-V a.C. vivió el creador del budismo llamado el Buddha (o Buda), cuyo nombre era Siddharta Gautama o Sakyamuni; en Persia en el siglo VI a.C. (probablemente) el organizador religioso de la antigua religión de los persas Zoroastro (o Zarathustra). Estos cuatro son anteriores a

²⁰ F. KÖNIG, *Cristo y las religiones de la Tierra*. En tres volúmenes expone las diversas religiones conocidas. Da así un panorama completo de las religiones humanas. Aparecen en el conjunto las formas de animismos, monismos, y politeísmos múltiples, como creencias populares o estatales, y culturales. Todo ello no niega, en su fondo, la primitiva existencia de un monoteísmo deformado a lo largo de la historia, en una inmensa colección de errores humanos, que ofrecen, sin embargo, el fondo religioso del ser humano a través de los tiempos.

Jesús de Nazaret en el tiempo, así como Moisés. Posteriores a Jesús en el tiempo hallamos otros dos hombres, cuya historia es conocida: uno de menor relieve, Maní en Persia en el siglo II d.C., y el otro de enorme influjo hasta hoy, Muhammad-ibn-Abdallah o Mahoma, organizador de la religión del islam seguida por los pueblos árabes.

Pero ninguno de ellos ha reclamado o pretendido ser considerado como un dios, aunque posteriormente a su vida y muerte, con el correr de los tiempos, el pueblo haya rendido culto a imágenes de algunos de ellos en los altares, como ha sucedido con los dos fundadores filósofo-moralistas chinos y especialmente con Buda, en los países donde se ha establecido su enseñanza.

Jesús de Nazaret, cuya persona es enteramente histórica en cuanto a su existencia y al origen de la religión cristiana en el siglo I en Judea, es el único hombre conocido en la historia a quien se atribuyen palabras propias que reclaman para sí el título divino. Es un caso enteramente singular en la historia de la humanidad en este aspecto. Esto mismo hace de Él —aunque Él no haya escrito personalmente nada, sino los hombres de su entorno en forma de memorias o historia de hechos y palabras, que llamamos Evangelios— un problema histórico, humano y religioso, de inmenso alcance. En efecto, ninguno de estos grandes iniciadores religiosos que hemos mencionado ha pretendido reclamar para su persona la identificación con el Dios absoluto, eterno, omnipotente, creador del universo. Esto, de hecho, nunca se ha dado fuera del caso de Jesús de Nazaret, según las palabras y hechos que los Evangelios le atribuyen²¹.

El primero, Moisés, es un celador rígido del Nombre único de Dios, que se le descubre con el misterioso nombre de Yahvéh en la zarza ardiendo del desierto del Sinaí. Él se

²¹ Sobre los principales fundadores de religiones que aquí mencionamos puede verse un resumen específico en KÖNIG, *Cristo y las religiones de la Tierra*, III, pp. 699-703. Toda la obra sirve para un estudio más a fondo de cada religión. También F. VIZMANOS, *Teología fundamental para seglares*, pp. 371 y s.

pone de rodillas ante el gran misterio de Dios, y sabe que hay un abismo infinito entre Dios y la criatura, y así lo enseña a su pueblo, como mandato primero y máximo. El Nombre de Dios es sagrado, a Él se debe la adoración y no puede ser tomado en vano.

Los dos conductores religiosos del pueblo chino en su filosofía y su moral nunca han podido pensar en tal cosa. Lao-Tsé estableció la profunda noción enigmática del *tao*, concepto metafísico que, en cierto modo, podría equipararse a la noción del absoluto divino impersonal. Es para él «un ser inmóvil, vacío, único e inmutable, al que podría considerarse como la madre del mundo. Yo le llamo *tao*, por no saber su nombre... Es profundo y oscuro, pero encierra la fuerza, ama y nutre a las criaturas todas, y no se hace el señor»²². Los antiguos misioneros jesuitas de China creyeron que podría traducirse filosóficamente el *tao* por el *logos* griego. En cualquier caso, y aun dado que se piense que el *tao* pueda ser una noción confusa del Dios absoluto, personal o impersonal, lo que podemos afirmar con certeza es que Lao-Tsé no pensó nunca en identificarse a sí mismo con el *tao*.

En cuanto a Confucio, ni siquiera entró como moralista filósofo en esta metafísica más profunda, contentándose con establecer en sus «cuatro libros» clásicos una doctrina de la familia y del estado, con el fondo religioso tradicional de China, enseñando por medio de aforismos y breves narraciones una ética social y familiar apoyada en la noción religiosa anterior del pueblo chino, con sus menciones del *cielo* como nombre divino, que Confucio aduce repetidas veces, así como la idea de existencia de dioses y espíritus del cielo y de la tierra, con las almas de los muertos en el culto de los antepasados tradicional. Pero es evidente que tampoco él ha pensado nunca en reclamar noción divina de ninguna clase para su

²² C. ELORDUY, *Sesenta y cuatro conceptos de la ideología taoísta*. El veterano misionero jesuita en China expone ampliamente, con profundo conocimiento, hasta veintinueve conceptos del *tao* (pp. 66-91).

persona, que fue más bien la de un gran estadista o político y doctrinario humano de fondo religioso.

Buda, partiendo de la doctrina hindú de las reencarnaciones, tras la célebre iluminación del árbol sagrado, predicó una ascesis difícil y exigente sobre los deseos y pasiones, para extinguir el dolor, causa de los males del hombre. Su título de Buda, «el Buddha» precisamente, es un título otorgado a su persona por haber alcanzado tras su existencia el definitivo nirvana, sin posteriores y penosas reencarnaciones. Es dudosa su religiosidad respecto a los dioses del politeísmo hindú, y también lo es el saber si alcanzó la noción de un dios único, absoluto e inmóvil en su perfección, cuya participación sería el nirvana definitivo de los hombres grandes, que son muy pocos. Aunque esto no es claro, sí lo es que el propio Buda (el Sakyamuni) no reclamó personalmente para sí el título divino, como se puede ver en los estudios sobre su persona. Aunque tanto él como los dos grandes de China, antes mencionados, han sido luego venerados como dioses en varios pueblos, esto ha sido resultado de la religiosidad popular y de su creencia en la existencia de dioses menores (a la manera quizá de nuestros ángeles o santos), por lo que elevaron a dicha categoría a estos grandes dirigentes religiosos o morales. Y así el budismo chino, por ejemplo, que es de carácter sincretista, ha colocado en sus altares a quienes llaman «los tres santos» (Buda, Lao-Tsé y Confucio), venerándolos con plegarias, varillas de incienso quemadas en su honor y reverencias o adoraciones. Pero ellos nunca se proclamaron dioses²³.

Por lo que toca a Zarathustra en Persia, antes de Cristo, sus escritos se hallan formados por una serie de revelacio-

²³ F. KÖNIG, *Cristo y las religiones de la Tierra*, III, p. 326. Hay quien cree que Buda pudo llegar a cierta conclusión de ser algo más que simple hombre, pero más bien en una especie de concepto agnóstico, sin afinaciones suyas absolutas. Sus seguidores hicieron de Buda un santo supremo, uno de los «buddhas», y propiamente «el Buddha», cuyas imágenes fueron así veneradas por ellos, aunque nunca con el carácter de Creador del mundo y Juez de los hombres. C. REGAMEY, *Budismo indio*, en F. KÖNIG, pp. 243-246, expone este «teísmo del budismo» con las tres «joyas» de la profesión de fe budista: el Buddha, el *dharra* y la *sangha* (Buda-maestro, ley-doctrina, comunidad).

nes recibidas por él de Ahura-Mazda, el dios de la luz; pero no se consideró a sí mismo como dios, sino como encargado de transmitir revelaciones divinas. Esto mismo, y aun con mayor razón, hay que decirlo de Mahoma, después de Cristo, que es «el profeta de Alláh», del Dios único y verdadero de Abraham, en versión islámica, en sí misma correcta en cuanto a su carácter de Dios creador y único. Mahoma recibe las revelaciones de Dios por medio del arcángel Gabriel, que le son traducidas e interpretadas por el propio ángel, y que debe recitar hasta que se le impriman en la memoria con fidelidad en su lengua, para comunicarlas a los fieles del islam. Reivindicar la pretensión divina sería una blasfemia para Mahoma, quien cree en el Dios único y verdadero del monoteísmo.

Y así se alza la personalidad de Jesús de Nazaret como un enigma de la historia humana para cualquier mente reflexiva, pues como veremos Él ha reclamado o pretendido el título de identidad e igualdad con el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, de tal modo que esta «pretensión» le llevó a la muerte. Dicha pretensión, conforme a las creencias monoteístas puras de la religión judía en cuyas coordenadas se movía y que fue su ambiente histórico, es la afirmación de ser el Dios-único, Creador del mundo, eterno, Legislador de los hombres y Juez de sus vidas. Tal afirmación de divinidad, no conocida en otro hombre alguno, es un desafío a la conciencia de los hombres. ¿Es verdadera tal afirmación?

Que no haya habido nadie, fuera de Él, que se haya atrevido con seriedad a postular para sí personalmente la divinidad de carácter trascendente es cosa comprensible para cualquiera que entienda lo que son el hombre y Dios. Jesús, por lo mismo, hubo de afrontar este enorme y claro problema, que no pudo escapar a su clara elevada y penetrante inteligencia, tal como ésta se muestra en los Evangelios. Es el problema de la identificación del hombre mortal con el Dios inmortal.

Esta dificultad hubo de crecer en Jesús, como hemos visto, por el país, la raza y la religión en que vivió. Era en Palestina,

la tierra dada por el mismo Dios a la raza de Abraham en posesión según las promesas de los libros sagrados, llamada por ello la «tierra prometida», donde Él vivía. Era de la raza del «pueblo de Dios», descendiente de Abraham, y estaba sellado Él también con la circuncisión religiosa, como todos los varones de Israel (Lc 2, 21). Su religión, en la que se educó y vivió hasta los treinta años, como hombre además de profunda religiosidad, era exclusivamente monoteísta, a partir de Abraham, y quizás aun antes. En especial a partir de Moisés, y su revelación del Nombre divino con la exclusiva adoración de ese Dios único, como primero y principal mandato de la Ley (Éx 3, 14; 20, 2-3; Deut 5, 6-7), la religión judía se convierte en Israel en el culto rigurosamente monoteísta, que se concreta en el mandamiento supremo repetido a diario en el *Shemá*: «Escucha, Israel, *el Señor Dios nuestro es único*. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus energías y fuerzas. Y estas palabras que te mando hoy estarán en tu corazón, y las transmitirás a tus hijos. Y las meditarás sentado en tu casa o andando por el camino, al dormir y al levantarte. Las ligarás como señal en tu mano y estarán ante tus ojos. Las escribirás en el umbral, en las puertas de tu casa» (Deut 6, 4-9).

Tales gravísimas palabras, que el propio Jesús declarará que son «el principal mandato de la Ley» (Mt 22, 37; Mc 12, 30; Lc 10, 27), son la perenne expresión de la absoluta unicidad de Dios que profesa el monoteísmo (judío, cristiano o islámico), y que parecen hacer imposible (si no se introducen enormes misterios nuevos) que un hombre, quienquiera que sea, pueda compartir la divinidad con el Creador.

Si Jesús afirma que es Dios tenemos así un enigma densamente oscuro. Y sin embargo, tal enigma se ha dado en la historia, y es el verdadero e irrenunciable fondo misterioso de la religión instaurada por Jesús de Nazaret. Tal es, en realidad, el problema central de la historia humana y de la religión.

Es verdad que ha habido otros hombres que también han influido en la historia de la humanidad, pero analíce-

se seriamente y se comprobará, primero, que ninguno ha influido de esta manera. Segundo, que en todos ellos existe una explicable proporción de efecto- causa entre la personalidad del héroe en cuestión y las circunstancias históricas en que actuó, y, en cambio, en Cristo no encontramos más que causas insuficientes para lo que ha sido considerado. Notemos, de pasada, los inútiles esfuerzos teóricos a lo largo de todos los tiempos, a la hora de buscar explicaciones, sin ningún fundamento, al influjo de Cristo, queriéndolo convertir en demagogo, zelote, revolucionario social, taumaturgo... Aparte de que falsean radicalmente la historia, tampoco explican el influjo de Jesús a través de los siglos.

Reconozcamos que si Jesucristo no es lo que pretende ser, es inexplicable que tantos hombres lo admitan y lo veneren. Este error resulta, a todas luces, difícil de explicar.

Pero reconozcamos también que, ante semejante pretensión y la repercusión histórica que ha tenido, empezar por verificar ésta y no otra es algo más que razonable.

9 OTRO INDICIO, QUIZÁ MÁS IMPORTANTE: UN CRISTIANO SERIO

Conocemos alguna persona cuya humanidad nos inspira respeto o admiración. Nos la tomamos muy en serio porque a su lado nos sentimos llamados a ser mejores. Su forma de ser o de vivir nos despierta algo muy hondo. No hace falta que sean grandes héroes reconocidos, son humanidades verdaderas que están ahí y que reconocemos. Al preguntarles su secreto, algunas de ellas responden que es su relación personal con Cristo. Simplemente, no hay más, no hay truco. Parece sencillo.

Albert Camus lo vivió con intensidad, como afirma en *El primer hombre*: «Hay seres que justifican el mundo, que ayudan a vivir con su sola presencia». Si uno de estos seres

es un cristiano y él sabe que se lo debe a su cristianismo, si eso en lo que cree es una mentira o un puro sentimiento subjetivo, ¿cómo puede ayudar a vivir?

Esto es un argumento de muchísimo peso. ¿Puede una humanidad como ésta, que despierta en mí algo especial e importante para mí, vivir en un error tan grande (si Cristo no fuera verdad)? Es un indicio cercano, palpable, «comprobable», que al «elevarme» en humanidad, se convierte en signo de Algo más. ¿De verdad de algo más?²⁴

Conclusión: no puede haber mayor reclamo a mi libertad que verificar el cristianismo. No hay tarea más importante en la vida, o más humana.

10 SI NO SE BUSCA EN SERIO, NO SE PUEDE COMPRENDER A CRISTO

Aquí tenemos un hombre que existió con toda seguridad y que dice tener claridad para todos estos interrogantes de todos los hombres, con la importancia que tienen para ellos. Y no sólo ofrece unas respuestas, sino que se presenta a sí mismo como esa luz; no da una explicación sino que se ofrece a sí mismo, y en el encuentro con Él promete esa luz. ¿Quién es éste...?

El cansancio o el agobio de la vida... Cuando parece que nos vamos más bien arrastrando por la vida porque nos

²⁴ Un testimonio muy claro, de Edith Stein: «Tanto para mí como para otros muchos, la influencia de Scheler rebasó los límites del campo estricto de la Filosofía. No sé en qué año llegó a la Iglesia católica, pero ya por entonces se encontraba imbuido de ideas católicas y las propagaba con toda brillantez y la fuerza de su palabra. Éste fue mi primer contacto con un mundo completamente desconocido para mí. No me condujo todavía a la fe, pero me abrió a una esfera de fenómenos ante los que yo no podía estar ciega. No en vano nos habían inculcado que debíamos ver todas las cosas sin prejuicios ni anteojeras. Así cayeron los prejuicios racionalistas en los que me había educado sin darme cuenta, y el mundo de la fe apareció súbitamente ante mí. Personas con las que trataba a diario y a las que admiraba vivían en él. Tenían que ser, por lo menos, dignas de ser consideradas en serio». De su libro autobiográfico *Estrellas amarillas*. Citado por J.R. AYLLÓN, en *Dios y los naufragos*, p. 167.

pesan mucho los problemas, los sufrimientos, los golpes... ¿Podemos tomarnos en serio lo que este hombre nos propone para aliviar esos pesos que no son un juego?

«Venid a mí todos...», ¿todos, de verdad?, ¿yo?, ¿esta persona que me importa y tiene esa carga encima? La afirmación bíblica no admite dobles lecturas; viene respaldada con la entrega de su vida, con unas obras extraordinarias, con un mensaje como nadie ha propuesto.

Si no se busca en serio no se puede comprender a Cristo. Si no se toma la vida en serio, como es el caso de los ejemplos que hemos visto, no puede verificarse si alguien que habla de todo ello con seriedad, y dando su vida en apoyo de sus palabras, puede tener razón. El objeto impone el método, si uno no se acerca al objeto tal como éste se presenta y le impone una manera de ser, nunca podrá saber si ese objeto es verdadero, en nuestro caso, si ese hombre dice la verdad. Esta premisa es válida para cualquier hombre o cualquier sistema: tratar de comprenderlo tal como se presenta y luego verificar esa pretensión. Si no lo hacemos así, tampoco podemos comprender lo que dicen Platón, Jagger, Montanelli, Simone Weil, U2...²⁵

Y como nuestra vida es buscar, también es vivir en el mundo y en un tiempo concreto, en la historia que a cada uno nos ha tocado. Recorriendo ese camino concreto buscamos, pero entre tantas respuestas posibles, ¿cómo saber cuál es la verdadera? ¿Cómo tener la seguridad de haberla encontrado? Nos jugamos la vida.

²⁵ En las palabras de L. GIUSSANI, en *Orígenes de la pretensión cristiana*, pp. 37-45, encontramos un buen resumen de casi todo lo dicho.

SI HAY RESPUESTA, ¿CÓMO RECONOCERLA?

ZanCADILLAS de la razón. ¿Qué prejuicios se han colado en nuestras estructuras mentales para que hoy por hoy estemos cuestionándonos la existencia de Dios?

1 ¿CÓMO RECONOCERLA?

Si Dios existe, hemos dicho, debe conocer la búsqueda de todo hombre y mujer y debe poder responder para no dejarnos en frustración. No nos dimos la existencia a nosotros mismos, por eso no encontramos en nosotros mismos las respuestas a las grandes preguntas de las que depende nuestra vida, están «más allá». Nos trascienden. Dios sabe y habla o no es Dios. ¿Ha respondido a nuestra búsqueda? ¿Cómo reconocerlo? ¿Cómo estar ciertos de haberlo encontrado? Porque la vida nos importa, no quisiéramos engañarnos, autoconvencernos de algo que no es verdad, por ello es pertinente que reflexionemos sobre estos *cómos*.

2 COMO CUALQUIER REALIDAD, CASI

Cuando conozco algo con certidumbre, no me quedan dudas de que sea así como afirmo. He conocido esa realidad (un paisaje, una planta, un amigo) como es, no como yo imagino o como quisiera que fuera. La seguridad viene de la realidad y de que he sabido abrirme a ella. No la he inventado, se me ha «impuesto». Es conocimiento real, no puro pensamiento o imaginación.

No quiero inventar las grandes respuestas que no están en mí, sino encontrarlas. Realismo, no imaginación, porque el

amor, o el dolor, o la amistad son algo hermoso que hay que tomar en serio. Realismo, no subjetividad.

No nos acercamos igual a un amigo, que a una planta o que a un hecho histórico del pasado para estar seguros de que son verdaderos. Un verdadero amigo es un tesoro; uno falso, una desgracia. Una rosa verdadera perfuma mi habitación o la tuya; una falsa, deja todo igual. Una planta medicinal verdadera puede curarme; una falsa, matarme. Una historia pasada compartida es un patrimonio; una falsedad histórica puede ser una coartada para una manipulación presente. Nos importa tener certeza de la verdad o falsedad de lo que vivimos, creemos o afirmamos, en todos los órdenes de nuestra vida. A cada realidad nos acercamos según ella es, y la seguridad de tenerla o conocerla es diferente. «Éste es un buen amigo», «Esto no es un veneno». Son seguridades diferentes y ambas importantes. «Dios se nos ha manifestado», «Sacrifiquemos una virgen para que el dios no nos aplaste». Son seguridades *muy* diferentes aunque hablen del mismo dios. ¿Del mismo Dios?

Para reconocer una respuesta, por tanto, a una gran pregunta, hay que tener claro las diferentes certezas que podemos conseguir, y las verdades o realidades que las producen.

3 ¿CÓMO ES LA CERTEZA QUE DE VERDAD IMPORTA?

Cuando comprobamos por nosotros mismos que una cosa es como pensamos o como nos dicen, adquirimos una certeza empírica, de experiencia. Sobre este principio descansa toda la ciencia. Y sobre esta base se ha construido el gran edificio de la ciencia moderna y de toda la tecnología que facilita la vida actual. Hay infinitas cosas que no sabemos sobre el funcionamiento de las cosas, algunas importantes como la medicina, pero no esperamos a aprenderlo o comprobarlo por nosotros mismos para usarlas. Y esto es razonable, es más, es inteligente porque de otra manera no podríamos

funcionar. Suponiendo que pudiéramos, y es mucho suponer, si esperáramos a comprobar todo, a tener certeza empírica o científica, se pararía la vida. En estos casos confiamos en quien lo sabe, le creemos. En la vida de un hombre las verdades simplemente creídas son mucho más numerosas que las adquiridas mediante la constatación personal. *El hombre, ser que busca la verdad, es pues también aquél que vive de creencias*, y a estas creencias, que no tienen que ver con el mundo religioso, se les llama certezas morales o existenciales (para diferenciarlas de las certezas científicas).

Cuando obramos según la certeza moral, las pruebas o indicios que humanamente se tienen son suficientes para aceptar algo como verdadero. Esos indicios pueden ser: «Ese astrónomo sabe más que yo, mi pregunta sobre el origen del universo me supera a mí, pero a él no; por tanto estudio su artículo», «Esa reportera estuvo ahí, yo no y por eso me supera en saber cómo fue ese hecho importante; no puedo saberlo sino aceptando lo que ella me dice ya que no tengo sospechas sobre su veracidad», «Yo no sé pilotar un avión, y llegar a Nueva York en unas horas me supera totalmente, obro de manera razonable si me pongo en manos de un piloto de cuya pericia no tengo razones para sospechar, porque a él no le supera llevarme en pocas horas».

Y en cuestiones aún más importantes, como la amistad o el amor, la certeza existencial cobra mayor relevancia. Me entrego a una amistad, o me entrego en el amor por una certeza firme de que esta persona vale la pena. No puedo científicamente demostrar que así es. Amo a mi madre, o a mi hijo, en base a una certeza que no es matemática pero que me vale más.

En una palabra: confiar en indicios razonables, aunque nos supere la materia de que se trate, es más inteligente que sospechar o que negar sin fundamento, y parar toda mi vida. Esto es lo que se llama *una certeza más allá de cualquier duda razonable* (no de cualquier duda que pueda ocurrírsenos).

Son muy frecuentes los casos en nuestra vida cotidiana en que es tanta la convergencia de argumentos, o mejor, de indicios, independientes entre sí, que confluyen a una misma conclusión, *que no se puede señalar otra razón de esa coincidencia sino la realidad del hecho por ellos señalado.*

La certeza de la fe no es de tipo científico o matemático, porque el objeto me supera y no puedo demostrarlo positivamente. Su certeza, por tanto es de tipo existencial. En la verificación de la certeza de la fe hay que ver si convergen indicios que ofrecen una certeza sólida y suficiente: a) la vida de Jesús, cuya excepcionalidad, estudiada desde nuestra necesidad de infinito, nos suscita un atractivo personal; b) eso especial que tiene un amigo cuya vida me importa y que él dice que viene de su relación con Cristo; quizá no sólo un amigo, sino más conocidos, o misioneros, religiosas en hospitales; c) una catedral que deja sin respiración, la música de Bach que expresa Algo (no son ruidos), y un largo etcétera.

¡La certeza existencial es la base de la vida y de las cosas más importantes! ¡También de la fe! «Sabemos que el amor ha entrado en nuestra vida», esta certeza no es científica, y no es puro sentimiento, es una certeza moral importantísima. Por todo ello decimos, *razonable, no irracional.* La presencia del amor en nuestra vida es un misterio que no se agota. Sin entender del todo, se comprende lo que en definitiva está pasando. Se avanza sin parar ni anular la razón... aunque no se vea del todo.

Por volver a decirlo, es verdad que cuando estamos seguros de alguna de esas cosas importantes siempre cabría la posibilidad de que no fuera así, *pero la seguridad alcanzada más allá de cualquier duda razonable* (no de toda posible duda que se me pueda ocurrir) es una seguridad racional importantísima. Es inteligente porque lo otro es imposible. La vida se pararía si exigiéramos certezas de otro tipo.

Puedo vivir sin saber ecuaciones diferenciales o informática especializada, pero no vivir sin saber para qué vivo. La búsqueda de la fe es lo más inteligente, ahí sí hacen falta res-

puestas. ¿Podría ser de otra manera? Si las grandes respuestas sólo fueran para los que comprenden las altas teorías, el sentido de la vida sería sólo para muy inteligentes y con posibilidad de haberse cultivado. Y esto sería injusto, y por tanto, inauténtico, no de Dios.

Si hubiera que anular la razón en la comprensión de fe, o sea, sólo sentir esa adhesión a la revelación posible, la inteligencia quedaría frustrada. Y esa frustración no puede ser una respuesta auténtica de Dios. Si me adhiero a algo absurdo, sólo por un sentimiento de certeza, o a algo poco probado, pierdo en humanidad. Creer en un círculo cuadrado, en un «amigo» que sólo me usa para sus fines, en un Dios que no sirve para la vida cotidiana... no es creer auténticamente, sino renunciar a mi razón, a una parte sustancial de mí mismo. Y eso no puede llevar a buen puerto.

En palabras de C.S. Lewis: «No creo que haya una prueba (como la de Euclides) *demonstrativa*, del cristianismo, ni de la existencia de la materia, ni de la buena voluntad y honestidad de mis mejores y más antiguos amigos. Pienso que las tres cosas son (excepto quizá la segunda) mucho más probables que las opuestas... y sobre *por qué* Dios no lo hace evidente: ¿estamos seguros de que a Él le interesa siquiera un tipo de teísmo que consistiera en un consentimiento lógico a un argumento concluyente? ¿Nos interesa a nosotros en asuntos personales? Exijo de mi amigo que crea en mi buena intención, que es *cierta* sin tener una prueba demostrativa. No sería para nada confianza si él necesitara una prueba rigurosa. ¡Caramba, todos los cuentos de hadas esconden una verdad! Otelo creyó en la inocencia de Desdémona cuando quedó probada: pero demasiado tarde. Lear creyó en el amor de Cordelia cuando se demostró: pero ya era demasiado tarde. “Pierde su fama quien espera a que todo salga a la luz”. Se nos pide la magnanimidad, la generosidad que se fiará de una probabilidad razonable. Pero ¿y si se cree y al final no es verdad? Porque, entonces, habrías mirado al universo como no le correspondía. El error entonces sería incluso más interesante que la realidad. ¿Y

entonces, cómo podría ser? ¿Cómo podría un universo sin inteligencia haber producido criaturas cuyos solos sueños son mucho mejores, más vigorosos y sutiles que él mismo? Fíjate que la vida después de la muerte, que todavía te parece lo esencial, fue en sí misma una revelación *tardía*. Dios preparó a los judíos durante siglos para que creyeran en Él sin prometerles una vida después y, con su gracia, me instruyó a mí de la misma manera durante un año. Es como el príncipe disfrazado del cuento que gana el amor de la heroína antes de que ella sepa que es algo más que un leñador. Y si viniera primero lo que debe venir después, sería una especie de soborno».

4 ¿SUPERIOR, RAZONABLE, PERO NO IRRACIONAL?

Si Dios ofreciera respuesta a la gran pregunta, deberíamos poder reconocerla como se reconoce cualquier realidad, sabiendo adaptar nuestro conocimiento a las características del objeto por conocer. Pero como el objeto, viniendo de Dios, nos supera, entonces hay que dar un paso más. Reconocerlo *casi* como se reconoce todo. En esta búsqueda, el hombre sabe que tiene que ir más allá de su razón y de sus posibilidades, si no fuera así, si él solo pudiera, ya se habría dado las respuestas que tanto necesita para saber vivir. Ir más allá de mi razón, reconocer que yo no puedo explicármelo significa que la explicación, si existe, tiene que ser «más grande» que yo, la respuesta me supera, si no, no vendría «de lo alto», ni me saciaría plenamente el hambre de amor y de paz que me mueven. La respuesta será «más grande» que yo, que mi capacidad de entender como entiendo cualquier otra cosa. Si no fuera así, el no poseerla sería simple ignorancia, no impotencia para lo trascendente.

Por tanto no puedo abarcar la respuesta con mi sola razón. Sin entender del todo, comprenderé. Si lo comprendiera todo, ya no sería algo «mayor». Algunos piensan que la fe es no comprender nada pero sentir algo. Si no comprendiera

nada y fuera cuestión sólo de sentirlo, mi razón quedaría anulada, no sería una respuesta plenamente humana, aunque extasiara con ella. En ese caso la fe anularía la razón, deshumanizaría al creyente. Esto nos abre a una idea importantísima en nuestras cuestiones, la idea auténtica de Misterio.

5 MISTERIO QUE SUPERA, PERO NO ANULA MI RAZÓN

Es importante detenerse un momento en esta noción de Misterio porque es clave en la comprensión de lo que queremos exponer.

La característica propia del Misterio es precisamente la de imponérseme no en virtud de ninguna deducción lógica o de alguna necesidad interior, sino al contrario, como una realidad que sacude mis hábitos mentales, que interviene turbando mi exigencia de lógica y de racionalidad y que, sin embargo, se me impone como supremamente real. Lo real, de hecho, que se me impone de tal modo que, por más que lo quiera, no lo puedo rechazar. **Si se me impusiera en virtud de una necesidad interior que lo contuviese ya, podría siempre decir que, en ese caso, lo he inventado yo.** ¿Es ése el caso de Cristo? Él no es eso. Jesucristo no viene a satisfacer las necesidades de mi intelecto. Él presenta una turbación para mis hábitos o actitudes de mi inteligencia. Y también por esto experimento tanta resistencia a creer en Él. Y es una provocación más grave todavía para el transcurrir tranquilo de mi existencia. Si Jesucristo no existiera o si no afronto ese hecho, estaría yo más tranquilo. **Por esto es radicalmente falsa la argumentación de un ateo que dice que el cristianismo es un descanso.** Es claro que no lo vive desde dentro. Hay moradas, escondrijos, humanismos más confortables, más vacíos dentro de los cuales es más fácil la propia pequeña vida con mayor más tranquilidad. Si Jesús representa algo, es ciertamente el que nos trae una turbación inmensa, como decía Jacques Rivière. «Una vez que el amor ha entrado en nuestra vida, lo

sabemos bien, no podemos pertenecernos a nosotros mismos»¹. (También podríamos valernos del comentario de Henri de Lubac²).

Para ver un poco mejor lo que queremos decir, apliquemos esta concepción del Misterio a una de esas verdades «dadas de lo alto»: la fe cristiana sostiene que Dios se ha hecho hombre. Claramente es imposible para la razón comprender cómo, por qué, ni siquiera imaginarlo. Pero no es absurdo o contradictorio. No es como aceptar: «Dios creó el mal» o «Dios creó un círculo cuadrado». ¿Por qué va a ser imposible que Dios que ya está unido a todo hombre como fundamento del ser, que nos sostiene en el ser, haya querido unirse a Jesús también como Persona, es decir, haciendo de *yo*, de ese hombre? Dios no tuvo que desplazarse para hacerse hombre, porque ya estaba allí. Y buscarnos así, como uno de nosotros, sin dejar de ser Él mismo, para establecer una relación humana conmigo, con todas mis reglas del juego. No es absurdo. Si Dios creó al

¹ J. DANIELOU, *Mito pagano, Misterio cristiano*, pp. 144 y s.

² «Intentemos caracterizar en unos cuantos rasgos esta noción de Misterio. Intentémoslo, no ya según la idea general que podría forjarse nuestra razón, ése sería el vicio del método contra el que ha querido precavernos la *Dei Verbum*, a propósito de la noción paralela de revelación, sino según lo que de sí misma nos ha dicho la revelación, o según lo que de ella se deduce. El Misterio es ante todo algo que se relaciona con el plan de Dios sobre la humanidad, bien sea porque designa su término, o bien porque indica los medios de su realización. Por tanto, no se trata de algo irracional, de algo absurdo o sencillamente, en un sentido menos peyorativo de la palabra, de algo que no es simplemente contradictorio, pero ante lo cual hay que renunciar a todo esfuerzo intelectual: algo que se muestra reactivo a toda penetración, como una pared vertical ante la cual sólo es posible chocar. Ni es tampoco en primer lugar una verdad que sería provisionalmente inaccesible a nuestra búsqueda, un terreno totalmente cerrado por ahora a la razón humana, pero que algún día, al llegar ésta a su madurez, podría esperar conquistar poco a poco y recuperar como suyo, tal como intentó explicar Leibniz, y más tarde Lessing o Herder. El Misterio siempre está fuera del alcance del hombre, por ser cualitativamente distinto de todos los demás objetos de la ciencia humana; pero al mismo tiempo tiene relación con el hombre: nos pertenece, obra en nosotros, y su revelación ilumina nuestras ideas sobre nosotros mismos. En fin, para alcanzarnos y para revelárenos, tiene que tener un aspecto que se pueda captar: la palabra de Dios hecha sensible, expresión de lo inexpresable, signo eficaz a través del cual se realizará el plan salvífico». H. DE LUBAC, *Paradoja y Misterio de la Iglesia*, pp. 37-39.

hombre y todo el cosmos, también puede, si quiere, meterse en esa creación suya.

Antes que sucediera, a los hombres no se nos hubiera ocurrido tal cosa. Pero después que esto sucedió vemos que es un hecho que encaja perfectamente en la naturaleza del Infinito, del Todopoderoso. Si Dios existe, si Dios ama a los hombres, ¿quién le puede negar esta posibilidad a Dios?, ¿por qué no iba a poder la identificación máxima que le era posible, con la naturaleza humana, con cada uno de sus hijos e hijas, creados por Él y necesitados de esas respuestas?

Lo que uno espera de Dios es que actúe *a lo divino*; también en su capacidad de amar es Infinito. Si la actuación de Dios hubiera que medirla por nuestra capacidad de comprensión, ¿qué Dios sería ése? ¿No sería ponernos en una actitud intelectual a priori incapaz de comprender? ¿Es inteligente querer comprender lo que por definición me supera, o por lo menos en hipótesis, me superaría?

La razón no queda anulada para así poder tragarse un absurdo, sino que, entrando en juego, va entendiendo de qué se trata, pero no cómo, o por qué. Y a partir de ahí, caminando con el Misterio, puede pensar, reflexionar, sacar conclusiones y llegar a comprender, por ejemplo, el para qué del Amor que se muestra de ese modo. Una cosa así no llega a comprenderse del todo, resulta oscura pero no totalmente, oscuridad de luz excesiva «venida de lo alto», no de falta de luz. No es por ignorancia u otro factor. Hoy es un misterio la curación del cáncer, no lo será dentro de trescientos años. Hace cincuenta años pisar la luna era un misterio, hoy no. Hay misterios y Misterio. El Misterio es inabarcable para la razón humana. En éste la posible respuesta se intuye que tiene que venir de Dios, de Alguien.

Por todo ello: *aceptarlo y abrirse con cabeza y corazón es razonable, no irracional.*

6 ESTÁ, ¿PERO OCULTO?

Nada de ingenuidad. Si está Dios en la historia, no es evidente, indiscutible, unánimemente reconocido. O no está, o está, pero oculto. Dios oculto en la historia no es Dios ausente ni indiferente. Esta intuición de sentido en Él es posible no sólo para el creyente, sino incluso para el hombre que no cree, que también sospecha que otro «nos está escribiendo»³:

Soy hombre: duro poco y es enorme la noche. Pero miro hacia arriba: las estrellas escriben.	<i>Sin entender comprendo: también soy escritura y en este mismo instante Alguien me deletrea.</i>
--	--

La religión natural y la filosofía natural, que han existido en todos los pueblos y en todas las épocas, son eso: seguridad de un Dios al que se puede llegar, aunque se difiera en los caminos y las formas. Éstos también muestran la necesidad natural de la revelación. Ante su destino, ante el sentido último de sí, el hombre imagina sus caminos proyectando sus propios recursos, pero, en la medida en que su pensamiento y su emoción sean serios, sufre el enigma último como una tempestad de incertidumbre o en una soledad acobardada.

La única ayuda adecuada no puede ser más que lo divino mismo, esa divinidad oculta, el Misterio, que de alguna manera se comprometa con el esfuerzo del hombre iluminándolo y sosteniéndolo en su caminar.

Esto no puede ser más que una hipótesis perfectamente razonable —es decir, que corresponde al anhelo del corazón del hombre y es coherente con la apertura de la naturaleza humana—, plenamente dentro de la categoría de lo posible. La razón no consigue decir nada sobre lo que el Misterio

³ Octavio Paz lo expresa hermosamente en *Al paso*, p. 87.

puede o no puede hacer: para ser fiel a sí misma no puede excluir nada de lo que el Misterio pueda emprender. Si la razón pretendiese hacerlo, por ejemplo, si lo considerara imposibilitado para entrar de cualquier modo en el juego del hombre y sostenerlo en su camino, si llegase a la negación a priori de la revelación, sería un gesto supremo de irracionalidad. Si Dios existe, puede actuar, manifestarse. El presentimiento o la afirmación de esa hipótesis de ayuda para el hombre está en el corazón del arte más grande de todos los lugares y de todos los tiempos.

7 QUE NO ME LO IMPIDA EL AMBIENTE CULTURAL

La búsqueda le corresponde a cada uno, es decir, tengo que buscar yo, nadie puede hacerlo por mí mismo, puesto que son mis preguntas, en ellas va mi vida, mi libertad. Nadie puede suplir mi libertad. Es importante darse cuenta que en el ambiente intelectual en que vivimos se omiten las grandes preguntas y que superar ese pensamiento dominante es una dificultad que debemos afrontar, incluso dentro de nosotros mismos. Debido a esto hemos de conocer los motivos culturales o históricos que han llevado a que vivamos en una cultura que funciona ni afirmando ni negando a Dios, sino «como si Dios no existiera».

8 ¿Y EL CORAZÓN?

Ya hemos dicho que si existe una respuesta última, esa respuesta no puede ser sólo para la razón, también para la voluntad. Para la cabeza y para el corazón. Distintos, ipero nunca separados! La voluntad, o la inteligencia, sin el hombre concreto que ama o piensa, son abstracciones. Por tanto, la respuesta satisface a todo el hombre: no sólo a su razón, también a su afectividad, su hambre de vivir, de sentido, no

sólo su necesidad de entender (el objeto manda, pero éste responde a lo que el hombre es...).

«Hay personas, en efecto, que parecen no pensar más que con el cerebro o con cualquier otro órgano que sea el específico para pensar; mientras otros piensan con todo el cuerpo, y toda el alma, con la sangre, con el tuétano de los huesos, con el corazón, con los pulmones, con el vientre, con la vida»⁴. Buscar con todo el hombre, no censurar en mí nada, ni en el Objeto posible. Como le dijo el zorro al Principito, al despedirse: «No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos»⁵.

9 ¿ALGO O ALGUIEN?

Lo anterior nos hace comprender que la respuesta que necesitamos, tal como la necesitamos, no puede ser una idea, o un sistema de pensamiento o una doctrina, o unas normas «sabias» de conducta, debe consistir en una Presencia que se puede reconocer. Quien responde quiere una comunicación. Y la quiere en esas cosas importantes de la vida. Es Alguien a quien le importo. Alguien, no algo, si tiene que responder a toda mi humanidad. Alguien que pueda llenar mi afectividad, porque una idea puede convencerme, pero sólo una persona, como yo, puede llenar mi afectividad, mi hambre de amar y ser amado. Intuimos así que en eso precisamente consiste el sentido que busco: en un Amor.

Lo buscado no puede ser una idea, unos principios abstractos, un método de autoayuda elevado, sino algo objetivo en la historia, un hecho humano que puedo conocer y amar, Alguien, no algo. *¿Ha entrado Dios en la historia de manera humana?*⁶ Esta nota hay que subrayarla mucho

⁴ M. DE UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 36.

⁵ A. DE SAINT-EXUPERY, *El Principito*, p. 72.

⁶ *Fides et Ratio*, 13-14.

cuando se busca el sentido del sufrimiento, que es uno de los mayores misterios de la vida humana. Una experiencia así no encuentra sentido sólo con una explicación de causas, o una teoría sobre soluciones. El sentido del dolor tiene que ser una presencia de alguien, una compañía cercana, no una explicación, porque hay pérdidas irreparables, situaciones humanas irremediables, que necesitan sentido, y no hay explicación alguna que valga.

El sentido budista del sufrimiento es aprender a no querer nada para que nada ni nadie pueda hacerme sufrir. Sin embargo, el sentido cristiano del sufrimiento es la compañía del Crucificado a mi lado. Uno renuncia a su humanidad, llegando a una falsa felicidad, otro vive la propia humanidad sin mutilarla, y encontrando a Alguien que la enriquece en el sufrimiento, aunque éste no desaparezca. Ya no es central el esfuerzo de una inteligencia o de una voluntad que construyan una explicación según sus propias e insuficientes posibilidades, sino la sencillez de un reconocimiento de una Presencia, de un encuentro con Alguien que se hace presente aunque yo no entienda cómo. Vivido así uno puede constatar que «sufrir pasa, haber sufrido no».

10 EL OBSTÁCULO REAL ES EL ESCÁNDALO

Hemos comprendido que la respuesta al sentido último de la vida no puede ser *¡ya entendí!*, sino una relación humana. Impulsada y sostenida por una certeza moral, una confianza, no por una especulación. El sentido de mi vida debe estar en una relación con Alguien, no en una respuesta comprendida, ni en mi soledad, porque estoy hecho para los demás. Si encuentro a ese Alguien, será más razonable confiar en los indicios que me ofrece, que claudicar porque no comprendo totalmente. Confiar para establecer una relación humana con el Dios que se revela porque le intereso.

Si es relación humana, madura poco a poco, se descubre cada vez más, no todo de golpe, **por convivencia**. Si Cristo es verdad, no puedo conocerlo de un tirón, tengo que fiarme y caminar con Él y ver si me convence. Imposible convencimiento verdadero y racional a priori; sería como enamorarse por catálogo. En el Misterio se profundiza. El hecho de que la respuesta última sea ofrecida no por una teoría sino por Alguien, que es en sí mismo esa respuesta, pone ante una situación que Guardini ha analizado muy bien. El obstáculo más auténtico para la aceptación no es el no entender del todo, sino el escándalo posible.

Afirma Romano Guardini : «Jesús sabe que los hombres pueden escandalizarse de Él. No escandalizarse con el escándalo del que queda dicho que “¡ay del hombre por quien viene!”, ni con el escándalo a que se refiere Jesús cuando dice a Pedro: “Retírate de mí, Satanás, tú me sirves de escándalo” (Mt 16, 23). Tampoco con aquel escándalo del que pueden ser motivo el ojo o la mano. Se trata de un escándalo de clase singular y, al parecer, no fácil de evitar, ya que se llama *dichoso* al hombre que no cae en él. El escándalo es aquí una actitud determinada en relación con el valor religioso, actitud que surge cuando este último sale al paso no abstractamente, sino bajo la forma de una figura concreta. Lo decisivo en definitiva es Cristo mismo. No su doctrina, ni su ejemplo, ni la potencia divina operante por medio de Él, sino simple y escuetamente su persona. Este hecho despierta afirmación apasionada, fe y seguimiento, pero también, y en la misma medida, indignación ante la pretensión inaudita, protesta contra la “blasfemia”. La raíz de la protesta se encuentra precisamente en la circunstancia de que una persona histórica pretende para sí una significación decisiva para la salvación. El fenómeno se presenta con claridad singular en el relato sobre el discurso de Jesús en Nazaret: “Llegó a su pueblo y se puso a enseñar en aquella sinagoga. La gente decía asombrada: ¿de dónde saca éste ese saber y esos milagros?, ¿no es el hijo del carpintero?, ¡si su madre es María y sus hermanos

Santiago, José, Simón y Judas!, ¡si sus hermanas viven todas aquí!, ¿de dónde saca entonces todo eso? Y aquello les resultaba escandaloso”. (Mt 13, 54-56). Lucas, por su parte, describe el paroxismo de este escándalo: “Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del cerro donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejó” (Lc 4, 28-30). El fenómeno del escándalo es, puede decirse, la contraprueba crítica del problema que nos ocupa. Una doctrina de absoluta verdad, una indicación de significación decisiva, o una fuerza que eleva a vida sagrada, son cosas todas que el sentimiento natural puede discutir sin más, y a las que responde positiva o negativamente aceptándolas o rechazándolas. El hecho, en cambio, de que una figura histórica pretenda para sí una significación religiosa absoluta, excita y escandaliza de una manera totalmente diferente. Para el sentimiento humano inmediato se hallan fuera de toda proporción los dos momentos que esta pretensión une. Para reconocer esta pretensión, el que ante ella se inclina tiene que sacrificar su voluntad autónoma en una forma que sólo es posible por el sacrificio y el amor. Si se rechaza el hacerlo así, surge una reacción directa y elemental, que acierta a justificar sus objeciones contra la figura concreta y su pretensión con la argumentación, aparentemente fundada, de que tiene que evitarse toda mezcla y confusión de lo absoluto y eterno con lo histórico»⁷.

11 ALGUIEN QUE ME HUMANIZA

¿Por qué la respuesta debe ser «alguien que me supera»? Si la relación en la que busco sentido último fuera con una persona como yo, está claro que no puede darme lo que ella no tiene, porque es una persona como yo, que busca y necesita

⁷ R. GUARDINI, *La esencia del cristianismo*, pp. 43-46.

lo mismo que yo. Por eso tiene que ser una relación «venida de lo alto», de quien sí tiene esa luz o ese Amor.

La búsqueda de sentido y la búsqueda de Dios coinciden plenamente, ahora podemos verlo claro. Un Dios con quien puedo establecer una relación humana que me llene de sentido, que me haga más humano. No cualquier relación con la trascendencia vale, si no saca de mí lo mejor, si no me humaniza más, esa trascendencia no es verdadera, por muy sublime que una idea pueda parecerme. La verdadera trascendencia, que no daña mi humanidad, sino que la mejora, me quita egoísmos y me abre a los demás. Si una fe o una religiosidad llevan a un individualismo extremo, a un aislamiento de los demás, o al odio o desprecio de los que son hombres como yo, no puede ser verdadera, puesto que contradice no ya mi sublime idea de Dios, sino mi básica posibilidad de ser verdaderamente humano.

Una relación humana no sólo para mí, porque no estoy solo en la vida y porque la quiero para los que amo. Una relación con Alguien que crea una comunidad. Si no, es una respuesta incompleta para la vida toda, para siempre y para toda mi persona social. Si Dios saca lo mejor de nosotros en una relación humana y personal que nos impulsa a abrírnos de otra forma a la relación con los demás, esto puede hacernos comprender algo muy importante, algo que a veces supone un cierto tipo de dificultad para la fe, para la apertura a ese sentido buscado. Debemos entender, al poseerla, que es algo para todos, que puede servir a cualquiera que tenga esas preguntas. Si no es universal, la respuesta no puede ser auténtica. Y si es universal es porque su búsqueda pertenece a nuestra esencia.

En palabras de Hans Urs von Balthasar:

«El que conoce al hombre se da cuenta de que la religión pertenece a su esencia. Comprende también cómo las diferentes refracciones de la única religión universal han podido nacer de su anhelo de absoluto. El hombre es concebido, no se trae a sí mismo. Por fuerte que sea su sentimiento de per-

tenencia a una genealogía, sabe que debe agradecimiento no sólo a sus padres sino con éstos y todos sus antecesores a un fundamento original generador. Aunque por su finitud y por la habilidad del mundo puede estar muy lejos de esa fuente, tiene que llevar sin duda en sí la marca de este parentesco. De esta suerte puede representarse al Absoluto como una esencia personal, como un conjunto de ellas o, por su grandeza, como suprapersonal o impersonal. A partir de las imágenes y símbolos que le son familiares puede o incluso debe formar mitos sobre el origen, la conservación, el fin del mundo. Y pensarse a sí mismo, mortal, en el encuentro con lo imperecedero, en un juicio de los muertos como premio y castigo. Acaso —¿quién puede saberlo?— cuando transcurra y termine un año cósmico, todo comience de nuevo por el principio. Pero acaso pueda también el hombre, si alguien especialmente esclarecido le muestra el camino y el método apropiado, escaparse del fluir permanente de las reencarnaciones perecederas y volverse a encontrar en el fundamento original del cual, alienado en lo finito, había salido. [...] Con los hebreos irrumpe en ese mundo religioso algo fundamentalmente nuevo, inverso, aun cuando aquéllos habían integrado, transformándolos, muchos elementos de aquel mundo. El ahora, la conclusión de una alianza entre un hombre (Abraham), un pueblo (en el Sinaí) y la divinidad es para ellos la constatación de una promesa que anticipa el futuro y el fin de la historia de la humanidad. Ahora nómada, ahora marchando por el desierto, ahora postrado en un exilio temporal o definitivo, cada vez es más ardiente en el pueblo en anhelo de un reino mesiánico prometido. [...] Lo nuevo descansa sobre la inaudita pretensión del hombre Jesús de Nazaret de poder hablar y actuar con la autoridad del Dios de Israel y de Creador del Universo. Y más aún, de ser como hombre —no como héroe o semidios, a la manera de las religiones paganas— la palabra definitiva de Dios a Israel y a todo el mundo. Esta pretensión insuperable, que exige también un “seguimiento” sin condiciones, se presenta con una

humildad incomparable, con naturalidad, con cercanía a los pobres y despreciados, como el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento y a la vez su superación inesperada. Puesto que este cumplimiento no correspondía a las aspiraciones mundanas y escatológicas de los judíos, Jesús se vio rechazado como un falso Mesías y crucificado por el poder estatal romano. Por su resurrección de entre los muertos, Dios le confirmó, sin embargo, como el verdadero objeto de la promesa y, por encima de ello, como la última noticia de sí mismo y el último don que de sí mismo hace Dios al mundo. Lo que en la persona del Resucitado es cumplimiento que se manifiesta, para los cristianos es “arras” y con ello esperanza en un sentido mucho más concreto y englobante que en la antigua Alianza. La distancia frente a la esperanza judía se ve más clara si se añade lo que para un hombre que no toma parte interiormente en la vida divina sería un gesto carente de sentido: darse a sí mismo corporalmente como comida y bebida, anticipando su muerte sufrida “por todos nosotros”, sus discípulos de entonces y para todos los posteriores. Lo definitivo no sólo ha acaecido y ha sido propuesto como ideal a todas las generaciones sino que se ha entregado por completo para ser anunciado y compartido en el Espíritu Santo de aquél que se ofrece eternamente. [...] El núcleo del cristianismo es la historia misma en la que Dios no sólo ha hablado, sino que ha tomado cuerpo en un destino de hombre. La perspectiva del final de la historia está asumida en una esperanza totalmente nueva: en la salvación de la humanidad y del cosmos como un todo porque Dios se ha sumergido libremente en todas las oscuridades del destino del mundo. Como oferta y como oportunidad son insuperables. Quien sale de ahí se hunde en el mesianismo judío y retorna a caminos paganos de huida del mundo»⁸.

⁸ H.U. VON BALTHASAR, *A los creyentes desconcertados*.

La forma de vivir, en fin, puede ser un obstáculo para la fe, en cuanto que si en la búsqueda de sentido uno intuye que el encuentro va a provocar un cambio en la propia vida, y uno rechaza o aplaza ese cambio, si *huye de la vida*, está resistiéndose no sólo a eso, sino al encuentro mismo con Dios. Sabemos que la apuesta es fuerte, pero lo que hay en juego supera todas nuestras expectativas.

Nuestra vida es búsqueda, una búsqueda inaplazable. Y buscamos certeza desde la racionalidad y desde el corazón, aunque la vida vivida o el ambiente cultural levanten prejuicios que hagan más difícil el camino. A la hora de probar si Cristo puede darnos sentido para vivir cada día, tenemos un problema real: ¿cómo llegar a conocer cuáles fueron sus verdaderos pensamientos?, ¿podemos leer los escritos que nos hablan de Él, confiando en que nos muestran la realidad? Hay tantos *Códigos Da Vinci* que nos hacen sospechar de la verdadera historia de Jesús, que conviene abordar a fondo esta cuestión.

¿SE PUEDE PRETENDER CONOCER A CRISTO CON SEGURIDAD?

Nos metemos de lleno en la historicidad de los Evangelios

1 RECAPITULEMOS...

Recapitulemos lo visto en los dos capítulos anteriores:

- Hemos reflexionado sobre la necesidad de tomarse en serio a uno mismo y por tanto de buscar el sentido de la propia vida.
- Hemos visto que si tal sentido existe tiene que darse en el Misterio y por tanto la pregunta por el sentido de la vida humana se traduce en la pregunta por la existencia de Dios.
- Hay un hecho en la historia humana que se llama Jesucristo, es decir, una persona que se presenta como la respuesta de Dios a la búsqueda del sentido de la existencia humana.

A partir de ahora, el libro se centrará en Jesucristo. Pero lo primero que hay que hacer —y a eso dedicaremos este capítulo—, de acuerdo con el principio moderno de dudar de todo, es preguntarse y responderse si se puede conocer realmente a Jesucristo.

Jesucristo camina sobre las aguas, cura ciegos de nacimiento, devuelve la vida a los muertos, incluso resucita Él mismo... Suena un poco extraño. Estas cosas no ocurren todos los días. Parece demasiado bello para ser verdad. Y por eso surge la duda: ¿se corresponden esos textos al Jesús

de Nazaret real de la historia? Más aún: ¿existió realmente un tal Jesús de Nazaret o fue una invención de alguien? Y si existió hace tanto tiempo, ¿cómo podemos estar seguros de que el Nuevo Testamento (NT) nos habla de Él y no de leyendas que se le atribuyen, como suele ocurrir con los grandes hombres? Ha pasado mucho tiempo desde su supuesta vida, y no contamos ni siquiera con los textos supuestamente originales, ¿no pudo el paso del tiempo y el romanticismo popular o las manipulaciones de los grupos de poder tergiversar los hechos y presentar un Cristo magnífico y sublime, divinizado, en lugar del hombre real? Después de todo, los pueblos antiguos eran ingenuos e ignorantes, masas incultas y oprimidas a las que se podía manipular facilísimamente... Y es que...

- *Jesús de Nazaret no existió nunca*. Es la primera hipótesis, la más radical: negar de plano su existencia histórica. Si no existió, es metafísicamente imposible conocer lo que hizo o dejó de hacer. Cristo como puro mito.
- La segunda hipótesis es menos cerrada: existió efectivamente un hombre llamado Jesús de Nazaret, rabino judío del siglo I con una doctrina peculiar. En torno a él, sus seguidores, a su muerte, construyeron una leyenda, atribuyéndole milagros y sobre todo divinizándolo. Para conocer a Jesús habría por tanto que desmitificar el NT, quitarle todos los elementos «fantásticos», místicos que tiene y encontrar así el fondo histórico. *Cristo como leyenda*.
- Hay una todavía una tercera hipótesis: Cristo existió efectivamente y además dijo de Él mismo que era Dios. Pero *lo dijo en sentido figurado, espiritual o místico*, como cuando nosotros decimos que somos hijos de Dios pero sabemos que tenemos un padre y una madre humanos. Cristo sería así una especie de «poeta» o místico.

Contra estas hipótesis el cristianismo ha visto siempre en el NT la historia y la doctrina de Jesús de Nazaret. La cues-

ción es por tanto ver si el Jesús de Nazaret que nos presenta el NT, con esos hechos, palabras y actitudes que le atribuye, existió realmente. El ámbito de la pregunta es así la ciencia histórica y para encontrar una respuesta adecuada debemos valernos del método histórico y de sus instrumentos particulares: el análisis de los *monumenta antiquitatis*, es decir, los recuerdos de esa época, los testimonios de ese tiempo: ¿quién estaba allí para contarlos? Debemos por tanto ver los documentos de ese tiempo y de ese espacio que nos den noticias de su existencia. ¿Hay testimonios históricos de la existencia de Jesús de Nazaret? Si los hay, ¿de qué tipo son, para poder analizarlos convenientemente? ¿Qué noticia nos dan de ese supuesto Jesús? A estas preguntas nuestra tesis responde que los abundantes testimonios históricos sobre la existencia de Jesús de Nazaret, tanto escritos como arqueológicos que existen, confirman la autenticidad del NT.

2 LA CRÍTICA HISTÓRICA: CRISTO NO ES UNA LEYENDA, EXISTIÓ REALMENTE

• Fuentes escritas no cristianas

Veamos primero los documentos escritos. ¿Qué escritos hay sobre Jesús de Nazaret? Hoy, a inicios del siglo XXI, muchísimos; pero no todos son testimonios históricos de la realidad histórica de Jesús. Aquí se trata de ver si hay documentos históricos sobre Jesús de Nazaret.

Y los hay. Porque Jesús fue no sólo un hombre real y verdadero que vivió en un mundo humano real y verdadero y en un tiempo también humano real y verdadero, sino que además hizo Historia en ese tiempo y en ese lugar. Y por eso encontramos noticias de Él en los historiadores de su tiempo —y no precisamente en historiadores de poca importancia.

Presentemos algunas de estas fuentes:

- CORNELIO TÁCITO (54-119), el historiador más importante de la segunda mitad del siglo I en el Imperio romano, escribe en sus *Annales* sobre la muerte de Cristo bajo Poncio Pilato y sobre la persecución decretada por Nerón sobre los cristianos:

Así, pues, para acallar este rumor. Nerón acusó como reos y torturó con penas refinadas a los que el pueblo denominaba cristianos, odiados por sus crímenes. Su fundador, llamado Cristo, fue condenado a muerte por el procurador Poncio Pilato, imperando Tiberio. Esta superstición destructora, apenas reprimida, brotaba de nuevo no sólo por Judea, donde nació dicho mal, sino en la misma ciudad de Roma, adonde confluye de todas partes, y se exalta cuanto hay de atroz y vergonzoso.¹

- PLINIO EL JOVEN (62-113), historiador, estadista e intelectual, desde su cargo de gobernador de Bitinia, escribe una carta al emperador Trajano, para pedirle instrucciones sobre la persecución a los seguidores de un tal Cristo:

Afirmaban [los renegados] que la suma de su error o culpa consistía en reunirse un día señalado antes de salir el sol y entonar un cántico a Cristo como a Dios, en obligarse mutuamente y con juramento, no a maldad alguna, sino a no cometer hurtos, latrocinios ni adulterios; a no faltar a la palabra dada ni negar el depósito recibido. Hecho esto, se retiraban, volviendo después a tomar juntos una comida inocente... No he hallado en ellos otra cosa sino una superstición condenable e inmoderada.²

- SUETONIO (75-160), el historiador más importante de inicios del siglo II en el Imperio romano, en su *Vida de Claudio* reconoce la existencia histórica de Cristo y le atribuye

¹ *Annales*, XV, 44.

² *Epistulae*, X, 96, *ad Traianum Caesarem*.

buye la inestabilidad del judaísmo, y así escribe que ese emperador: «...expulsó de Roma a los judíos, autores de continuas revueltas bajo la instigación de un tal Cresto»³. Consta que esa expulsión ocurrió en el año 49, y la reporta también san Lucas en Hechos de los apóstoles 18, 2. El propio autor pagano, más adelante, en su *Vida de Nerón* habla de las consecuencias que para los cristianos tiene el incendio de Roma y así afirma de ellos: «Los cristianos sometidos a tormentos, género de hombres pertenecientes a una superstición nueva y maléfica»⁴.

- MARÁ BAR-SERAPIÓN (ca. 90), filósofo sirio de inicios del siglo II, escribe una carta a Serapión, su hijo, donde habla de tres personajes que considera igualmente históricos: Sócrates, Pitágoras y el Rey Sabio (Jesús):

¿Qué provecho sacaron los atenienses de haber dado muerte a Sócrates [...], los ciudadanos de Samos de haber quemado a Pitágoras [...], los judíos de haber ajusticiado a su Rey Sabio [...]? Justamente vengó Dios a aquellos tres varones sabios [...]; los judíos fueron asesinados y expulsados de su reino y ahora habitan dispersos por las cuatro partes del mundo. Sócrates no ha muerto (sino que vive) gracias a Platón, Pitágoras gracias a la estatua de Mera y el Rey Sabio gracias a las nuevas leyes que promulgó.⁵

- LUCIANO DE SAMOSATA (120-180), dramaturgo e intelectual de la escuela cínica, parodia en sus comedias la muerte de Cristo. Concretamente en su *Muerte de peregrino* dice de los cristianos:

...adoran a un hombre todavía —el distinguido personaje que introdujo sus nuevos ritos y por ello fue

³ *Vita Neronis Caesaris*, 26, 2.

⁴ *Vita Claudii Caesaris*, 25, 4.

⁵ *Epistula ad filium*.

crucificado [...]. Ya ves, estas desgraciadas criaturas comienzan con la convicción general de que son inmortales para siempre, lo que explica el desprecio de la muerte y el fervor que es tan común entre ellos; y además su original maestro les enseñó que todos ellos son hermanos, desde el momento que se convierten y niegan los dioses de Grecia y adoran al sabio crucificado y viven según sus leyes. Todo esto lo aceptan por fe, con el resultado de que desprecian todos los bienes del mundo y los consideran simplemente como propiedad común.⁶

- JULIO AFRICANO (ca. 221), en su obra *Chronographia*, cita la obra extinta de Thallus (ca. 52 d.C.):

Thallus, en el tercer libro de sus historias explica aquella oscuridad [la acaecida el Viernes Santo a la muerte de Cristo] como un eclipse de sol, lo que para mí no es razonable [pues en la fase de luna llena no puede darse un eclipse de sol y Cristo murió en luna llena de Pascua].⁷

- CELSO (ca. 178 d.C.), intelectual neoplatónico enemigo de los cristianos y gran conocedor de los Evangelios —ya en esa época— escribe una obra llamada *La doctrina verdadera* y en ella reconoce la existencia histórica de Cristo y lo califica de embaucador, mago, de ingenio mediocre.

Los testimonios paganos presentados hasta ahora son contundentes y universalmente admitidos por la ciencia histórica. Hay muchos otros de este tipo también admitidos sin discusión. Y hay otros, es necesario decirlo, que no son tan claros o que no todos aceptan. Por ejemplo: las *Actas Pilati*, que recogen hechos ocurridos bajo Tiberio (16-37) y nos

⁶ *De Morte Peregrini*, 11, 13.

⁷ *Chronographia*, 18, 1.

refieren la muerte de Jesús⁸. Pero no son sólo obras paganas. También hay obras judías que hablan de Cristo:

- El Talmud, que a finales del siglo II recoge las sentencias de los grandes rabinos —Hillel, Sammai, Aquiba, entre otros—, en su versión babilónica fijada en el siglo V, da esta interpretación de la condena a muerte de Cristo:

Se ha enseñado: la víspera de Pascua colgaron a Jesús. Y un heraldo salió delante de él por cuarenta días [diciendo]: “Será apedreado, porque practicó la brujería y ha desviado a Israel. Quien sepa algo en su favor, que venga e interceda por él”. Mas, no habiendo encontrado a nadie en su favor, lo colgaron la víspera de la Pascua.⁹

- La misma versión contiene una sección, las *Toledoth Ieschua* —generaciones de Jesús— referida a Cristo, en la que se da por sentada su existencia histórica, su pertenencia a la dinastía davídica, su labor de maestro y el convencimiento de los primeros cristianos sobre la virginidad de María.

- En las *Schemone Esre*, un compendio litúrgico de dieciocho peticiones, en su versión de El Cairo, redactada entre los años 40 y 70 del primer siglo, encontramos la petición

⁸ Las *Actas de Pilato*, o relación de los hechos llevados a cabo por aquel procurador y conservados probablemente en los archivos del Imperio. No deben confundirse con los Hechos (apócrifos) de Pilato, compuestos en el siglo IV, a los que tal vez dieron lugar. Estas *Actas* aparecen mencionadas dos veces por san Justino en su primera *Apología a Antonino Pío* (138-161), con estas palabras: «De la verdad de estas cosas podéis informaros por las *Actas* compuestas bajo Poncio Pilato». Parecidas son las frases de Tertuliano en su *Apología* (año 197): «Todas estas cosas acerca de Cristo se las comunicó Pilato, cristiano ya en su conciencia, al César Tiberio». La única impugnación de estos testimonios puede hacerse suponiendo que Tertuliano se apoyase en san Justino y éste sólo expresase una sospecha propia sobre la existencia de tales documentos. Sin embargo, las palabras no suenan en tal sentido. En cambio, la disputa de Tiberio y el Senado acerca del culto de Cristo ofrece poca autoridad histórica, aunque defendida de nuevo por algún autor reciente.

⁹ Sanhedrin 43a, cf. t. Sanh. 10, 11; 7, 12; Tg. Esther 7, 9.

duodécima que condena a los cristianos, llamados también nazarenos por el profeta de Nazaret:

«No haya esperanza para los apóstatas; destruye velozmente en nuestros días el reino de los malvados. Desaparezcan cuanto antes los nazarenos y los herejes. Sean borrados del libro de la vida y no sean inscritos con los justos.

- FLAVIO JOSEFO (37-102)¹⁰, historiador judeo-romano del último tercio del siglo I, recoge en su *Guerra judía*¹¹ referencias indirectas a la existencia de Cristo y en sus *Antigüedades judías* se refiere ampliamente a Juan Bautista, de quien relata su muerte, y a Jesús de Nazaret en dos momentos:

¹⁰ El gran historiador del pueblo judío Flavio Josefo (37-102), general de las huestes galileas en la guerra del 67 contra los romanos, prisionero y libertado por el emperador Vespasiano, amigo de éste, cuyo nombre Flavio tomó, acompañante de Tito en la destrucción de Jerusalén y ciudadano, por fin, de Roma hasta su muerte, escribió hacia el año 75-79 la obra *Guerra judía*, llena de patetismo e interés. En el 93 la completó con otro volumen intitolado *Antigüedades judías*, donde ofrecía a los romanos la historia de Israel hasta su desaparición bajo el Imperio.

¹¹ En el texto griego de esta obra no hay nada sobre Jesús. En 1906, el protestante A. Berendts, profesor de la Universidad de Dorpat, encontró una versión eslava del original aramaico escrito primariamente por Josefo, en la cual se leían ocho fragmentos ausentes en la traducción griega. Según éste y otros muchos críticos, la versión eslava, más antigua que la griega, debe considerarse como traducción del primer original aramaico escrito por Josefo, quien, al ofrecerlo luego en griego, quiso acomodarse a las nuevas circunstancias externas, en honor a sus correligionarios, y determinó suprimirlos. Los tres primeros fragmentos describen la vida, predicación y muerte del Bautista; el quinto, las de los apóstoles; el sexto habla de ciertas tablillas del templo en que se declaraba a Jesús rey que no reinó y fue crucificado por los judíos por haber anunciado la destrucción de la ciudad y la ruina del templo; el séptimo refiere la ruptura del velo del santuario y la desaparición del cadáver de Jesús, sea por robo, sea por resurrección, según las distintas versiones, y, finalmente, el octavo recuerda los vaticinios sobre el templo, y en especial uno que decía que en aquellos tiempos un varón de raza judía dominaría sobre todo el orbe. El más importante, desde luego, es el octavo, similar en su conjunto al de las *Antigüedades judías*, pero más detallado y extenso. El principal obstáculo para su admisión como genuino son las afirmaciones que contiene acerca de la grandeza de Jesús, poco conformes con la mentalidad de un judío. Aun cuando, si se admite el fragmento tercero de la otra obra de Josefo, esta dificultad pierde su valor. Algunos autores modernos piensan zanjar la objeción calificando estos fragmentos como interpolaciones de una mano, parte judía, parte cristiana, pero en todo caso contemporánea de Josefo. Para nuestro fin sería idéntico su valor de testimonio histórico.

Entretanto subió al pontificado, según dijimos, Anás el más joven, de índole feroz y extremadamente audaz [...]. Dado éste su carácter, pensando que había llegado el momento oportuno [...], convocó el consejo de jueces y, haciendo presentar a juicio a uno, por sobre nombre Santiago, pariente del que llamaban Cristo y algunos otros con él, habiéndolos acusado de reos violadores de la ley, los condenó a ser apedreados. [...] Por aquella época apareció Jesús, hombre sabio, *si es que se le puede llamar hombre*. Fue autor de obras maravillosas, maestro para quienes reciben con gusto la verdad. Atrajo a sí muchos judíos y también muchos gentiles. *Éste era el Cristo (el Mesías)*. Habiendo sido denunciado por los primates del pueblo, Pilato lo condenó al suplicio de la cruz; pero los que antes le habían amado le permanecieron fieles en el amor. *Se les apareció resucitado el tercer día, como lo habían anunciado los divinos profetas que habían predicho de Él ésta y otras mil cosas maravillosas*. De Él tomaron su nombre los cristianos, cuya sociedad perdura hasta el día de hoy.¹²

Seguramente las palabras en cursiva son una antiquísima interpolación cristiana, pero el resto del texto es considerado auténtico¹³.

¹² *Antiquitates Iudaicae* XVIII, 33.

¹³ En la actualidad hay tres opiniones sobre este texto: según unos, como los protestantes E. Norden y K. Link y los católicos M.J. Lagrange y P. Batiffol, es una interpolación hecha posteriormente en la obra por mano cristiana. No pueden concebir que Josefo, judío, presentase a Jesús como el Mesías, y se les hace extraño el silencio que se guardó sobre este texto hasta el año 311, en que lo recuerda Eusebio de Cesárea en su *Historia eclesiástica*. Otros autores, como A. Seitz, E. Dorsch, J. Brunsmann y, sobre todo, ciertos protestantes, como el príncipe del racionalismo alemán, A. Harnack, y el inglés F.C. Burkitt, lo consideran completamente genuino, ya que se encuentra en todos los códices, aun los más antiguos; lo cita y aprueba el padre de la *Historia eclesiástica*, Eusebio de Cesárea, en el 311, y no es extraño el silencio anterior, ya que las obras de Josefo eran muy poco conocidas de los cristianos. Por otra parte, el estilo de la descripción concuerda plenamente con las características literarias de Josefo, con su diligencia en hablar de todos los varones eximios y pretendidos mesías de su tiempo y

- En 1971 el profesor Shlomo Pinés, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, publicó el hallazgo de una versión distinta del *Testimonium flavianum*, contenida en una obra árabe del siglo X, la *Historia universal de Agapio*, obispo de Hierápolis en Siria:

En aquella época vivía un sabio de nombre Jesús. Su conducta era buena y era apreciado por su virtud. Fueron numerosos los que se hicieron discípulos suyos, entre los judíos y otras naciones. Pilatos lo condenó a ser crucificado y morir. Pero los que se habían hecho discípulos suyos se pusieron a seguir sus enseñanzas. Ellos contaron que se les había aparecido tres días después de su crucifixión y que estaba vivo. Quizá era el Mesías del que los profetas habían contado tantas maravillas.

Ninguna de estas fuentes es cristiana, por el contrario, son de los perseguidores del cristianismo, de quienes estaban interesados en que el cristianismo desapareciera. Ninguna de ellas niega la existencia histórica de Cristo, sino que la supone y confirma y se vale de esa existencia para explicar una serie de acontecimientos de aquellos remotos días, señaladamente, el auge del cristianismo: la conversión del Imperio al cristianismo y la lucha del Imperio contra esa conversión a partir de unos hechos verídicos acaecidos en Judea bajo el gobierno de Poncio Pilato cuando Tiberio imperaba en el mundo.

con su libertad de espíritu para aplicar los vaticinios mesiánicos a Vespasiano y aun a sí mismo en orden a conseguir benevolencia imperial y lectores. Nótese que Josefo no afirma que Jesús sea el Mesías, sino que se le llama con dicho nombre. Ciertos autores más recientes, como H. Felder, J.B. Aufhauser, L. Woll, L. Lercher, F. Tillman, etc., y sobre todo Ch. Martín, juzgan que todo puede explicarse admitiendo que determinadas notas marginales, escritas por algún lector cristiano, se incorporasen al texto por incurria de los amanuenses. Serían las palabras que hemos puesto en letra ordinaria. Aun en este caso, las frases restantes, admitidas como genuinas, darían testimonio fehaciente de la existencia de Jesús.

- **Fuentes escritas cristianas: la crítica histórica**

Hay otras fuentes de información sobre Cristo. Son las cristianas y particularmente el NT. Pero, ¿son históricas?, es decir, ¿cuentan con la garantía de reflejar fielmente al Jesús de Nazaret vivo y real? Aquí es necesario hacer unas precisiones metodológicas sobre la crítica textual. Un texto es un testimonio histórico, en primer lugar, si tiene intención histórica —ya sea directa o indirecta—; si es de la época y del lugar de los hechos a los que hace referencia, sobre todo si se trata de textos originales. Pero si éstos se han perdido, la historia puede reconstruirse por las copias que subsistan, en la medida en que tales copias sean fieles y próximas a los hechos históricos que refieren.

El famoso, valioso y polémico manuscrito de *La familia de Pascual Duarte* es un riquísimo testimonio histórico de la obra literaria de Cela, y si atendemos a la grafología, incluso de su personalidad. Pero el hecho de que ese manuscrito llegara a perderse y se perdieran misteriosamente las primeras cinco ediciones de esa novela no nos permitiría dudar de que el difunto escritor gallego fuese el autor de esa obra, ni mucho menos de su existencia como escritor gallego —primero, porque quedarían numerosas ediciones posteriores ya publicadas en el propio tiempo de Cela, y segundo porque sobreviven aún numerosas personas que darían fe de que fue él y no otro el autor de ese escrito—. Y si, con mayor misterio, dentro de cincuenta años desaparecieran todas las ediciones castellanas publicadas hasta entonces, tampoco en ese caso podríamos dudar de que Cela se inventó a Pascual Duarte: quedarían en pie numerosas traducciones a otras lenguas, traducciones algunas del propio tiempo de Cela, y numerosos manuales de literatura y reseñas y críticas y catálogos bibliográficos, y antologías con fragmentos y referencias indirectas y cruzadas y legajos judiciales de un manuscrito perdido y noticias en la prensa, y las actas de una Academia Sueca, y un título nobiliario y lápidas y monumentos y trozos plagiados y tergiversados... y testimonios tan abundantes que la novela podría

resucitar en castellano con las *ipsíssimis verbis Cela...* Pues eso y no otra cosa es lo que pasa precisamente con toda la gran literatura de la Edad Antigua. Con toda, pero en ningún caso con mayor seguridad que con el NT.

Aunque la «cuestión homérica» —que se resume en el dilema planteado por Chesterton: la *Ilíada* la escribió Homero o bien otro ciego con el mismo nombre— es eternamente debatida, nadie duda de la existencia de Troya y de una guerra que dio origen, ochocientos años antes de Cristo, a la más sublime poesía épica de la Historia. La *Ilíada* estaba ya compuesta como la conocemos hoy a inicios del siglo IX a.C. Las copias más antiguas que tenemos de ese incomparable poema son de inicios del siglo IV a.C., de tal forma que entre la ficción poética y sus testimonios escritos más antiguos hay un vacío de cuatrocientos años. Existen 643 copias antiguas de la *Ilíada*.

Nadie con conocimiento y en su sano juicio duda de que Herodoto vivió en torno a los años 480 y 425 a.C. y de que escribió una *Historia* que le dio fama eterna. No conservamos su manuscrito. No conservamos ninguna copia de su *Historia* transcrita en la Edad Antigua. Los textos de Herodoto más viejos que conservamos —que son ocho— son de inicios del siglo X, copias hechas por algún monje medieval. Entre Herodoto y sus ocho copias hay un abismo de 1.350 años.

Nadie con conocimiento y en su sano juicio duda de que Tucídides vivió en Atenas entre los años 460 y 400 a.C. e inmortalizó a Pericles en su siglo de oro. No conservamos el escrito de su puño y letra de la guerra médica o de la guerra del Peloponeso. Las copias más viejas que tenemos de esa obras —que son también ocho— nos llegan del mismo siglo X. Entre Tucídides y sus copias hay un salto de 1.300 años.

Nadie con conocimiento y en su sano juicio duda de que Platón existió, fue discípulo de Sócrates, ejerció de filósofo entre Atenas y la Magna Grecia y dejó el más fecundo legado de la filosofía escrito en sus *Diálogos*. De los compuestos materialmente por su mano o dictado a alguno de sus esclavos.

vos no conservamos ni rastro. Las letras más viejas de Platón que archivan los museos y bibliotecas fueron transcritas en el siglo X. De ellas nos quedan siete manuscritos. Entre ellos y Platón hay que tender un puente de trece siglos.

En el caso de la literatura latina, los puentes y abismos apenas se acortan un poco. Julio César conquistó la Galia en el año 50 a.C. y a continuación escribió él mismo la historia de sus hazañas. El manuscrito se perdió. Hasta el siglo X no encontramos diez manuscritos con la guerra de las Galias. Así, entre ellos y su autor, hay un espacio de sólo mil años. Entre Plinio el Joven, muerto en el año 113 y las siete copias más antiguas de su *Historia Natural*, transcritas en torno al año 850, sólo hay 737 años —la mitad de lo apuntado para Herodoto.

¿Qué pasa con los escritos del NT? ¿Cuál es la distancia que hay entre los hechos referidos y los manuscritos más antiguos? ¿Tenemos los originales? ¿Y cuántas copias?

Los hechos relatados en el NT abarcan el siglo I en dos momentos: la vida de Cristo hasta el año 30 y la actividad apostólica del año 30 al año 100. Para conceder valor histórico a los manuscritos originales, éstos tendrían que estar escritos al final de ese mismo siglo. Probablemente se hayan perdido. O no. ¿Qué conservamos? «Casi nada»:

- **325 NT completos** escritos entre los años 250 y 325. La distancia con la muerte de Cristo es de menos de 300 años —en el caso de Platón y sus copias había 1.300.
- **250 colecciones más o menos completas** del NT escritas entre los años 200 y 250. La distancia con la muerte de Cristo es de 220 años.
- **200 libros sueltos** escritos entre los años 100 y 200. La distancia con la muerte de Cristo es de 170 años.
- **114 fragmentos** de textos novotestamentarios escritos entre el año 50 y el año 120. La distancia con la muerte de Cristo oscila de 90 a 20 años. En el caso de César y su guerra de las Galias había un vacío de mil años.

La distancia por tanto entre los hechos relatados y el NT completo es de 225 años, entre los hechos y los fragmentos más antiguos esa distancia se reduce considerablemente: 20 años. Y es importante también la cantidad de copias. Manuscritos antiguos tenemos 4.686 en griego —la lengua original— más de 10.000 en latín y no menos de 9.300 en otras lenguas: más de 25.000 en total. De toda la producción literaria de la Antigüedad, el segundo lugar lo ocupa la referida *Iliada* de Homero, con sus 643 manuscritos, los más antiguos, que son fragmentos sólo, son del siglo V a.C., y el completo más viejo es del siglo XIII. Ésta es la comparación: 25.000 documentos del NT contra 643 de Homero, 20 años contra ocho siglos.

Más aún: si se perdieran todos los manuscritos aludidos, se podría reconstruir el NT a partir de las citas de los escritos patrísticos de los siglos II y III, es decir, de los años 100 a 300: en el siglo II, san Justino cita 330 pasajes, san Ireneo 1.819. En el siglo III Clemente de Alejandría da 2.406, Orígenes 17.992, Tertuliano 7.258.

Las citas son importantes —como también los manuscritos— por la fidelidad a la fuente: no hay variaciones sustanciales. Nadie duda de la existencia de Shakespeare y de sus 37 obras, escritas por él en el siglo XVI-XVII. Pues de Shakespeare no tenemos los originales y en las copias de imprenta hay lagunas sin solución.

La abundancia de citas y de copias en esos siglos iniciales prueba que el NT estaba escrito en la forma que lo conocemos a finales del siglo I. ¿Cuándo comenzaron a escribirse los relatos fundamentales acerca de Cristo? O lo que es lo mismo, ¿cuánto tiempo pasa entre los hechos de la vida de Cristo y su referencia escrita? El dato es importante, porque la mayor cercanía puede indicar mayor seguridad histórica: los testigos de los hechos están presentes, pueden debatirse las diferencias de interpretación, puede desmentirse lo falso... y la manipulación es difícil. Y los mitos nacen cuando hay distancia temporal por medio. Los escritos del NT se centran en unos

hechos que consideran históricos y recientes. ¿Cuánto tiempo va entre los hechos y los relatos?

Pablo escribe sus cartas cuando empieza a fundar comunidades cristianas que no puede atender presencialmente y termina poco antes de su muerte. Es decir, entre el año 50 y el año 63. En sus cartas alude continuamente a la vida, palabras, muerte y resurrección de Cristo. Cita su linaje, su pueblo, su historicidad, su familia, su proceso al detalle, los testigos presenciales de los hechos... Esto no se inventa cuando tus propios contemporáneos te lo pueden rebatir. Y no sólo no te lo rebaten, sino que te lo confirman y apoyan. Y hay discusiones sobre interpretaciones del mensaje de Jesús, como en Hechos 15, 3 y siguientes: la discusión sobre los judaizantes.

Los Evangelios sinópticos se escriben antes del 70 d.C. y el de Juan antes del 90 d.C. Datos hay que hacen pensar a algún estudioso que el de Marcos se escribe antes del 45 d.C., a escasos quince años de los hechos esenciales. Detengámonos en dos documentos particulares:

El primero es el papiro P64, también llamado del Magdalen College de Oxford. Contiene fragmentos del Evangelio de san Mateo, concretamente la predicación de Juan Bautista (Mt 3, 9-15) y algunas palabras del sermón de la montaña (Mt 5, 20ss). La redacción estaba datada a finales del siglo II, hasta que Thiede, gran especialista en papirología, identificó su escritura con la caligrafía típica de la segunda mitad del siglo I y puso su fecha en torno al año 75. Pero el fragmento es una copia de una versión griega de un evangelio originalmente escrito en arameo —la lengua de Jesús—, lo que significa que hay que dar un margen de tiempo para realizar la versión primero y la copia después. Esto quiere decir que, siendo muy parcos, el original del Evangelio de san Mateo tenía que estar ya escrito al menos en torno al año 65, lo que acorta considerablemente la distancia que hay entre la vida de Cristo y el texto escrito. Por otra parte, este fragmento es muy probablemente del mismo códice del papiro P67 o de

Barcelona, que contiene también un fragmento de san Mateo escrito al parecer por la misma mano; ambos formarían un códice de noventa páginas con todo el Evangelio.

El segundo es el famoso fragmento 7Q5, un fragmento mínimo, cuyo valor ha puesto de relieve el gran escriturista español José O'Callaghan en los últimos años. 7Q5 quiere decir el fragmento 5 de la cueva 7 de los textos de Qum-Ram, descubiertos en el siglo xx. Tiene una historia curiosa. QumRam era un monasterio esenio abandonado por sus moradores en el año 68, dos años antes de la destrucción de Jerusalén. Al abandonarlo, los esenios dejaron los libros de su biblioteca en ánforas selladas. Los rollos que se han encontrado son libros de dos tipos fundamentalmente: textos del Antiguo Testamento (AT) —que son sumamente interesantes porque nos hacen ver que nuestras versiones de la Biblia, que vienen principalmente por la traducción de los LXX¹⁴, coinciden admirablemente con la Biblia hebrea del tiempo de Jesús— y textos propios de la espiritualidad esenia —sus normas, reglas, ritos, enseñanzas...—. Todos estos textos están escritos en arameo. Pero en la cueva 7 se encontraron obras distintas, escritas en griego. Concretamente, el fragmento 5 estaba dentro de un ánfora sellada con la inscripción EK POMH —desde Roma—. De forma que cuando se descubren los textos, el 7Q5 incluido, se sabe que son textos escritos antes del año 68 y este último fragmento muy probablemente había llegado desde Roma. Pero nadie sabía qué era, ni a qué obra pertenecía, porque el fragmento era

¹⁴ La traducción de los LXX es la versión del Antiguo Testamento encargada para la Biblioteca de Alejandría por Ptolomeo Filadelfo (faraón de Egipto del 285 al 246 a.C.) al sumo sacerdote Eleazar. Éste, según refieren Flavio Josefo (*Antiquitates Iudaicas* XII, 2, 5-6) y San Agustín (*De Civitate Dei*, XVIII, 42) entre otros, le envió los libros sagrados y setenta y dos intérpretes, seis por cada una de las doce tribus de Israel, para que tradujeran los textos al griego. La traducción, que fue considerada como inspirada inicialmente por el pueblo judío en la diáspora y siempre por el pueblo cristiano, se difundió ampliamente en el mundo antiguo y a partir de ella se conoció, sobre todo en la Iglesia griega y en la latina, el Antiguo Testamento.

muy pequeño y, sobre todo, porque presentaba una secuencia gráfica que no cuadraba con ningún texto conocido. Hasta que el padre O'Callaghan postuló que era el Evangelio de san Marcos, 3, 52-53. ¿Cómo pudo identificarlo?

La secuencia gráfica insólita le pareció que podía ser Genesareth. Buscó esta palabra en el Evangelio y la encontró en Marcos. Ordenó el texto según el ancho de la columna del 7Q5 y vio que coincidía casi totalmente. Había dos problemas. Uno muy sencillo: 7Q5 presenta *tiaperasantes* mientras que los códices de Marcos transcribían *diaperasantes*. Pero esta dificultad no es tal porque es bien conocido que el griego del siglo I se hablaba y se escribía con diversos acentos según las regiones¹⁵.

El segundo problema era ligeramente más complejo: si ordenamos el texto de Marcos según el ancho de la columna de 7Q5, faltaría espacio para tres palabras —*epi ten gen*, «hacia la región»—. La explicación puede venir precisamente de la fecha en la que estaba datado el 7Q5: dos años antes de la destrucción de Jerusalén. En efecto, cuando los romanos arrasan la Ciudad Santa, arrasan también otras ciudades y pueblos, entre otros uno en la costa de Galilea llamado Genesareth, que daba nombre al lago y a toda la región. Si cuando se escribe —o se copia— 7Q5 Genesareth está todavía en pie, el texto tiene sentido si dice, como dice «pasaron a Genesareth». Los manuscritos posteriores que ponen «pasaron a la tierra de Genesareth» tienen que añadir esas tres palabras porque ya no hay una ciudad de Genesareth.

¿Qué significa todo esto? Que los esenios guardaban en su biblioteca una copia griega del Evangelio cristiano de Marcos. Que esa copia estaba allí antes del año 68. Que

¹⁵ Los códices de Marcos escriben *diaperasantes* («viajando ellos a través de»), del verbo *diaporeúomai*, «viajar a través de». 7Q5 transcribiría *tiaperasantes*. Entre *tiaperasantes* y *diaperasantes* hay un evidente cambio de *t* por *d*. Este cambio no resulta tan relevante si se tiene en cuenta que la mutación de una dental por otra es frecuente en determinadas zonas (también en castellano, en algunas regiones *verdad* se pronuncia «verdat» o «verdaz»).

esa copia había venido de Roma. Todo eso indica que el Evangelio de san Marcos tiene que estar escrito ciertamente en torno al año 50, para que haya tiempo suficiente de llevarlo a Roma y de que los esenios cobren interés por él y lo importen a su biblioteca. Si a eso añadimos los estudios de la Fundación San Justino de Madrid sobre el sustrato arameo del NT, que sugieren fuertemente que el Evangelio de Marcos se escribió originalmente en arameo, hay que adelantar aún más la fecha¹⁶.

3 LA CRÍTICA LITERARIA (I): CRISTO NO ES UN MITO: DIJO QUE ERA DIOS

- **Fuentes escritas cristianas: la crítica literaria**

Hasta aquí puede decírseles: vale, el NT es del tiempo de Jesús. Pero, ¿podemos estar seguros de que no tergiversa la doctrina y la historia del Maestro? ¿No pudieron inventarlo los apóstoles? Incluso admitiendo la base histórica de unos hechos ciertos —la misma vida de Cristo, su predicación, su muerte—, ¿no se pudo formar una leyenda en torno a Él una vez muerto? La hipótesis es tentadora, y muchos la usaron desde el inicio para deslegitimar a la Iglesia y acusarla de manipular el mensaje del Señor para dominar al pueblo creyente. Pero es una hipótesis que cae por tierra si se aplica la crítica literaria y filológica.

Si la cuestión es: ¿puede ser Cristo un mito inventado por alguien?, entonces la investigación tiene que buscar en el NT los rastros de quién lo inventó y qué inventó y finalmente analizar el texto desnudo de esos supuestos elementos míticos. Veamos qué responde a esto la crítica literaria.

Primero, ¿cuándo se inventa este mito? Evidentemente, no puede ser obra de la perversa Iglesia medieval, falsamente

¹⁶ A propósito de este punto, *vid.* J. CARRÓN, J.M. GARCÍA PÉREZ, *Cuándo fueron escritos los Evangelios*.

acusada de oscurantista y tiránica, puesto que, como hemos visto, hay textos del siglo I que presentan ya un Jesucristo «divinizado». Luego tuvo que ser precisamente en ese siglo I. Y no a finales, puesto que los textos más antiguos —aquellos de las décadas de los años 40-50— contienen ya la afirmación de Jesús de ser Dios. Luego el mito tuvo que haberse «ideado», como muy tarde, en torno al año 45. Ahora bien, es fácil que uno pueda inventarse hoy un mito de un ignoto conde en una región perdida de Islandia en el siglo X. Posiblemente no pueda probar nunca su existencia, pero posiblemente tampoco se podría probar jamás su no existencia. Lo que uno no puede ciertamente hacer hoy es decir que Elvis Presley ganó el premio Cervantes por su creación literaria en lengua castellana. Primero, porque tal premio es posterior a la muerte del ídolo —es decir, está fuera de su contexto histórico—, segundo, porque todavía no han sido descubiertas las creaciones literarias castellanas del cantante (y podemos razonablemente sospechar que jamás llegarán a descubrirse) —es decir, está fuera de su contexto cultural—, y tercero porque hoy existen todavía muchos testigos de su vida, que negarían radicalmente esa falsedad, de tal forma que un mito así no lo admitirían ni los más fanáticos, ultraortodoxos y radicales seguidores del desaparecido «genio», más aún: quizá serían éstos precisamente los que más se opusieran a cualquier tergiversación de la realidad histórica de su líder. Así de absurda es la hipótesis de quienes sostienen que el mito de un Jesús divinizado se creó apenas quince años después de la muerte de Cristo: el espacio de tiempo es tan corto que no permite desfigurar la realidad en esa proporción.

Porque ése es el segundo punto: lo que propone el supuesto mito. Si la distorsión fuera, incluso en ese espacio de tiempo, que en lugar de escoger a doce apóstoles escogió a veinte o en lugar de subir a Jerusalén cuatro veces subió cinco, o si se entrevistó con Herodes o simplemente expresó su deseo de entrevistarse con él, o cosas así de pequeñas, la distorsión podría ser cierta y tan cierta que

incluso podría aumentar el valor del trasfondo histórico —y en eso consisten algunas contradicciones entre los Evangelios—. ¿Quién puede estar seguro del número de fiestas en las que estuvo Elvis? Pero nadie osaría dudar de que estuvo en algunas. Sin embargo, el mito de la divinización de Cristo no es una distorsión así. Es una distorsión desproporcionada, inmensa, tan grande que si no fuera cierta resultaría absurda. Porque, ¿en qué consiste el invento de este supuesto mito? Nada menos que en esto: en afirmar que apenas quince años atrás, un rabino judío se hacía pasar por Dios, y por eso lo mataron, aunque esta muerte había sido un pequeño accidente sin importancia porque el susodicho rabino había resucitado tres días después. O sea, que Dios es un judío crucificado. Si uno pretende engañar a alguien, lo menos que puede hacer es tener cierta habilidad para presentar lo falso como verosímil.

Pero vamos a ver, ¿quién era Dios para los judíos? El Santo, el Todopoderoso, el Creador, el No-Material, Aquél que trasciende todo y está por encima de todo, Aquél de quien no puede hacerse ninguna imagen porque es puro espíritu, Aquél cuya terrible Santidad y Justicia y Poder causan en el corazón hebreo un temor reverencial tan inmenso que no se puede siquiera pronunciar su Divino Nombre. ¿Y quién era Dios para los paganos de ese tiempo? Si se lograba superar la mitología folclórica y se tomaba en serio el asunto, Dios era el Primer Motor inmóvil, la idea misma del Bien, la Ley y Razón eterna del Cosmos, el Destino inflexible de la historia, algo —que no Alguien— tan separado y distante, tan impasible y frío, tan metafísico, que pensar en un Dios-hombre era una *contradictio in terminis*, un círculo cuadrado.

Y, por otro lado, ¿quién era Cristo? No sólo un hombre, sino un artesano judío. Un hombre que además muestra rasgos que no son compatibles con la fuerza y el poder divinos: muestra repetidamente su fragilidad y su contingencia, pues se cansa cuando ha caminado una distancia considerable, necesita beber porque tiene sed, necesita comer cuando

siente hambre, se alegra con la vista de un paisaje, se emociona y llora ante la muerte de un amigo y termina por ser juzgado, condenado, torturado, crucificado, muerto y enterrado. Por esto, para el pueblo hebreo, Jesús aparece como un «maldito de Dios» y para los paganos, como un criminal despreciable e indigno. ¿Y va alguien a inventarse, en ese contexto histórico y cultural, el cuento de que esta «basura humana», esta escoria de la sociedad va a ser Dios Altísimo, el Inmortal, la Vida? Decididamente, no era verosímil.

Pero además, ¿quién pudo haberse inventado el cuento de que Cristo era Dios? Quienes sostienen la hipótesis del mito dicen que los apóstoles, es decir, Pedro y los Doce y señaladamente Pablo. Pero Pedro y sus compañeros eran pescadores galileos, gente rústica, y judíos radicales. Y como judíos no podían haber ideado el cuento de que un hombre crucificado era igual al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Pablo también era judío, y además fariseo, lo que equivale a decir que era ultraconservador en materia religiosa. Y por esa razón a él, más que a ningún otro apóstol, la idea de un Dios-hombre le repugnaba hasta el punto de querer exterminar a quienes la sostenían. Sin embargo, hay quien dice que como se había criado en ambiente griego, de ese ambiente pudo tomar la noción de un Jesús divinizado. Pero ya hemos visto que en el ambiente pagano —particularmente el griego y dentro de él el filosófico— los conceptos de *Dios* y *hombre* eran excluyentes entre sí. Y Pablo conocía esto, pues cita expresamente textos de la filosofía griega estoica referidos a la divinidad —y los supera.

Además, si alguien se inventa algún fraude, espera sacar de él buen partido y hace todo lo que puede para ello. Si el fraude consiste en inventarte un Dios y presentarte como su lugarteniente, te interesará aparecer lleno de méritos y dignidades delante de ese supuesto Dios tuyo. Y esto se da en los fraudes de las sectas: el gurú de turno, que es el único interlocutor con la divinidad, se muestra como santo, fiel, devoto, justo, compasivo, virtuoso... cuando menos lo apa-

renta, porque así sus seguidores —aquéllos que no ven la divinidad pero sí lo ven a él— puedan creerle. Pero los apóstoles y Pablo no aparecen así en el NT. Al contrario: los apóstoles abandonan a Cristo en el momento más importante, Pedro —a quien Cristo deja al frente de la Iglesia— es casi el que peor sale, después de Pablo, precisamente. El NT nos pinta un Pedro cobarde, traidor, llorica, tozudo, terco, presuntuoso hasta la chulería, iracundo, vanidoso, con concesiones a lo políticamente correcto... Y el autorretrato de Pablo no tiene desperdicio: un fanático lleno de prejuicios contra los cristianos, asesino y perseguidor de ellos, torpe al hablar, quisquilloso, orgulloso, creído, impulsivo, violento... La ambición de Juan y Santiago les lleva a pedir puestos privilegiados en el Reino que, por su torpeza, entienden con categorías mundanas. Y a continuación se desata entre los Doce una lucha llena de envidia, recelo y mezquindad. Hombres así son los que supuestamente se inventan el mito de que su Maestro era Dios y ellos ocupan su lugar...

Además, ¿qué ganan con el invento? Porque, como decíamos antes, todo fraude supone un beneficio para el mentiroso. ¿Qué ganan los Doce y Pablo con el suyo? Para empezar, la excomunión de Israel, es decir, la expulsión de la religión hebraica que, además de religión, era cultura y sociedad —vínculos de ayuda material, de trabajo, de relaciones humanas...—. A continuación, cárceles, azotes, apedreamientos, fatigas, calumnias, denuncias, persecuciones, torturas, esclavitudes, toda una carrera que culmina con muertes no precisamente placenteras: a uno lo matan a pedradas, a otro le cortan la cabeza, a éste lo crucifican en aspa, a aquél lo crucifican boca abajo, a uno lo fríen en aceite, al otro le arrancan la piel a jirones... Si con su invento esperaban el dominio del mundo, riquezas y placeres, se lucieron...

Por otra parte, cuando se entra en la lectura del NT, se descubre una serie de detalles que no son propios de los mitos. Los relatos míticos, incluso aquéllos que tienen fundamento histórico, se expresan en términos generales, difu-

sos y abstractos, que no permiten una identificación con hechos, momentos, situaciones, lugares o detalles reales. Pero en el NT, en cambio, éstos abundan acerca de Cristo. Se encuadra su vida en todas las circunstancias de su época y espacio: los grupos políticos —zelotes, herodianos, publicanos, saduceos, fariseos, escribas, doctores de la Ley, rabinos...—; las divisiones sociales —romanos, judíos, samaritanos, emigrantes, sacerdotes y levitas, comerciantes, artesanos, pescadores, soldados, prosélitos...—; los personajes públicos del momento —los dos Herodes, Pilato, Augusto, Tiberio, Claudio, Gamaliel, Festo, Berenice, Anás, Caifás...—; las ciudades y pueblos de la época con precisión tal que el NT ha servido como base para la arqueología —Jerusalén, Cesaréa, Belén, Antioquía, Damasco, Cafarnaúm, Genesareth...—; descripciones de lugares y monumentos concretos —templo, puertas, murallas, lagos, palacios, casas...—. Todo esto puede hacerse quizá en la novela histórica del siglo XIX y del siglo XX, pero no en un supuesto relato mítico de la mitad del siglo I.

El análisis del texto de los Evangelios nos presenta un Jesús de Nazaret de carne y hueso, enmarcado en un tiempo muy preciso —Imperios de Augusto y de Tiberio, Gobierno de Poncio Pilato, reinados de Herodes el Grande y de Herodes Antipas: es decir, del año 4 a.C. al año 30 d.C.—, en unos lugares también muy precisos —Galilea, Judea, Egipto, con ciudades y pueblos y accidentes geográficos reales—. Ese personaje vivo realiza obras concretas que levantan reacciones en su pueblo. Se describe a sus compañeros, se menciona a sus parientes concretos, singularmente a su Madre, todo queda minuciosamente narrado y concuerda con el conocimiento histórico de esa época, de sus costumbres, tradiciones, leyes, instituciones... Su imagen no admite comparación con las figuras fabulosas de un Mitra, un Gilgamesh o un Adonis.

El análisis del texto de los Hechos de los apóstoles refleja con la misma precisión histórica la vida de los primeros

cristianos. La esencia del cristianismo aparece allí, mucho más que como una doctrina moral e incluso dogmática, como una adhesión a la persona física y real de Jesús de Nazaret y el convencimiento de su existencia es tan básico y tan cierto que los fieles reciben ya desde el principio el nombre de cristianos (Hch 11, 26) o nazarenos (Hch 24, 5).

El análisis de las cartas paulinas, escritas entre los años 50 y 63, nos muestra el conocimiento que Pablo tiene de los hechos históricos de la vida real de Jesús de Nazaret: enmarcado en el pueblo hebreo (Gál 3, 16), de la familia de David (Rom 1, 3; 9, 5), nacido de mujer bajo la Ley de Moisés (Gál 4, 4), cuyos parientes son bien conocidos (1Cor 9, 5), con actos significativos ampliamente difundidos (1Cor 11, 23), cuya muerte es un hecho indudable de su tiempo —y es éste el núcleo central del mensaje paulino, tan central que en las siete epístolas cuyas cuya autenticidad no admite contestación alguna ni siquiera de los más escépticos (1Tes, 1 y 2 Cor, Gál, Rom, Flp y Col) se conmemora esta muerte real de Jesús hasta 40 veces (v.gr. 1Tes 2, 15; 4, 14; 1Cor 1, 17-20; 2, 2-8; 5, 7; 15, 3; 2Cor 4; Gál 3, 13; Rom 6; 6, 3-10; 8, 34; 14, 9, etc.) con circunstancias como la de haber dado Jesús testimonio de la verdad ante Poncio Pilatos (1Tm 6, 13) y la de que fue sepultado (2Cor 15, 4). Otro tanto ocurre con la resurrección de Jesús y las apariciones a sus discípulos. Hasta quince veces hace constar este suceso en las siete cartas antes indicadas.

El análisis de las cartas católicas nos muestra el convencimiento de vivencia personal del hecho de la transfiguración (2Pe 1, 16-18), el hecho de la muerte y resurrección de Jesús (1Pe 1, 3-21, 3, 18-21), la experiencia de haberlo visto con sus ojos y tocado con sus manos (1Jn 1-3). Se propone el ejemplo de su vida como modelo para los cristianos (1Pe 2, 21; 4, 1). Y se defiende su existencia histórica hasta el punto de tener por falsarios a quienes la niegan (1Jn 4, 2; 2Jn 7).

Por otra parte, hay otros libros cristianos de la época que no están en la Biblia. Todos ellos parten del hecho histórico

de la vida y la obra de Jesús tal como la presenta el NT, nos hablan de los apóstoles y de su predicación, de los testigos de los hechos: *La enseñanza de los doce apóstoles* (ca. 45 d.C.), *La epístola de Clemente Romano* (ca. 96 d.C.), *Las cartas de san Ignacio de Antioquía* (+107 d.C.), *Los escritos de Papías* (ca. 130 d.C.), *Las cartas de san Policarpo* (+155 d.C.), *El libro del Pastor de Hermas* (ca. 150 d.C.), etc.

Los propios documentos heterodoxos y gnósticos —los apócrifos— dan testimonio indirecto de la existencia real y verdadera de Cristo e incluso, *sensu contrario*, de la autenticidad de la doctrina expuesta en el NT.

4 LA CRÍTICA LITERARIA (II): CRISTO NO ES UN ESOTÉRICO, DICE QUE ES DIOS EN SENTIDO CATEGÓRICO

Llegados a este punto hemos visto, por la crítica histórica, que Cristo existió y, por la crítica literaria, que nadie más que Él mismo pudo haber inventado eso de que Él era Dios. Queda por ver si lo es o no lo es, si lleva razón o no. Pero antes de ese análisis hay una última cuestión previa que se resuelve también por la crítica literaria del NT: Cristo dijo de sí mismo que era Dios, sí, pero ¿pudo decirlo en sentido figurado, metafórico, espiritualista, algo parecido a cuando nosotros decimos que somos hijos de Dios? ¿O lo dijo en sentido categórico, fuerte, decisivo, identificándose a sí mismo con el Ser supremo de los filósofos y con el Dios de Israel? Para resolver esta cuestión es necesario leer el NT y analizar aquellos pasajes en donde aparece tal pretensión.

Y el Evangelio nos muestra, efectivamente, que Cristo habla en metáforas, en símbolos, en alegorías y figuras llamadas parábolas. Y lo hace repetidamente: «El Reino de los Cielos es como una perla, como una red o como un tesoro; vosotros sois la luz del mundo y la sal de la tierra; un hombre tenía dos hijos...». Pero, conjuntamente, el Evangelio nos

muestra momentos en los que Cristo habla con perfecto sentido propio y directo, sin mediar imágenes y distingue perfectamente las dos formas de expresarse: «Ve y haz tú lo mismo; ven y sígueme; hoy me negarás tres veces; id y decidle...».

Pues bien, sobre ese «Yo, Jesús de Nazaret, soy Dios», Cristo lo expresa a veces con símbolos y a veces categóricamente.

- Con símbolos:

En el judaísmo había instituciones intocables porque venían de Dios: la Ley, el templo, el sábado. Y personajes insuperables: Moisés, Abraham. Y Cristo se pone por encima de todo esto:

Se pone por encima de la Ley: «Habéis oído que se os dijo, pero Yo os digo...» (Mt 5, 21-22).

Se pone por encima del sábado: «El Hijo del Hombre es Señor del sábado» (Mt 12, 8).

Se pone por encima del templo: «Llega el momento en que adoraréis a Dios en espíritu y en verdad» (Jn 4, 22).

Es decir: corrige la plana a Dios. Y sólo Dios puede corregirse la plana a sí mismo.

- Pero también lo dice explícitamente:

Se apropia claramente los títulos mesiánicos. Pero estos títulos podrían tal vez interpretarse como humanos. Lo asombroso, lo extraordinario, lo admirable, lo inaudito es que se apropia los títulos divinos: se identifica a sí mismo con Dios. Y esto es único en la historia. Confucio era un Maestro. Cristo es la Verdad; Buda significa el Iluminado. Cristo es la Luz; Mahoma es el Profeta. Cristo es Dios.

Centrémonos en el Evangelio según san Juan: hay una serie de pasajes, que además van en graduación ascendente, en donde Cristo dice de sí mismo «Yo soy...»: Yo soy la Luz, Yo soy el agua, Yo soy el Buen Pastor, el Pan de vida...

A primera vista esto nos puede parecer muy simple. Pero cada una de esas afirmaciones es un categórico.

Yo soy Dios: ¿Cómo? En hebreo, *Yo-Soy* se dice *Yahvéh*, y es el nombre santo de Dios. Pero podría pensarse que Cris-

to, al complementar ese Yo-Soy con un atributo, está simplemente conjugando el presente de indicativo en 1ª persona del verbo *ser*. Pues no. Porque sucede que cada uno de esos atributos del sujeto coincide con un símbolo o título propio y exclusivo del Dios de Israel en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, mil años atrás David había compuesto el Salmo 23: «El Señor es mi pastor...», y a partir de entonces, todo Israel sabía que Dios y sólo Dios era el Pastor de Israel. Y viene Cristo y el Evangelio de san Juan nos dice: «Yo soy el Buen Pastor». Eso equivale a decir: *Yahvéh*, el Buen Pastor de Israel, está aquí, delante de vosotros.

Otro salmo pide a Dios: «Danos la luz de tu Palabra. Tu Palabra es la luz de mis pasos». Y viene Cristo y dice: «Yo soy la Luz». Y así con cada uno de aquellos atributos, en una graduación ascendente que culmina en puntos álgidos: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre». O en el diálogo tremendo con los fariseos en el capítulo 8: «Abraham vio mi día y se alegró», «No tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?», «Antes de que Abraham existiera, Yo soy».

Y el Evangelio continúa: entonces cogieron piedras para apedrearlo. Habían captado perfectamente que no sólo se ponía por encima de Abraham, sino que identificaba su origen en la eternidad de Dios.

O en otro pasaje: «Muchas obras buenas he hecho, ¿por cuál queréis apedrearme?», «No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por blasfemia, porque Tú, que eres hombre, te haces igual a Dios...». Por esto lo persiguen, lo juzgan, lo condenan y lo matan. Y queda perfectamente claro en el juicio: «Te conjuro por el Dios Vivo a que nos digas si Tú eres el Santo, el Hijo de Dios», «Tú mismo lo has dicho».

La respuesta es categórica y no admite discusión. Por eso el sumo sacerdote continúa: «¿Qué necesidad tenemos ya?... vosotros habéis oído la blasfemia». Y la sentencia es clara: «Reo es de muerte».

5 CONCLUSIÓN

Comenzamos nuestra reflexión preguntándonos si era posible conocer a Jesucristo realmente. Esta pregunta se desdoblaba en dos: primero, si había existido un hombre como Jesús de Nazaret en la Judea del siglo I y, segundo, si los hechos y palabras de tal hombre coincidían con lo que de Jesucristo dice el NT. Las respuestas son claras y contundentes:

- No hay en toda la Edad Antigua un personaje tan documentado por la Historia como Jesús de Nazaret, en cantidad y calidad de testimonios. Su existencia histórica real es más segura no sólo que la de César y Alejandro Magno, sino que la del propio Shakespeare.
- No hay posibilidad de que los textos del NT nos presenten un personaje ficticio de literatura, o un mito legendario. Ni el estilo, ni el tono, ni la estructura, ni las correlaciones, ni las circunstancias de tiempo y lugar, ni los protagonistas permiten suponer tal hipótesis.
- Por tanto, cuando nos acercamos al NT nos acercamos al Cristo histórico, al Jesús de Nazaret que vivió en el primer tercio del siglo I en la provincia romana de Judea, que dijo de sí mismo, categóricamente, que era el Dios que había hecho el mundo y que derramó su sangre para que el hombre tenga vida y la tenga en abundancia.

En el capítulo siguiente analizaremos el contenido de tan inaudita afirmación.

LA INAUDITA PRETENSIÓN DE CRISTO

Llegando al abismo.

Afrontemos a Cristo con los Evangelios en la mano.

1 LEER CON SERIEDAD LOS EVANGELIOS Y DECIDIR

¿Se puede conocer de verdad al hombre que más ha influido en la historia? Hemos visto que sí. ¿Qué hizo y dijo Jesús? Eso es lo que vamos a descubrir en este capítulo. Dos premisas metodológicas: en primer lugar, contrastar su pretensión con la búsqueda profunda que hay dentro de mí. Si encuentro indicios positivos, seguir adelante, empezar a caminar junto a Él, «convivir» hasta que tenga una certeza, una respuesta sólida. Para ello hay que leer en serio, como hacen personas que conozco y me parecen sólidas en su vida. Muchos hemos conocido gente cuya humanidad nos parece excepcional y para ellas Jesús es algo importante. Confiar junto con ellas es más razonable que dudar o que no verificar a Jesús. En segundo lugar, como en cualquier acto de conocimiento, dejar al objeto delante de mí ser lo que es. Y viendo realmente lo que es, sacar mis conclusiones.

Lo que Cristo dice y hace nos supera, nos provoca. Comprendemos que tiene que ver con nosotros pero no comprendemos del todo, comprendemos pero nos abre delante un abismo. Lanzarnos depende de si Él es fiable o no (la medida no somos nosotros, sino Él).

Todo se reduce, al final, a: ¿quién es éste que dice y hace esas cosas, es un loco, un impostor, o dice la verdad? Responder a esto puede ser lo más importante de mi vida. Hacerse esta pregunta es la manera más rigurosa y seria de

buscar, la única que se acerca sin prevenciones al objeto para verificarlo, según las condiciones reales que el objeto requiere para ser conocido. Ante eso tengo que decidir, la respuesta es una decisión de mi libertad porque Él dice que tiene que ver conmigo, con mi destino, que es mi salvador, mi amigo. ¿Lo es de verdad?

Veamos pues: *¿qué hizo y enseñó Jesús?*

2 JESÚS DE NAZARET POSEE Y OFRECE UNA RELACIÓN ESPECIALÍSIMA CON DIOS

Llama la atención de inmediato, cuando uno abre y lee un par de páginas del Evangelio, la relación que Jesús tenía con Dios, ciertamente muy especial. Veamos un poco de ella.

Jesús fue acostumbrando a sus oyentes para que entendieran que en sus labios la palabra *Dios* y, en especial, la palabra *Padre*, significaba «Abbá, Padre mío». La palabra *Abbá* forma parte del lenguaje de la familia y testimonia esa particular comunión de personas que existe entre el padre y el hijo. Cuando, para hablar de Dios, Jesús utilizaba esta palabra, debía de causar admiración e incluso escandalizar a sus oyentes. Un israelita no la habría utilizado ni en la oración. Sólo quien se consideraba Hijo de Dios en un sentido propio podría hablar así de Él y dirigirse a Él como Padre. Decir *Abbá* es decir «padre mío», «papaíto», «papá». La palabra *Abbá* expresa la misma realidad a la que alude Jesús en forma tan sencilla y al mismo tiempo tan extraordinaria con las palabras: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Mt 11, 27; Lc 10, 22).

En un texto de Jeremías se habla de que Dios espera que se le invoque como Padre: «Vosotros me diréis: ¡Padre mío!» (Jer 3, 19). Es como una profecía que se cumpliría en los tiempos mesiánicos. Jesús de Nazaret la ha realizado y superado al hablar de sí mismo en su relación con Dios como de

aquél que «conoce al Padre». Jesucristo, que «conoce al Padre» tan profundamente, ha venido para «dar a conocer su nombre a los hombres que el Padre le ha dado» (Jn 17, 6). Un momento singular de esta revelación del Padre lo constituye la respuesta que da Jesús a sus discípulos cuando le piden: «Enseñanos a orar» (Lc 11, 1). Él les dicta entonces la oración que comienza con las palabras «Padre nuestro» (Mt 6, 9-13), o también «Padre» (Lc 11, 2-4).

Ahora bien, Jesús establece siempre una distinción entre «Padre mío» y «Padre vuestro». Incluso después de la resurrección, dice a María Magdalena: «Ve a mis hermanos y díles: subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Jn 20, 17). Se debe notar, además, que en ningún pasaje del Evangelio se lee a Jesús recomendar a los discípulos orar usando la palabra *abbá*. Ésta se refiere exclusivamente a su personal relación filial con el Padre. Pero al mismo tiempo, el *Abbá* de Jesús es en realidad el mismo que es también «Padre nuestro», como se deduce de la oración enseñada a los discípulos.

- **¿De dónde viene esa familiaridad con Dios?**

Dice Jesús hablando con los discípulos y con sus mismos adversarios: «Yo he salido y vengo de Dios, pues yo no he venido de mí mismo, antes es Él quien me ha mandado» (Jn 8, 42). «No estoy solo, sino yo y el Padre que me ha mandado» (Jn 8, 16). «Yo soy el que da testimonio de mí mismo, y el Padre, que me ha enviado, da testimonio de mí» (Jn 8, 18). «Pero el que me ha enviado es veraz, aunque vosotros no le conocéis. Yo le conozco porque procedo de Él y Él me ha enviado» (Jn 7, 28-29). «Estas obras que Yo hago dan en favor mío testimonio de que el Padre me ha enviado» (Jn 5, 36). «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra» (Jn 4, 34). Muchas veces Jesús habla de sí mismo como de alguien enviado por el Padre.

Resulta particularmente iluminadora en este punto la parábola de los viñadores homicidas. Éstos tratan mal a los siervos

mandados por el dueño de la viña «para percibir de ellos la parte de los frutos de la viña» y matan incluso a muchos. Por último, el dueño de la viña decide enviarles a su propio hijo: «Le quedaba todavía uno, un hijo amado, y se lo envió también el último diciendo: a mi hijo le respetarán. Pero aquellos viñadores se dijeron para sí: éste es el heredero. Ea! Matémosle y será nuestra la heredad. Y asíéndole, le mataron y le arrojaron fuera de la viña» (Mc 12, 6-8). Comentando esta parábola, Jesús se refiere a la expresión del Salmo 117/118 sobre la piedra desechada por los constructores: precisamente esta piedra se ha convertido en piedra angular. En ella se manifiesta con toda evidencia la verdad sobre Cristo como Hijo mandado por el Padre. Es más, se subraya con toda claridad el carácter sacrificial y redentor de este envío

En estas pocas líneas, y en las muchas que podrían citarse sorprende tal claridad y familiaridad con Dios. ¿Quién es éste que vive así? Leyendo estos pocos trazos de la personalidad de Jesús surgen en la mente unas preguntas y en el corazón una sensación de vértigo. Un impulso hacia Él y miedo a la vez. ¿Quién es éste que habla así de Dios, que dice cosas tan extraordinarias de forma tan sencilla? ¿Es posible que Dios sea realmente como Él dice, que esté tan cerca? ¿Tenemos ese Padre en el cielo y en la tierra? ¿La vida sin Él es realmente como la de un huérfano? Estas preguntas no pueden quedarse en el aire, si no se quiere pasar la vida como huérfanos voluntarios o inconscientes¹.

¹ Veamos la experiencia que comparte con nosotros Ernesto Sábato, a sus 96 años y que se refiere al recuerdo de su hijo muerto: «La tarde desaparece imperceptiblemente, y me veo rodeado por la oscuridad que acaba por agravar las dudas, los desalientos, el descreimiento en un Dios que justifique tanto dolor. En este atardecer de 1998, continúo escuchando la música que él amaba, aguardando con infinita esperanza el momento de reencontrarnos en ese otro mundo, en ese mundo que quizá, quizá exista. ¿Cómo mantener la fe, cómo no dudar cuando se muere un chiquito de hambre, o en medio de grandes dolores, de leucemia o de meningitis, o cuando un jubilado se ahorca porque está solo, viejo, hambriento y sin nadie? Después de la muerte de Jorge ya no soy el mismo, me he convertido en un ser extremadamente necesitado, que no para de buscar un indicio que muestre esa eternidad donde recuperar su abrazo. **En mi imposibilidad de revivir**

Lo primero que encontramos en Jesús es esta relación especial con Dios, y la clara conciencia de su misión. Lo que dice es esencial, se comprende pero nos supera. ¿Podría Ernesto Sábato encontrar en Cristo esa mano de la cual cogerse? ¿Puede éste, que dice venir del Padre, hacer posible ese reencuentro con su hijo «después del fin»? Cristo pretende hacerlo con cualquier hombre en nombre de Dios, su Padre, pero, ¿puede?

3 EL ESPERADO DURANTE SIGLOS

Jesús nace inserto en el pueblo judío, crece en su religión y en su cultura. Es un verdadero israelita, que piensa y se expresa en arameo según las categorías conceptuales y lingüísticas de sus contemporáneos y sigue las costumbres y los usos de su ambiente. Como israelita es heredero fiel de la Antigua Alianza.

Una de las notas más peculiares de su vida fue la coincidencia con un momento del pueblo judío en que se esperaba la realización de la promesa que Dios había hecho hacía siglos, de enviar un Mesías. Promesa que era su razón de ser y que mantuvo a ese pueblo cohesionado a lo largo de muchos avatares históricos. Toda una esperanza nacional. Y Cristo pretende ser el Mesías esperado. De tal modo que ninguna otra figura histórica tiene una conciencia tan especial de que los tiempos han sido largamente preparados para Él. Veamos a continuación cómo se manifiesta en el Evangelio.

a Jorge busqué en las religiones, en la parapsicología, en las habladurías esotéricas, pero no buscaba a Dios como una afirmación o una negación, sino como una persona que me salvara, que me llevara de la mano como a un niño que sufre.

»Hace poco he visto por televisión a una mujer que sonreía con inmenso y modesto amor. Me conmovió la ternura de esa madre de Paraguay, que lagrimeaba de felicidad junto a sus trillizos que acababan de nacer en un mísero hospital, sin abatirse al pensar que a éstos, como a sus otros hijos, los esperaba el desamparo de una villa mísera, inundada en ese momento por las aguas del Paraná. ¿No será Dios que se manifiesta en esas madres?». E. SÁBATO, *Antes del fin*, 1996.

Por el Evangelio sabemos que Jesús vivió en una determinada familia, en la casa de José, quien hizo las veces de padre del Hijo de María, asistiéndolo, protegiéndolo y adiestrándolo poco a poco en su mismo oficio de carpintero. A los ojos de los habitantes de Nazaret, Jesús aparecía como «el hijo del carpintero» (Mt 13, 55). Cuando comenzó a enseñar, sus paisanos se preguntaban sorprendidos: «¿De dónde le viene a éste todo esto? ¿Qué sabiduría es la que le ha sido dada? ¿Y los milagros hechos por él? ¿No es acaso el carpintero, hijo de María?...» (Mc 6, 2-3). Además de la madre, mencionaban también a sus «hermanos» y sus «hermanas», es decir, aquellos miembros de su parentela («primos») que vivían en Nazaret, aquellos mismos que, como recuerda el evangelista Marcos, intentaron disuadir a Jesús de su actividad de Maestro (Mc 3, 21). Evidentemente ellos no encontraban en Él algún motivo que pudiera justificar el comienzo de una nueva actividad; consideraban que Jesús era y debía seguir siendo un israelita más. En su actividad de Maestro, que comienza en Nazaret y se extiende a Galilea y a Judea hasta la capital, Jerusalén, Jesús muestra con obras y palabras su condición de Mesías de Israel.

- **Veamos en concreto varios momentos**

a) La actividad pública de Jesús comenzó a los treinta años cuando tuvo su primer discurso en Nazaret: «...según su costumbre, entró el día de sábado en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron un libro del profeta Isaías...» (Lc 4, 16-17). Jesús leyó el pasaje que comenzaba con las palabras: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres» (Lc 4, 18). Entonces se dirigió a los presentes y les anunció: «*Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír...*» (Lc 4, 21).

b) Especialmente elocuentes son las palabras de Jesús cuando dice: «Abraham, vuestro padre, se regocijó pensando en ver mi día». La reacción: «¿No tienes aún cincuenta años y has visto a Abraham?». Jesús confirma aún

más explícitamente: «En verdad, en verdad os digo: antes que Abraham naciese, era Yo» (Jn 8, 56-58). Es evidente que Jesús afirma no sólo que Él es el cumplimiento de la promesa de Dios, inscrita en la historia de Israel desde los tiempos de Abraham, sino que *su existencia precede al tiempo de Abraham, llegando a identificarse como «El que es»* (Éx 3, 14). Ciertamente pretende ser Aquél que ellos esperaban, pero más grande y misterioso de lo que podían imaginar. Estos hombres se encontraban ante un Misterio religioso, algo que les supera, no esotérico; que se comprende pero no se entiende del todo.

c) Sabemos que Juan Bautista, que había señalado a Jesús junto al Jordán como «El que tenía que venir» (Jn 1, 15-30), pues, con espíritu profético, había visto en Él al «Cordero de Dios» que venía para quitar los pecados del mundo; Juan, que había anunciado el «nuevo bautismo» que administraría Jesús con la fuerza del Espíritu, cuando se hallaba ya en la cárcel, mandó a sus discípulos a preguntar a Jesús: «¿Eres Tú el que ha de venir o esperamos a otro?» (Mt 11, 3). Jesús no deja sin respuesta a Juan y a sus mensajeros: «Id y comunicad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados» (Lc 7, 22). Con esta respuesta Jesús pretende confirmar su misión mesiánica y recurre en concreto a las palabras de Isaías (Is 35, 4-5; 6, 1). Y concluye: «Bienaventurado quien no se escandaliza de mí» (Lc 7, 23). Estas palabras finales resuenan como una llamada dirigida directamente a Juan, que tenía una idea distinta del Mesías. La respuesta que Jesús da a Juan presenta también otro momento que es interesante subrayar: Jesús evita proclamarse Mesías abiertamente. De hecho, en el contexto social de la época ese título resultaba muy ambiguo: la gente lo interpretaba por lo general en sentido político. Por ello *Jesús prefiere referirse al testimonio ofrecido por sus obras*, deseoso sobre todo de persuadir y de suscitar la fe.

d) Ahora bien, en los Evangelios no faltan casos especiales, como el diálogo con la samaritana, narrado en el Evangelio de Juan. A la mujer que le dice: «Yo sé que el Mesías, el que se llama Cristo, está para venir y que cuando venga nos hará saber todas las cosas». Jesús le responde: «Yo soy, el que habla contigo» (Jn 4, 25-26). Según el contexto del diálogo, Jesús convenció a la samaritana, cuya disponibilidad para la escucha había intuido; de hecho cuando esta mujer volvió a su ciudad, se apresuró a decir a la gente: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será el Mesías?» (Jn 4, 28-29). Animados por su palabra muchos samaritanos salieron al encuentro de Jesús, lo escucharon, y concluyeron a su vez: «Éste es verdaderamente el Salvador del mundo» (Jn 4, 22).

Entre los habitantes de Jerusalén, por el contrario, las palabras y los milagros de Jesús suscitaron cuestiones en torno a su condición mesiánica. Algunos excluían que pudiera ser el Mesías. «De éste sabemos de dónde viene, mas del Mesías, cuando venga nadie sabrá de dónde viene» (Jn 7, 27). Pero otros decían: «El Mesías, cuando venga, ¿podrá hacer signos más grandes de los que ha hecho éste?» (Jn 7, 31). «¿No será éste el Hijo de David?» (Mt 12, 23). Incluso llegó a intervenir el Sanedrín, decretando que «si alguno lo confesaba Mesías fuera expulsado de la sinagoga» (Jn 9, 22).

e) Con estos elementos podemos llegar a comprender el significado clave de la conversación de Jesús con los apóstoles cerca de Cesarea de Filipo. «Jesús les preguntó: ¿quién dicen los hombres que soy yo? Ellos le respondieron, diciendo: unos, que Juan Bautista; otros, que Elías y otros, que uno de los profetas. Pero Él les preguntó: y vosotros, ¿quién decís que soy Yo? Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Cristo» (Mc 8, 7-29; Mt 16, 13-16 y Lc 9, 18-21), es decir, el Mesías. Tras la respuesta de Pedro, Jesús ordenó severamente a los apóstoles «que no dijeran nada a nadie» (Mc 8, 30). Quería que sus contemporáneos llegaran a tal convencimiento contemplando sus obras y

escuchando su enseñanza. Por otra parte, el mismo hecho de que los apóstoles estuvieran convencidos de lo que Pedro había dicho en nombre de todos al proclamar «Tú eres el Cristo» demuestra que *las obras y palabras de Jesús constituían una base suficiente sobre la que podía fundarse y desarrollarse la fe en que Él era el Mesías.*

Pero la continuación de ese diálogo tal y como aparece en los dos textos paralelos de Marcos y Mateo es aún más significativa en relación con la idea que tenía Jesús sobre su condición de Mesías (Mc 8, 31-33; Mt 16, 21-23). Efectivamente, Jesús «comenzó a enseñarles cómo era preciso que el Hijo del Hombre padeciese mucho, y que fuese rechazado por los ancianos y los príncipes de los sacerdotes y los escribas y que fuese muerto y resucitado al tercer día» (Mc 8, 31). El evangelista Marcos hace notar: «Les hablaba de esto abiertamente» (Mc 8, 32).

Jesús defiende con firmeza esta verdad sobre el Mesías, pretendiendo realizarla en Él hasta las últimas consecuencias, ya que en ella se expresa la voluntad salvífica del Padre: «El Justo, mi siervo, justificará a muchos» (Is 53, 11). Así se prepara personalmente y prepara a los suyos para el acontecimiento en que el misterio mesiánico encontrará su realización plena: la Pascua de su muerte y de su resurrección.

- **¿Qué relación hay entre la vida de Jesús y unos textos religiosos escritos más de quinientos años antes?**

Jesús no apareció de repente en la historia religiosa de su pueblo, ni Israel empezó a pensar en un Mesías de un día para otro. Como hemos apuntado, esa conciencia religiosa se fue formando a lo largo de siglos en un proceso complejo, apasionante. En ese proceso jugaron un papel importantísimo unos textos religiosos que el pueblo israelita reconoció como dados por Dios. Profetas, sacerdotes, reyes, patriarcas, fueron los protagonistas, a veces incluso redactores de esas «palabras de Dios» que guardaban con gran cuidado y veneraban con su mejor fervor religioso.

Entre los más solemnes textos y que más formaron la conciencia religiosa de Israel están los Cantos de Isaías sobre el Siervo de Yahvéh. Constatamos ante todo los que se refieren no a una entidad colectiva, como puede ser un pueblo, sino a una persona determinada a la que el profeta distingue en cierto modo de Israel pecador: «He aquí a mi siervo, a quien sostengo Yo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre Él; Él dará el derecho a las naciones. No gritará, no hablará recio ni hará oír su voz en las plazas. No romperá la caña cascada ni apagará la mecha que se extingue... sin cansarse ni desmayar, hasta que establezca el derecho en la tierra...» (Is 42, 1-4). «Yo, Yahvéh, te he formado y te he puesto por alianza del pueblo y para luz de las gentes, para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de la cárcel a los presos, del calabozo a los que moran en las tinieblas» (Is 42, 6-7).

El segundo canto desarrolla el mismo concepto: «Oídme, islas; atended, pueblos lejanos: Yahvéh me llamó desde el seno materno, desde las entrañas de mi madre me llamó por mi nombre. Y puso mi boca como cortante espada, me ha guardado a la sombra de su mano, hizo de mí aguda saeta y me guardó en su aljaba» (Is 49, 6). «Dijo: ligera cosa es para mí que seas tú mi siervo, para restablecer las tribus de Jacob. Yo te he puesto para luz de las gentes, para llevar mi salvación hasta los confines de la tierra» (Is 49, 6). «El Señor, Yahvéh, me ha dado lengua de discípulo, para saber sostener con palabras al cansado» (Is 50, 4). Y también: «Así se admirarán muchos pueblos y los reyes cerrarán ante Él su boca» (Is 52, 15). «El Justo, mi siervo, justificará a muchos y cargará con las iniquidades de ellos» (Is 53, 11).

Estos últimos textos, pertenecientes a los cantos tercero y cuarto, nos introducen con realismo impresionante en el cuadro del Siervo sufriente. *Todo lo que dice Isaías parece anunciar de modo sorprendente lo que en el alba misma de la vida de Jesús predecirá el anciano Simeón*, cuando lo saludó como «luz para iluminación de las gentes» y al mismo tiempo como

«signo de contradicción» (Lc 2, 32-34). Ya en el libro de Isaías la figura del Mesías emerge como profeta, que viene al mundo para dar testimonio de la verdad, y que precisamente a causa de esta verdad será rechazado por su pueblo, llegando a ser con su muerte motivo de justificación para «muchos».

Los Cantos del Siervo de Yahvéh encuentran amplia resonancia en el NT. Un ejemplo muy significativo se encuentra en el fragmento ya citado que contiene las primeras palabras mesiánicas pronunciadas por Jesús en la sinagoga de Nazaret, cuando Jesús lee el texto de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista: para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor» (Lc 4, 17-19). Son las palabras del primer Canto sobre el Siervo de Yahvéh (Is 42, 1-7; Is 61, 1-2).

Pues bien, si miramos también la vida y el ministerio de Jesús, Él se nos manifiesta como el Siervo de Dios, que trae la salvación a los hombres, que los sana, que los libra de su iniquidad, que los quiere ganar para sí, no con la fuerza, sino con la bondad. El Evangelio, especialmente el de san Mateo, hace referencia muchas veces al libro de Isaías, cuyo anuncio profético se realiza en Cristo: así cuando narra que «y atardecido, le presentaron muchos endemoniados, y arrojaba con una palabra los espíritus, y a todos los que se sentían mal los curaba, para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, que dice: Él tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias» (Mt 8, 16-17; Is 53, 4). Y en otro lugar: «Muchos le siguieron, y los curaba a todos... para que se cumpliera el anuncio del profeta Isaías: he aquí a mi siervo» (Mt 12, 15-21), y aquí el evangelista narra un largo fragmento del primer Canto sobre el Siervo de Yahvéh.

Como los Evangelios, también los Hechos de los apóstoles demuestran que la primera generación de los discípulos de Cristo está profundamente convencida de que en Jesús se cumplió todo lo que el profeta Isaías había anunciado en sus

Cantos inspirados: que Jesús es el elegido Siervo de Dios (Hch 3, 13; 3, 26; 4, 27; 4, 30; 1Pe 2, 22-25), que cumple la misión del Siervo de Yahvéh y trae la nueva ley, es la luz y alianza para todas las naciones (Hch 13, 46-47). Esta misma convicción la volvemos a encontrar también en escritos de la segunda generación cristiana como la *Didajé*, en el martirio de san Policarpo, y en la primera carta de san Clemente Romano.

Está claro que no podemos pasar por encima de un hecho: unos textos considerados sagrados por una parte y una vida sublime por otra que coinciden de manera tan sorprendente. ¿Es casualidad o signo de algo más grande? Por eso nos preguntamos *¿quién es éste que, a continuación de la lectura en la sinagoga de uno de esos textos sagrados más solemnes, tiene la pretensión de decir: «Hoy se cumple esta escritura»* (Lc 4, 21)?

¿Quién es? Lo preguntamos con toda seriedad. ¿Puede haber intervenido el Dios en la Historia por medio de este pueblo y de este hombre? ¿El Dios de los judíos era el Dios del que hablaba Cristo; aquel sentido de reverencia increíble que los judíos sentían por Yahvéh pasó al cristianismo? ¿Cómo se explica que en una comunidad, que poseía una tendencia tan vigorosa y arraigada contra toda innovación religiosa, hubiera surgido la innovación más audaz e inconcebible que podía en ella surgir?

Puede que la revelación esperada sea alguien que entra en relación normal con el hombre, en un pueblo que tiene una historia, que ha aprendido a esperarlo. ¿Es ése? ¿Cumplió Dios su promesa? ¿Resultó más grande? La cabeza se llena de preguntas y el corazón experimenta un vértigo ante el hecho histórico de este hombre y de esta pretensión.

Resulta claro que un hecho tal no puede ser invento de alguien. Si lo fuera habría más preguntas y oscuridad sin resolver. Cristo existió y pretendió ser esta revelación. ¿Tiene razón o no? Las preguntas no son retóricas. Podemos

verlo de manera impresionante en un texto de Eugenio Zolli, gran rabino de Roma. El escrito es del 28 de febrero de 1945, no olvidar la fecha al leer esta página²:

«Quizá, en el curso de treinta años o más, yo he recorrido el largo camino que conduce desde una exquisita sensibilidad genérica humana, a través de la vida y de las prácticas religiosas hebraicas bíblico-talmúdicas, y más tarde a través del pensamiento neotestamentario, hasta el logro definitivo del don sublime de la fe en Jesucristo. No he pasado por borrascas y tempestades; mi alma no ha tenido sacudidas violentas. En el fondo del alma se ha desarrollado el germen de la manera más normal y ordinaria. No he sufrido extravío. Era un dulce canto que de lejos, de lejos, llegaba hasta mis oídos. El canto se me iba aproximando cada vez más, y yo me iba dejando cautivar por su hechizo irresistible. El Señor se te revela no en la tempestad ni en el fuego: no es una luz que te deslumbra, no; es algo verdaderamente inefable. El hombre honesto se ha atendido a las consecuencias. Yo había llegado en mis meditaciones sobre el mesianismo hasta el límite extremo del pensamiento del Antiguo Testamento, hasta el Siervo de Dios. Chorreando sangre de muchas, quizá demasiadas heridas, iba buscando alivio, amor, piedad, caridad, esperanza, fe, consuelo.

»Me paraba aquí y allá; una mirada fugaz hacia un punto, y una parada larga y detenida, tal vez harto dolorosa, en otro. Mi alma estaba llena de nostalgia; era toda ella un puro dolor. ¿De dónde vendrá —me preguntaba con el salmista— ayuda para mí? ¡Me sentía tan solo, tan frágil, y tan molido! Un polvillo disperso en el inmenso espacio del Universo. Yo era una hoja marchita, convertida en capricho del áspero vendaval, una brizna de hierba traída y llevada por las tempestades de la vida. Y yo me preguntaba: ¿es posible que la vida no tenga guardada otra cosa para mí? ¿Tan miserable es la vida humana? Mientras más alto me

² E. ZOLLI, *Mi encuentro con Cristo*, p. 63.

elevaba, en ciertas épocas de mi vida, el esfuerzo de la mente, el trabajo científico, con tanta mayor fuerza volvía a experimentar la recaída en la nada. ¡Qué vacío! ¡Qué tristeza! El Siervo de Dios es punto de llegada en el pensamiento del Antiguo Testamento. Para mí el Siervo de Dios se había convertido en un punto de partida.

»La figura doliente del Ebed me la volvía a encontrar en alguna página de la literatura midráshica; en algún poeta hebreo moderno. Yo avanzaba mendigando paz, caridad; invocando fe, llamando a Dios... Y fue en una tarde estival del terrible 1917: la pluma se me cayó de la mano, la superficie de mi alma se cubrió de olas encrespadas, y del fondo se elevó un grito angustioso; era una voz, y más que una voz, un alma que gritaba: ¡Cristo, sálvame! ¿Y después? Cristo, Tú lo sabes. Yo había llegado hasta los confines extremos del reino de la Sagrada Escritura del Antiguo Pacto. Yo me dije: pero ¿no era Jesucristo un hijo de mi pueblo? ¿No era espíritu del mismo espíritu? *Volví a emprender el difícil camino, camino sembrado de zarzas que herían la planta del pie, e iba dejando a lo largo de todas las sendas huellas de mi sangre bermeja, sangre que brotaba de las heridas antiguas no cicatrizadas y de otras que se iban abriendo. Y yo no sabía que ésta era la sangre del Pacto Nuevo, que gracias a esta sangre yo encontraría el camino y la vida en un lejano mañana. ¿Quién podrá comprenderme? Uno sólo: Dios.*

»Me encontraba en la situación de aquel pobre peregrino que iba de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de casa en casa, orando, para mendigar un mendrugo de pan, hasta que fue detenido por un guardia que él al principio no reconoció y que le dijo: “¡Si tú eres un expatriado!”. En la vida mesiánica de Israel hay una solución de continuidad, que vuelve a cerrarse desde el Siervo de Dios adelante. Y yo había continuado mi camino, encerrando en el corazón el tesoro escondido del Doliente. Yo, doliente, hijo de doliente, no lo había aban-

donado. Para mí había llegado a constituir todo mi ser, ¿y por ventura puede un hombre deshacerse de la propia alma, del propio corazón, ser sordo a la sangre que canta en sus venas, al amor, a la luz, a la nostalgia, a la sed que lo devora? Volví la cara, y vi a la gente de mi raza lejos, lejos, muy lejos. ¿Pero cómo es posible —me pregunté— que hayas recorrido tanto camino sin darte cuenta? ¿Y así, solo, solito? ¡Los veía yo tan lejos! Vivía de su dolor; me hartaba de derramar por ellos muchas, muchas lágrimas ardientes; por ellos multiplicaba mis plegarias más fervorosas. “Señor —exclamaba con Ezequiel—, ¿vas a destruir el resto de Israel?”.

»Vi, y el cielo se iba tornando sereno por encima de sus cabezas... el bienestar volvía a albergarse en medio de ellos. Y yo dije: Cristo, soy tuyo».

Es difícil añadir un comentario que no oscurezca este texto. La pretensión de Cristo se ha cumplido de manera sorprendente en la vida de Zolli. ¿Puede cumplirse en otras vidas más? Vidas que también «chorrean sangre».

4 ¿QUÉ PRETENDE SER JESÚS

PARA EL HOMBRE QUE BUSCA SU RAZÓN DE SER?

El hombre que busca es como un caminante o navegante por la vida, así lo ha visto la literatura y la poesía de los pueblos. Somos buscadores de un camino y he aquí que aparece alguien que se presenta como ese camino. Como afirma Platón en *Fedón*: «En la vida presente la verdad sobre estas cosas no puede alcanzarse en modo alguno, o sólo con grandísima dificultad. Pero pienso que es una vileza no estudiar con respeto todo lo que se ha dicho a este propósito y abandonar la búsqueda antes de haber probado todos los medios. Porque estas cosas, una de dos: o se consigue conocer su naturaleza, o si esto no se logra, aplicarse al mejor y más seguro de los argu-

mentos humanos, y con éste, como sobre una barca, intentar la travesía del piélago; a no ser que se pueda con más sosiego y menor peligro hacer la travesía con un transporte más sólido, es decir, con la ayuda de la palabra revelada de un dios».

Respondiendo a Tomás que le preguntaba sobre el camino, le dice: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida». *Jesús es el Camino* porque ninguno va al Padre sino por medio de Él (Jn 14, 6). Más aún: quien lo ve a Él, ve al Padre (Jn 14, 9). «¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?» (Jn 14, 10).

Jesús es la Verdad. Así dirá a Pilato: «Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» (Jn 18, 37). El testimonio de la verdad puede darlo el hombre, pero *ser la Verdad* es un atributo exclusivamente divino. Por esto Él puede decir también que es «la luz del mundo», y así, quien lo sigue, «no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida» (Jn 8, 12). Y por último, *Jesús es la Vida*.

Pero Él «es la Vida» porque es verdadero Dios. Lo afirma Él mismo antes de resucitar a Lázaro, cuando dice a la hermana del difunto, Marta: «Yo soy la resurrección y la Vida» (Jn 11, 25). Así en su resurrección confirmará definitivamente que la vida que Él tiene como Hijo del Hombre no está sometida a la muerte. Por Él es la Vida, y, por tanto, es Dios. Siendo la vida, Él puede hacer partícipes de ésta a los demás: «El que cree en mí aunque muera vivirá» (Jn 11, 25).

Por lo tanto, expresiones como «Yo soy la Vida» apuntan más allá de esta vida, lo que tiene mucho que ver con el final de todo, con la muerte. Nosotros, ante la muerte, propia y de los que nos importan, experimentamos una total impotencia, mientras que Jesús dice tener poder sobre ella. ¿Es así? Al menos eso pretende y muy seriamente, se lo ha dicho a Marta y María ante la tumba de su hermano Lázaro. La afirmación de Cristo es muy seria; con algo así no se juega.

Por eso tenemos que preguntarnos, ¿da señales de credibilidad quien tiene semejante pretensión? No presenta una explicación o teoría sobre la vida después de la muerte, o sobre la forma de afrontarla, se presenta Él mismo

como respuesta, como camino, como compañía. Ofrece una relación humana, pide una confianza porque nos supe-
ra una respuesta así.

¿Quién es éste que así interpela mi razón y mi corazón? Interpela mi libertad porque depende de mí la decisión de afrontarlo o no. ¿Se me ofrece un don «de lo alto», o un fiasco?; me toca decidir.

Asomarnos a casos concretos nos puede ayudar a responder. Se trata de dos formas muy personales de afrontar la propia muerte y la del propio pueblo judío. Dos grandes personas, Elie Wiesel y Edith Stein, nos dan su testimonio:

- **Elie Wiesel en *La noche***

«No lejos de nosotros, de un foso subían llamas, llamas gigantescas. Estaban quemando algo. Un camión se acercó al foso y descargó su carga: eran niños. Sí, lo vi con mis propios ojos. No podía creerlo. Tenía que ser una pesadilla. Me mordí los labios para comprobar que estaba vivo y despierto. ¿Cómo era posible que se quemara a hombres, a niños, y que el mundo callara? No podía ser verdad. Tenía que ser una pesadilla. Pronto despertaría sobresaltado, con el corazón latiendo fuerte, y me encontraría en mi habitación, entre mis libros. (...) La voz de mi padre me arrancó de mis pensamientos: “Lástima... Lástima que no hayas ido con tu madre”. Su voz era terriblemente triste. Comprendí que no quería ver lo que iban a hacer conmigo. No quería ver quemar a su único hijo varón.

»“Padre —le dije—, no quiero esperar más. Iré hacia las alambradas electrificadas. Es mejor que agonizar durante horas entre las llamas”. No me respondió. Lloraba. Su cuerpo se sacudía en un temblor. A nuestro alrededor, todos lloraban. Alguien se puso a recitar el Kadish, la oración de los muertos. No sé si ya habrá ocurrido, en la larga historia del pueblo judío, que los hombres reciten la oración de los muertos por sí mismos. “Que su Nombre sea alabado”, murmuró mi padre. Por primera vez sentí crecer la protesta en

mi interior. ¿Por qué debía santificar su Nombre? El Eterno, el Señor del universo, el Todopoderoso callaba. ¿Por qué había de alabarle? Jamás olvidaré esa primera noche en el campo, que hizo de mi vida una larga noche bajo siete vueltas de llave. Jamás olvidaré esa humareda y las caras de los niños que vi convertirse en humo. Jamás olvidaré esos instantes que asesinaron a mi Dios y mi alma, y que dieron a mis sueños el rostro del desierto. Jamás olvidaré ese silencio nocturno que me quitó para siempre las ganas de vivir»³.

¿Puede la soledad e impotencia absoluta de Cristo en la cruz ser una compañía en ese momento, la muestra de que Dios no calla? ¿Es una respuesta del tipo de las que son creíbles? ¿Qué explicación o razón humana hubiera ayudado a Wiesel a alabar a Dios allí? ¿Puede esta compañía devolverle las ganas de vivir?

- **Edith Stein**

Otra manera de ver la muerte desde fuera de la fe, Edith Stein ante la muerte de su querido y admirado amigo Adolf Reinach durante la Primera Guerra Mundial. Viaja a Friburgo para asistir al funeral y consolar a la viuda. La entereza de su amiga Ana, su confianza serena en que su marido estaba gozando de la paz y la luz de Dios reveló algo a Edith: «Allí encontré por primera vez la Cruz y el poder divino que comunica a los que la llevan. Fue mi primera intuición de la Iglesia, nacida de la Pasión redentora de Cristo, de su victoria sobre la mordedura de la muerte. En esos momentos mi incredulidad se derrumbó, y el judaísmo palideció ante la aurora de Cristo: Cristo en el misterio de la Cruz»⁴.

Y, ya madura por ese camino, la visión cambia. Pocos años antes de morir, cuando ya se veían los nubarrones de la persecución: «Tengo la confianza en el hecho de que el Señor ha aceptado mi vida por muchos. Pienso constantemente en la

³ Citado en J.R. AYLLÓN, *Dios y los naufragos*, p. 59.

⁴ Citado en J.R. AYLLÓN, *Dios y los naufragos*, p. 169.

reina Ester, la cual fue escogida de entre su pueblo precisamente para interceder por él ante el rey. Yo soy una pequeña Ester, pobre e impotente, pero el Rey que me ha escogido es infinitamente grande y misericordioso. Esto es mi gran consuelo»⁵.

Edith escribe con fervor: a finales de 1939, al llegar al convento de Echt en Holanda: «Mi sentimiento fundamental, desde que estoy en Echt, es el de la gratitud. Doy gracias por poder estar aquí y por ser la casa como es. Pero nunca olvido que aquí en la tierra no tenemos morada permanente. Mi único anhelo es que en mí y por medio de mí se cumpla la voluntad de Dios. En sus manos está el tiempo que yo haya de estar aquí y lo que venga después. *In manibus tuis sortes meae*. Ahí todo está seguro. Por eso no tengo por qué preocuparme. Pero es necesario orar mucho para mantenerse fieles en cualquier situación. Hay que orar sobre todo por los muchos que han de soportar más duras desgracias que yo y no están anclados en lo eterno. Por eso estoy cordialmente agradecida a todos los que ofrecen su ayuda»⁶.

El domingo de Pasión, poco antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, la madre Otilia, priora suya por entonces, recibe una esquelita en la que le dice: «Querida madre, permítame que me ofrezca al Corazón de Jesús como víctima expiatoria por la verdadera paz, para que se derrumbe, a ser posible sin una nueva guerra mundial, el dominio del Anticristo. Quisiera hacerlo hoy mismo, y ya estamos en la hora duodécima. Sé que no soy nada, pero Jesús lo quiere, y Él en estos días va a llamar a lo mismo a otros muchos»⁷.

Leyendo ambos corazones abiertos, el de Wiesel y el de Edith Stein, ¿qué preguntas o reacciones surgen dentro? ¿Quién está más cerca de mí? ¿Quién tiene razón?

⁵ MATRE DEI T., EDITH STEIN, *En busca de Dios*, p. 245.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ibidem*.

5 ¿QUÉ PRETENDE HACER JESÚS CON LA SOLEDAD DE LA CULPABILIDAD QUE EXPERIMENTAMOS?

Desde el principio de su vida pública, Jesús no se limita a proclamar la necesidad de la conversión («Convertíos y creed en el Evangelio», Mc 1, 15) y a enseñar que el Padre está dispuesto a perdonar a los pecadores arrepentidos, sino que Él mismo perdona los pecados.

Precisamente en esos momentos es cuando brilla con más claridad el poder que Jesús declara poseer, atribuyéndolo a sí mismo, sin vacilación alguna. El afirma, por ejemplo: «El Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados» (Mc 2, 10). Lo afirma ante los escribas de Cafarnaum, cuando le llevan a un paralítico para que lo cure. Jesús, al ver la fe de los que llevaban al paralítico, quienes habían hecho una abertura en el techo para descolgar la camilla del pobre enfermo delante de Él, dijo al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (Mc 2, 5). Los escribas que estaban allí, pensaban entre sí: «¿Cómo habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?» (Mc 2, 7). Jesús, que leía en su interior, parece querer reprenderlos: «¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil: decir al paralítico: tus pecados te son perdonados, o decirle: levántate, toma tu camilla y vete? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados (se dirige al paralítico), yo te digo: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa» (Mc 2, 8-11). La gente que vio el milagro, llena de admiración, glorificó a Dios diciendo: «Jamás hemos visto cosa igual» (Mc 2, 12).

Es comprensible la admiración por esa curación, y también el sentido de temor o reverencia que, según Mateo, sobrecogió a la multitud ante la manifestación de ese poder de curar que Dios había dado a los hombres (Mt 9, 8) o, como escribe Lucas, ante las «cosas increíbles» que habían visto ese día (Lc 5, 26). Pero para aquéllos que reflexionan

sobre el desarrollo de los hechos, el milagro de la curación aparece como la confirmación de la pretensión de Jesús e intuida y contestada por los escribas: «El Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados».

Hay que notar también la puntualización de Jesús sobre su poder de perdonar los pecados en la tierra: es un poder que Él ejerce en su vida histórica, mientras se mueve como «Hijo del Hombre» por los pueblos y calles de Palestina. Jesús se presenta como el «Dios con nosotros», el Dios-hombre que perdona los pecados.

Hay que notar, además, cómo siempre que Jesús habla del perdón de los pecados algunos de los presentes se escandalizan. Cuando estaba sentado a la mesa en casa del fariseo, Jesús dice a una mujer: «Tus pecados te son perdonados» (Lc 7, 48). La reacción de los comensales: «Comenzaron a decir entre sí: ¿quién es éste para perdonar los pecados?» (Lc 7, 49).

También en el episodio de la mujer «sorprendida en flagrante adulterio» y llevada por los escribas y fariseos a la presencia de Jesús para provocar un juicio suyo en base a la ley de Moisés encontramos algunos detalles muy significativos. Ya la primera respuesta de Jesús a los que acusaban a la mujer, «El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra primero» (Jn 8, 7), nos manifiesta su consideración realista de la condición humana, comenzando por la de sus interlocutores, que, de hecho, van marchándose uno tras otro. Démonos cuenta, además, de la profunda humanidad de Jesús al tratar a aquella desdichada, cuyos errores ciertamente desaprueba (pues de hecho le recomienda: «Vete y no peques más», Jn 8, 11), pero que no la aplasta bajo el peso de una condena sin apelación. En las palabras de Jesús podemos ver la reafirmación de su poder de perdonar los pecados, cuando después de haber preguntado a la mujer: «¿Nadie te ha condenado?» y haber obtenido la respuesta: «Nadie, Señor», declara: «Ni yo tampoco te condeno; vete y no peques más» (Jn 8, 10-11).

Ante ese «ni yo tampoco» no podemos quedarnos indiferentes. El sentimiento de culpa hace al hombre sentirse muy

solo. La conciencia de haber cedido al egoísmo, de haberse traicionado a sí mismo, al ser amado, o a la razón de ser de su vida. Esa conciencia lleva a la soledad, y esa soledad lleva a la frustración, a la amargura, al desierto total. Ésta es una experiencia demasiado frecuente del hombre de hoy, y muy dura en ocasiones. A esto se añade la impotencia que experimentamos de dejar de ser así, de cambiar a otra forma de ser para que nuestra vida no esté amenazada por nosotros mismos, nuestras ilusiones y lo mejor de nosotros no esté hipotecado por esa debilidad... Esto es nuestra experiencia de la necesidad de ser perdonados, aceptados como somos en nuestra fragilidad, o sea, salvados. ¿A esto sale al encuentro Cristo cuando perdona? ¿De verdad podrá Cristo dar eso, ser eso para nosotros, para todos? No olvidemos que éste que pretende poder perdonar los pecados y purificarnos de esa culpabilidad es el mismo que enseñó la parábola del hijo pródigo. Esto es inaudito, excesivo, sorprendente. Hay dos citas, de Stein y de Peguy, que pueden ayudarnos a contestar estas preguntas:

- **Edith Stein en *En busca de Dios* [pp. 243 y s.]**

«A partir del jueves ya no vuelve a mencionar el trabajo filosófico que le había preocupado hasta entonces. Se siente exonerado de su tarea y sólo dirige su mirada a Dios y al cielo. Su viraje hacia Cristo, tanto tiempo encubierto por la filosofía, acaba por manifestarse. Por eso dice al despertarse el Viernes Santo: “¡Qué gran día, Viernes Santo! Sí, Cristo nos lo ha perdonado todo.” Por la tarde, después de un terrible ahogo: “He pedido a Dios de corazón que me deje morir. Ha dado ya su permiso. Pero es una gran desilusión el que todavía viva”, y al cabo de un rato dice: “Dios es bueno, sí, Dios es bueno, pero muy incomprendible. Esto es una gran prueba para mí... Luz y oscuridad, sí, mucha oscuridad y de nuevo luz».

- **Peguy en *Palabras cristianas* [pp. 76-80]**

«Pero entre todas, entre las tres, destaca la tercera parábola. / Ha sido contada a innumerables hombres (desde la primera vez que fue contada) / y a menos de tener un corazón

de piedra, hijo mío, / ¿quién sería capaz de escucharla sin llorar? / Desde hace miles de años viene haciendo llorar a innumerables hombres / y ha tocado en el corazón del hombre un punto único, secreto, misterioso, inaccesible a los demás. / Durante todos los siglos y en la eternidad los hombres llorarán por ella y sobre ella, / fieles e infieles, / por toda la eternidad hasta el día del juicio / y hasta en el mismo juicio. / Ésta es la palabra de Dios que ha llegado más lejos, hijo mío, / la que ha tenido más éxito / temporal y eterno. / Es célebre incluso entre los impíos / y ha encontrado en ellos un orificio de entrada / y quizá es ella sola la que permanece clavada en el corazón del impío como un clavo de ternura. / Puesto que Él dijo: “Un hombre tenía dos hijos...” / Y el que lo oye por centésima vez / es como si lo oyera por vez primera. / ¡Qué punto sensible ha encontrado en el corazón del hombre! / Un punto de dolor y desgracia y esperanza, / un punto doloroso y de inquietud, / como un golpe que produce un cardenal en el corazón del hombre... / Es la sola palabra de Dios que el pecador no ha ahogado en su corazón; una vez que esta palabra / ha mordido su corazón ninguna voluptuosidad borrarán ya la huella de sus dientes. / Una palabra que acompaña, / que le sigue a uno como un perro, / un perro a quien se pega, pero que continúa con uno, / como un perro maltratado que vuelve siempre a uno.

»Y es que ella enseña que no todo está perdido / que no entra en la voluntad de Dios / que se pierda uno solo de estos pequeños. / Cuando el pecador se aleja de Dios, hijo mío, / arroja al borde del camino en las zarzas y entre las piedras, / como si se tratase de cosas inútiles y embarazosas, los bienes más preciosos, más sagrados, / la Palabra de Dios, los más puros tesoros. / Pero hay una palabra de Dios que no arrojará / y sobre la cual el hombre ha llorado tantas veces. / Es un tesoro de Dios que no arroje esa palabra a las zarzas del camino. / Y es que no tenéis necesidad de ocuparos de ella y de llevarla a costas, / porque es ella la que se ocupa de vosotros y de hacerse llevar, / es ella la que sigue, una palabra que sigue,

un tesoro que acompaña. / Las otras palabras de Dios no se atreven a acompañar al hombre / en sus mayores desórdenes, / pero en verdad que esta palabra es una desvergonzada, / no tiene miedo, no tiene vergüenza / y tan lejos como vaya el hombre, / en cualquier terreno, / en cualquier oscuridad / siempre habrá una claridad, lucirá una llama, un puntito de llama, / siempre velará una luz que no será puesta bajo el celmín, / siempre lucirá una lámpara, / siempre habrá un puntito cocido por el dolor: “Había un hombre que tenía dos hijos...”. / En verdad que esta palabra no es vergonzosa, / es como una hermanita de los pobres / que no tiene prevención en manejar a un enfermo o a un pobre. / Lanza, por así decirlo, un desafío al pecador. / Le dice: “Por donde quiera que vayas iré Yo, / ya lo verás, / y conmigo no tendrás paz, / no te dejaré en paz”. / Y esto es verdad, y el pecador lo sabe perfectamente y, en el fondo, él ama a su perseguidora / porque en el fondo mismo de su vergüenza y su pecado prefiere no tener paz, y esto le tranquiliza un poco.

»Y así es como permanece un punto doloroso, un capullo de esperanza en la vida del pecador, / porque, al menos, no se apagará jamás una claridad: la de la tercera parábola, / la tercera palabra de la esperanza: “Había un hombre que tenía dos hijos...”».

6 ¿QUIÉN ES ÉSE QUE SE PONE POR ENCIMA DE LA LEY DE DIOS?

Conocida es la conciencia que tenía el pueblo judío de la ley que Moisés les había dado en nombre de Dios en el monte Sinaí, conciencia que mantenía la cohesión como pueblo a través de los muchos avatares de su historia. Es interesante afrontar la actitud que Jesús tuvo con respecto a esta ley. En los Evangelios encontramos otro hecho que atestigua la conciencia que tenía Jesús de poseer una autoridad divina, y la persuasión que tuvieron de esa autoridad los evangelistas y la

primera comunidad cristiana. Los Sinópticos concuerdan al decir que los que escuchaban a Jesús «se maravillaban de su doctrina, pues les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas» (Mc 1, 22; y Mt 7, 29; Lc 4, 32). Es una información preciosa que Marcos nos da ya al comienzo de su Evangelio. Ella nos atestigua que la gente había captado enseguida la diferencia entre la enseñanza de Cristo y la de los escribas israelitas, y no sólo en el modo, sino en la misma sustancia: los escribas apoyaban su enseñanza en el texto de la ley mosaica, de la que eran intérpretes y glosadores; y Jesús no seguía el método de uno «que enseña» o de un «comentador» de la ley, sino que se comportaba como un legislador y, en definitiva, como quien tiene autoridad sobre la ley. Notemos que los que escuchaban sabían bien que se trataba de la Ley Divina que dio Moisés en virtud de un poder que Dios mismo le había concedido como su representante y mediador ante el pueblo de Israel.

Era, pues, lógico el paso de la afirmación de un poder sobre la Ley mosaica y sobre todo el Antiguo Testamento a la afirmación de la presencia de una autoridad divina en Cristo. Cristo, al atribuirse el poder de completar e interpretar con autoridad o, más aún, de dar la Ley de Dios de un modo nuevo, mostraba su conciencia de ser «igual a Dios».

El sermón de la montaña, como lo recoge Mateo, es el lugar del NT donde se ve afirmado claramente el poder de Jesús sobre la ley que Israel ha recibido de Dios como quicio de la Alianza. Allí es donde, después de haber declarado el valor perenne de la ley y el deber de observarla (Mt 5, 18-19), Jesús pasa a afirmar la necesidad de una «justicia» superior a «la de los escribas y fariseos», o sea, de una observancia de la ley animada por el nuevo espíritu evangélico de caridad y de sinceridad. Los ejemplos concretos son conocidos. El primero consiste en la victoria sobre la ira, el resentimiento, la animadversión que anidan fácilmente en el corazón humano,

aun cuando se puede exhibir una observancia exterior de los preceptos de Moisés, uno de los cuales es el de no matar: «Habéis oído que se dijo a los antiguos: no matarás; el que matare será reo de juicio. Pero yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano será reo de juicio» (Mt 5, 21-22).

Jesús intenta contraponer la ley de la caridad que purifica y reordena al hombre hasta en los más íntimos sentimientos y movimientos de su espíritu. De la fidelidad a esta ley hace Jesús una condición indispensable de la misma práctica religiosa: «Si vas, pues, a presentar una ofrenda ante el altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve a presentar tu ofrenda» (Mt 5, 23-24). Tratándose de una ley de amor, hay que dar importancia a todo lo que se tenga en el corazón contra el otro: el amor que Jesús predicó iguala y unifica a todos en querer el bien, en establecer o restablecer la armonía en las relaciones con el prójimo, hasta en los casos de contiendas o de procedimientos judiciales (Mt 5, 25).

Otro ejemplo de perfeccionamiento de la ley es el del sexto mandamiento del decálogo, en el que Moisés prohibía el adulterio. Con un lenguaje hiperbólico y hasta paradójico, adecuado para llamar la atención e impresionar a los que lo escuchaban, Jesús anuncia: «Habéis oído que fue dicho: no adulterarás. Pero yo os digo...» (Mt 5, 27): y condena también las miradas y los deseos impuros, mientras recomienda la huida de las ocasiones, la valentía de la mortificación, la subordinación de todos los actos y comportamientos a las exigencias de la salvación del alma y de todo el hombre (Mt 5, 29-30).

A este ejemplo se une también otro que Jesús afronta enseguida: «También se ha dicho: el que repudiare a su mujer déle libelo de repudio. Pero yo os digo...» y declara abolida la concesión que hacía la ley antigua al pueblo de Israel «por la dureza del corazón» (Mt 19, 8), prohibiendo también esta forma de violación de la ley del amor en armonía con el restablecimiento de la indisolubilidad del matrimonio (Mt 19, 9).

Y también: «Habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente; pero yo os digo: no hagáis frente al malvado» (Mt 5, 38-39), y con lenguaje metafórico Jesús enseña a poner la otra mejilla, a ceder no sólo la túnica, sino también el manto, a no responder con violencia a las vejaciones de los demás, y sobre todo: «Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien desea de ti algo prestado» (Mt 5, 42). Radical exclusión de la Ley del Talión en la vida personal de los discípulos de Jesús.

«Habéis oído que fue dicho: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los Cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos...» (Mt 5, 43-45). A la interpretación vulgar de la ley antigua que identificaba al prójimo con el israelita y más aún con el israelita piadoso, Jesús opone la interpretación auténtica del mandamiento de Dios y le añade la dimensión religiosa de la referencia al Padre celestial, clemente y misericordioso, que beneficia a todos y es, por lo tanto, el ejemplo supremo del amor universal.

La nueva ley que Él ha traído tiene su síntesis en el amor. Este amor hará que el hombre, en sus relaciones con los demás, supere la clásica contraposición amigo-enemigo, y tenderá, desde dentro de los corazones, a traducirse en las correspondientes formas de solidaridad social y política, incluso institucionalizadas. Será, pues muy amplia en la historia, la irradiación del «mandamiento nuevo» de Jesús.

Podemos decir que en esa expresión suya repetida seis veces, «Yo os digo», resuena el eco de esa autodefinición de Dios que Jesús también se ha atribuido: «Yo soy» (Jn 8, 58).

Finalmente hay que recordar la respuesta que dio Jesús a los fariseos que reproban a sus discípulos el que arrancasen las espigas de los campos llenos de grano para comérselas en día de sábado, violando así la ley mosaica. Primero Jesús les cita el ejemplo de David y de sus compañeros, que no duda-

ron en comer los «panes de la proposición» para quitarse el hambre, y el de los sacerdotes que el día de sábado no observan la ley del descanso porque desempeñan las funciones en el templo. Después concluye con dos afirmaciones perentorias, inauditas para los fariseos: «Pues yo os digo, que lo que hay aquí es más grande que el templo...»; y «El Hijo del Hombre es señor del sábado» (Mt 12, 6-8; Mc 2, 27-28). Son declaraciones que revelan con toda claridad la conciencia que Jesús tenía de su autoridad divina. El que se definiera «como superior al templo» era una alusión bastante clara a su trascendencia divina. Y proclamarse «señor del sábado», o sea, de una ley dada por Dios mismo a Israel, era la proclamación abierta de la propia autoridad como cabeza del reino mesiánico y promulgador de la nueva ley. No se trataba, pues, de simples derogaciones de la Ley mosaica, admitidas también por los rabinos en casos muy restringidos, sino de una reintegración, de un complemento y de una renovación que Jesús enuncia como inacabables: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24, 35). Lo que viene de Dios es eterno, como eterno es Dios.

¿Quién es éste que tiene tal conciencia de sí mismo? Este fenómeno que ha surgido en el seno del pueblo de Israel tiene algo de inaudito, y esta pretensión despierta preguntas en la cabeza y en el corazón. Hay que encontrar respuesta en Él o contra Él, y en este último caso rechazar su pretensión por inaceptable.

7 JESÚS EXIGE PARA SÍ LA FE QUE SE DEBE A DIOS

Como hemos comprobado, es muy raro que una presencia como la de Cristo nos dejara indiferentes. Pero también sería incomprensible que Él fuera indiferente a nuestra respuesta; por eso veamos la respuesta que reclamaba. Los hechos que hemos analizado son en su conjunto elocuentes y prueban la

conciencia de la propia divinidad, que Jesús demuestra tener cuando se aplica a sí mismo el nombre de Dios, los atributos divinos, el poder juzgar al final sobre las obras de todos los hombres, el poder perdonar los pecados, el poder que tiene sobre la misma ley de Dios. Todos son aspectos de la única verdad que Él afirma con fuerza, la de ser verdadero Dios, una sola cosa con el Padre. Es lo que dice abiertamente, al conversar con libertad en el templo, el día de la fiesta de la Dedicación: «Yo y el Padre somos una misma cosa» (Jn 10, 30). Y, sin embargo, al atribuirse lo que es propio de Dios, Jesús habla de sí mismo como del «Hijo del Hombre» para seguir la pedagogía elegida de conducir gradualmente a los discípulos, casi tomándolos de la mano, a las alturas y profundidades misteriosas de su verdad. Como Hijo del Hombre no duda en pedir: «*Creed en Dios, creed en mí*» (Jn 14, 1).

El desarrollo de todo el discurso de los capítulos 14-17 de Juan, en el contexto de la Última Cena, y especialmente las respuestas que da Jesús a Tomás y a Felipe, demuestran que cuando pide que crean en Él, se trata no sólo de la fe en el Mesías como el Ungido y el Enviado por Dios, sino de la fe en el Hijo que es de la misma naturaleza que el Padre. Jesús dice a los apóstoles que va a prepararles un lugar en la casa del Padre (Jn 14, 2-3). Y cuando Tomás le pregunta por el camino para ir a esa casa, a ese nuevo reino, Jesús responde que Él es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6). Cuando Felipe le pide que muestre el Padre a los discípulos, Jesús replica de modo absolutamente unívoco: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo no las hablo de mí mismo; el Padre que mora en mí hace sus obras. Creedme, que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; a lo menos, creedlo por las obras» (Jn 14, 9-11).

La misma pretensión muestra Jesús en su diálogo con los judíos en el transcurso de la fiesta de la Dedicación: «En esos días se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación.

Era invierno, y Jesús andaba por el templo, en el pórtico de Salomón. Entonces los judíos le rodearon, y le decían: ¿Hasta cuándo nos vas a tener en suspenso? Si Tú eres el Cristo, dínoslo claramente. Jesús les respondió: os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en el nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí. Pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y me siguen; y yo les doy vida eterna y jamás perecerán, y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano del Padre. Yo y el Padre somos uno. Los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle. Jesús les dijo: os he mostrado muchas obras buenas que son del Padre. ¿Por cuál de ellas me apedreáis? Los judíos le contestaron: no te apedreamos por ninguna obra buena, sino por blasfemia; y porque tú, siendo hombre, te haces Dios. Jesús les respondió: ¿no está escrito en vuestra ley: “Yo dije: sois dioses”? Si a aquéllos, a quienes vino la palabra de Dios, los llamó dioses (y la Escritura no se puede violar), ¿a quien el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: “Blasfemas”, porque dije: “Yo soy el Hijo de Dios”? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque a mí no me creáis, creed las obras; para que sepáis y entendáis que el Padre está en mí y yo en el Padre. Por eso procuraban otra vez prenderle, pero se les escapó de entre las manos» (Jn 10, 22-39).

La inteligencia humana no puede rechazar esta declaración de Jesús, si no es partiendo ya a priori de un prejuicio antidiuino. A los que admiten al Padre, y más aún, lo buscan, Jesús se manifiesta a sí mismo y les dice: ¡mirad, el Padre está en mí!

En todo caso, para ofrecer motivos de credibilidad, Jesús apela a sus obras, a todo lo que ha llevado a cabo en presencia de los discípulos y de toda la gente. Se trata de obras extraordinarias, realizadas como signos de su verdad. Por esto merece que se tenga fe en Él. Jesús lo dice no sólo en el círculo de los apóstoles, sino ante todo el pueblo. Leemos en el

Evangelio que, al día siguiente de la entrada triunfal en Jerusalén, la gran multitud que había llegado para las celebraciones pascuales discutía sobre la figura de Cristo y la mayoría no creía en Jesús, «aunque había hecho tan grandes milagros en medio de ellos» (Jn 12, 37). En un determinado momento «Jesús, clamando, dijo: el que cree en mí no cree en mí, sino en el que me ha enviado, y el que me ve, ve al que me ha enviado» (Jn 12, 44). Así, pues, podemos decir que Jesucristo se identifica con Dios como objeto de la fe que pide y propone a sus seguidores. Y les explica: «Las cosas que yo hablo, las hablo según el Padre me ha dicho» (Jn 12, 50).

Esta fe, ligada a las obras y a las palabras de Jesús, se convierte en una «consecuencia lógica» para los que honradamente escuchan a Jesús, observan sus obras, reflexionan sobre sus palabras. Pero éste es también el presupuesto y la condición indispensable que exige el mismo Jesús a los que quieren convertirse en sus discípulos o beneficiarse de su poder divino.

A este respecto, es significativo lo que Jesús dice al padre del niño epiléptico, poseído desde la infancia por un «espíritu mudo» que se desenfrenaba en él de modo impresionante. El pobre padre suplica a Jesús: «Si algo puedes, ayúdanos por compasión hacia nosotros. Díjole Jesús: ¡sí puedes! Todo es posible al que cree. Al instante, gritando, dijo el padre del niño: ¡creo! Ayuda a mi incredulidad» (Mc 9, 22-23). Y Jesús cura y libera a ese desventurado. Sin embargo, pide al padre del muchacho una apertura del alma a la fe.

Es impresionante lo que se lee de sus paisanos nazarenos, entre los que Jesús se encontraba porque había vuelto después del comienzo de su ministerio, y de haber realizado los primeros milagros. Ellos no sólo se admiraban de su doctrina y de sus obras, sino que además «se escandalizaban de Él», o sea, hablaban de Él y lo trataban con desconfianza y hostilidad, como persona no grata. Jesús les decía: «Ningún profeta es tenido en poco sino en su patria y entre sus parientes y en su familia». Y no pudo hacer allí ningún milagro fuera de que a algunos pocos dolientes les impuso las

manos y los curó. Él se admiraba de su incredulidad (Mc 6, 4-6). Los milagros son *signos* del poder divino de Jesús. Cuando hay obstinada cerrazón al reconocimiento de ese poder, el milagro pierde su razón de ser. Por lo demás, también Él responde a los discípulos, que después de la curación del epiléptico preguntan a Jesús por qué ellos, que también habían recibido el poder del mismo Jesús, no consiguieron expulsar al demonio. El respondió: «Por vuestra poca fe: porque en verdad os digo, que si tuviérais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: vete de aquí allá, y se iría, y nada os sería imposible» (Mt 17, 19-20). Es un lenguaje figurado e hiperbólico, con el que Jesús quiere inculcar a sus discípulos la necesidad y la fuerza de la fe.

8 ESO DE LOS MILAGROS

Una ojeada a algunos acontecimientos particulares nos permite darnos cuenta de la presencia arcana (misteriosa, superior) en cuyo nombre Jesucristo obra sus milagros. Cuando, respondiendo a las súplicas de un leproso, que le dice: «Si quieres, puedes limpiarme», Él, en su humanidad, «enternecido», pronuncia una palabra de orden que, en un caso como aquél, corresponde a Dios, no a un simple hombre: «Quiero, sé limpio. Y al instante desapareció la lepra y quedó limpio» (Mc 1, 40-42). Algo semejante encontramos en el caso del parálítico que fue bajado por un agujero realizado en el techo de la casa: «Yo te digo... levántate, toma tu camilla y vete a tu casa» (Mc 2, 11-12).

Y también: en el caso de la hija de Jairo leemos que «Él [Jesús]... tomándola de la mano, le dijo: *Talitha qumi*, que quiere decir: “Niña, a ti te lo digo, levántate”. Y al instante se levantó la niña y echó a andar» (Mc 5, 41-42). En el caso del joven muerto de Naín: «Joven, a ti te hablo, levántate. Sentóse el muerto y comenzó a hablar» (Lc 7, 14-15). ¡En cuántos de estos episodios vemos brotar de la palabras de Jesús la

expresión de una voluntad y de un poder al que Él apela interiormente y que expresa, se podría decir, con la máxima naturalidad, como si perteneciese a su condición más íntima, el poder de dar a los hombres la salud, la curación e incluso la resurrección y la vida!

Una atención particular merece la resurrección de Lázaro, descrita detalladamente por el cuarto evangelista. Lee-mos: «Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado; Yo sé que siempre me escuchas, pero por la muchedumbre que me rodea lo digo, para que crean que Tú me has enviado. Diciendo esto, gritó con fuerte voz: Lázaro, sal fuera. Y salió el muerto» (Jn 11, 41-44). En la descripción cuidadosa de este episodio se pone de relieve que Jesús resucitó a su amigo Lázaro con el propio poder y en unión estrechísima con el Padre. Aquí hallan su confirmación las palabras de Jesús: «Mi Padre sigue obrando todavía, y por eso obro Yo también» (Jn 5, 17), y tiene una demostración, que se puede decir preventiva, lo que Jesús dirá en el cenáculo, durante la conversación con los apóstoles en la Última Cena, sobre sus relaciones con el Padre y, más aún, sobre su identidad sustancial con Él.

Los Evangelios muestran con diversos milagros-señales cómo el poder divino que actúa en Jesucristo se extiende más allá del mundo humano y se manifiesta como poder de dominio también sobre las fuerzas de la naturaleza. Es significativo el caso de la tempestad calmada: «Se levantó un fuerte vendaval». Los apóstoles pescadores asustados despiertan a Jesús que estaba durmiendo en la barca. Él «despertado, mandó al viento y dijo al mar: calla, enmudece. Y se aquietó el viento y se hizo completa calma... Y sobrecogidos de gran temor, se decían unos a otros: ¿quién será éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mc 4, 37-41)⁸.

⁸ Cfr. JUAN PABLO II, 18 de noviembre de 1987.

- **Inseparabilidad de Jesús y los milagros**

La excepcionalidad del personaje que nos presentan los Evangelios es inseparable de sus milagros. La personalidad de Cristo en los Evangelios es unitaria, quitar los milagros de la historia por un *a priori* es cambiarla totalmente. Los tomamos en cuenta porque no podemos separarlos de la trama de su vida tal como nos es contada, ¿qué sería de los Evangelios, con los mismos dichos y hechos, pero sin milagros? ¡Otra cosa! Por algo Él mismo usó ese argumento: «No me creáis a mí, creed las obras», con amigos y enemigos (Jn 8, 14).

Es verdad que los milagros no son una prueba científica ni lógica de la divinidad de Cristo. Esa divinidad, aún aceptada en hipótesis, no puede ser demostrada tal como la razón moderna entiende las demostraciones según el método científico. Es verdad que Dios puede intervenir en la naturaleza que ha creado, y la negación de esto hay que probarla. Pero hoy ya no se enfoca así. Lo ha dejado bien enfocado Juan Pablo II: «Los milagros no como prueba sino como llamada a la fe, como signo convincente». *Y lo son por la inseparabilidad de lo concreto de su vida. Son un signo de Él. Quien da credibilidad a los milagros es Él.*

Si se acepta la narración evangélica de los milagros de Jesús (y no hay motivos para no aceptarla, salvo el prejuicio contra lo sobrenatural) no se puede poner en duda una lógica única, que une todos estos «signos» y los hace emanar de su amor hacia nosotros de ese amor misericordioso que con el bien vence al mal, como demuestra la misma presencia y acción de Jesucristo en el mundo. En cuanto que están insertos en esta economía, los «milagros y señales» son objeto de nuestra fe en el plan de salvación de Dios y en el misterio de la redención realizada por Cristo.

Jesús subraya más de una vez que los milagros que Él realiza están vinculados a la fe. «Tu fe te ha curado», dice a la mujer que padecía hemorragias desde hacía doce años y que, acercándose por detrás le había tocado el borde de su manto, quedando sana (Mt 9, 20-22; y Lc 8, 48; Mc 5, 34).

Palabras semejantes pronuncia Jesús mientras cura al ciego Bartimeo, que, a la salida de Jericó, pedía con insistencia su ayuda gritando: «¡Hijo de David, Jesús, ten piedad de mí!» (Mc 10, 46-52). Según Marcos: «Anda, tu fe te ha salvado» le responde Jesús. Y Lucas precisa la respuesta: «Ve, tu fe te ha hecho salvo» (Lc 18, 42).

Una declaración idéntica hace al samaritano curado de la lepra (Lc 17, 19). Mientras a los otros dos ciegos que invocan a volver a ver, Jesús les pregunta: «¿Creéis que puedo yo hacer esto? sí, Señor... Hágase en vosotros, según vuestra fe» (Mt 9, 28-29).

Impresiona de manera particular el episodio de la mujer cananea que no cesaba de pedir la ayuda de Jesús para su hija «atormentada cruelmente por un demonio». Cuando la cananea se postró delante de Jesús para implorar su ayuda, Él le respondió: «No es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarlo a los perrillos» (era una referencia a la diversidad étnica entre israelitas y cananeos que Jesús, Hijo de David, no podía ignorar en su comportamiento práctico, pero a la que alude con finalidad metodológica para provocar la fe). Y he aquí que la mujer llega intuitivamente a un acto insólito de fe y de humildad. Y dice: «Cierto, Señor, pero también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores». Ante esta respuesta tan humilde, elegante y confiada, Jesús replica: «¡Mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como tú quieres» (Mt 15, 21-28). Es un suceso difícil de olvidar, sobre todo si se piensa en los innumerables *cananeos* de todo tiempo, país, color y condición social que tienden su mano para pedir comprensión y ayuda en sus necesidades.

La exigencia de la fe aparece aún con mayor evidencia en el diálogo entre Jesús y Marta ante el sepulcro de Lázaro: «Díjole Jesús: resucitará tu hermano. Marta le dijo: sé que resucitará en la resurrección, en el último día. Díjole Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? Díjole ella [Marta]: sí, Señor; yo

creo que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que ha venido a este mundo» (Jn 11, 23-27). Y Jesús resucita a Lázaro como signo de su poder divino, no sólo de resucitar a los muertos porque es Señor de la vida, sino de vencer la muerte, Él, que como dijo a Marta, ¡es la resurrección y la vida!

La enseñanza de Jesús sobre la fe como condición de su acción salvífica se resume y consolida en el coloquio nocturno con Nicodemo, «un jefe de los judíos» bien dispuesto hacia Él y a reconocerlo como «maestro de parte de Dios» (Jn 3, 2). Jesús mantiene con él un largo discurso sobre la «vida nueva» y, en definitiva, sobre la nueva economía de la salvación fundada en la fe en el Hijo del Hombre que ha de ser levantado «para que todo el que crea en Él tenga la vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio a su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jn 3, 15-16).

Al hablar con Nicodemo, Jesús indica en el misterio pascual el punto central de la fe que salva: «Es preciso que sea levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que creyere en Él tenga vida eterna» (Jn 3, 14-15). Podemos decir también que éste es el «punto crítico» de la fe en Cristo. La cruz ha sido la prueba definitiva de la fe para los apóstoles y los discípulos de Cristo. Ante esa «elevación» había que quedar conmovidos, como en parte sucedió. Pero el hecho de que Él resucitase al tercer día les permitió salir victoriosos de la prueba final.

9 ¿QUIÉN PUEDE DESAFIAR NUESTRA LIBERTAD PIDIÉNDONOS TODO LO QUE SOMOS?

En nuestra búsqueda hemos encontrado la interpelación que hace a sus discípulos para que tengan fe en Él: «Creed en Dios, creed también en mí» (Jn 14, 1): una interpelación que sólo puede hacer Dios. Jesús exige esta fe cuando manifiesta un poder divino que supera todas las fuerzas de la naturaleza, por ejemplo, en la resurrección de Lázaro (Jn 11,

38-44); la exige también en el momento de la prueba, como fe en el poder salvífico de su cruz, tal como afirma en el coloquio con Nicodemo (Jn 3, 14-15); y es fe en su divinidad: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14, 9).

Junto a la interpelación de fe, Jesús coloca el mandamiento del amor a Dios «sobre todas las cosas», que ya estaba en el Antiguo Testamento, pero que Jesús repite y corrobora en una nueva clave. Es verdad que cuando responde a la pregunta: «¿Cuál es el mandamiento más grande de la ley?». Jesús cita las palabras de la Ley mosaica: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» (Mt 22, 37; Dt 6, 5). Pero el pleno sentido que toma el mandamiento en la boca de Jesús emerge de la referencia a otros elementos del contexto en el que se mueve y enseña. No hay duda que Él quiere inculcar que sólo Dios puede y debe ser amado sobre todo lo creado; y sólo de cara a Dios puede haber dentro del hombre la exigencia de un amor sobre todas las cosas. Sólo Dios, en virtud de esta exigencia de amor radical y total, puede llamar al hombre para que «lo siga» sin reservas, sin limitaciones, de forma indivisible, tal como leemos ya en el Antiguo Testamento: «Habéis de ir tras de Yahvéh, vuestro Dios... habéis de guardar sus mandamientos..., servirle y allegaros a Él» (Dt 13, 4). En efecto, sólo Dios «es bueno» en el sentido absoluto (Mc 10, 18; también Mt 19,17). Sólo Él «es amor» (1Jn 4, 16) por esencia y por definición. Pero aquí hay un elemento nuevo y sorprendente en la vida y en la enseñanza de Cristo.

Jesús llama a seguirle personalmente. Podemos decir que esta llamada está en el centro mismo del Evangelio. Por una parte Jesús lanza esta llamada; por otra oímos hablar de hombres que lo siguen, y aún más, de algunos de ellos que lo dejan todo para seguirle. Pensemos en todas las llamadas de las que nos han dejado noticia los evangelistas: «Un discípulo le dijo: Señor, permíteme ir primero a sepultar a mi padre; pero Jesús le respondió: sígueme y deja a los muertos sepultar a sus muertos» (Mt 8, 21-22), forma drástica de decir: déjalo todo

inmediatamente por mí. Ésta es la redacción de Mateo, Lucas añade la connotación apostólica de esta vocación: «tú vete y anuncia el reino de Dios» (Lc 9, 60). En otra ocasión, al pasar junto a la mesa de los impuestos, dijo y casi impuso a Mateo, quien nos atestigua el hecho: «Sígueme. Y él, levantándose lo siguió» (Mt 9, 9; Mc 2, 13-14).

Seguir a Jesús significa muchas veces no sólo dejar las ocupaciones y romper los lazos que hay en el mundo, sino también distanciarse de la agitación en que se encuentra e incluso dar los propios bienes a los pobres. No todos son capaces de hacer ese desgarrón radical: no lo fue el joven rico, a pesar de que desde niño había observado la ley y quizá había buscado seriamente un camino de perfección, pero «al oír esto [es decir, la invitación de Jesús], se fue triste, porque tenía muchos bienes» (Mt 19, 22; Mc 10, 22). Sin embargo, otros no sólo aceptan el «sígueme», sino que, como Felipe de Betsaida, sienten la necesidad de comunicar a los demás su convicción de haber encontrado al Mesías (Jn 1, 43). Al mismo Simón es capaz de decirle desde el primer encuentro: «Tú serás llamado *Cefas* [que quiere decir, Pedro]» (Jn 1, 42). El evangelista Juan hace notar que Jesús «fijó la vista en él»: en esa mirada intensa estaba el «sígueme» más fuerte y cautivador que nunca. Pero parece que Jesús, dada la vocación totalmente especial de Pedro (y quizá también su temperamento natural), quiera hacer madurar poco a poco su capacidad de valorar y aceptar esa invitación. En efecto, el «sígueme» literal llegará para Pedro después del lavatorio de los pies, durante la última Cena (Jn 13, 36), y luego, de modo definitivo, después de la resurrección, a la orilla del lago de Tiberíades (Jn 21, 19).

No cabe duda que Pedro y los apóstoles (excepto Judas) comprenden y aceptan la llamada a seguir a Jesús como una donación total de sí y de sus cosas para la causa del anuncio del reino de Dios. Jesús se ha entregado a ellos, la respuesta justa es seguirle. Ellos mismos recordarán a Jesús

por boca de Pedro: «Pues nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (Mt 19, 27). Lucas añade: «Todo lo que teníamos» (Lc 18, 28). Y el mismo Jesús parece que quiere precisar de qué se trata al responder a Pedro. «En verdad os digo que ninguno que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres e hijos por amor al reino de Dios dejará de recibir mucho más en este siglo, y la vida eterna en el venidero» (Lc 18, 29-30).

En Mateo se especifica también el dejar hermanas, madre, campos «por amor de mi nombre»; a quien lo haya hecho Jesús le promete que «recibirá el céntuplo y heredará la vida eterna» (Mt 19, 29). En Marcos hay una especificación posterior sobre el abandonar todas las cosas «por mí y por el Evangelio», y sobre la recompensa: «El céntuplo ahora en este tiempo en casas, hermanos, hermanas, madre e hijos y campos, con persecuciones, y la vida eterna en el siglo venidero» (Mc 10, 29-30).

Dejando a un lado de momento el lenguaje figurado que usa Jesús, nos preguntamos: ¿quién es ése que pide que lo sigan y que promete a quien lo haga felicidad en esta vida y hasta la vida eterna? ¿Puede un simple Hijo del Hombre prometer tanto, y ser creído y seguido, y tener tanto atractivo no sólo para aquellos discípulos felices, sino para millares y millones de hombres en todos los siglos?

Jesús, al establecer la exigencia de la respuesta a la vocación a seguirlo, no esconde a nadie que su seguimiento requiere sacrificio, a veces incluso el sacrificio supremo. En efecto, dice a sus discípulos: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Pues el que quiera salvar su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí la salvará...» (Mt 16, 24-25).

Marcos subraya que Jesús había convocado con los discípulos también a la multitud, y habló a todos de la renuncia que pide a quien quiera seguirlo, de cargar con la cruz y de perder la vida «por mí y el Evangelio» (Mc 8, 34-35). ¡Y esto

después de haber hablado de su próxima pasión y muerte! (Mc 8, 31-32).

Pero, al mismo tiempo, Jesús proclama la bienaventuranza de los que son perseguidos «por amor del Hijo del Hombre» (Lc 6, 22): «Alegraos y regocijaos, porque grande será en los Cielos vuestra recompensa» (Mt 5, 12).

Y nosotros nos preguntamos una vez más: ¿quién es éste que llama con autoridad a seguirlo, predice odio, insultos y persecuciones de todo género (Lc 6, 22), y promete recompensa en los Cielos? Sólo un Hijo del Hombre que tenía la conciencia de ser Hijo de Dios podía hablar así. En este sentido lo entendieron los apóstoles y los discípulos, que nos transmitieron su revelación y su mensaje. En este sentido queremos entenderlo nosotros también, diciéndole de nuevo con el apóstol Tomás: «Señor mío y Dios mío».

¿Quién es éste que pide ponerse como centro de nuestra vida y que lo sigamos, que nos ofrece una relación especial con Dios en ese seguimiento, que ofrece una compañía humana y divina como ésta, la de Él y la de la Iglesia? ¿Cómo verificar que todo esto es así? ¿Es una respuesta del tipo: certeza existencial en un Misterio que se me hace presente?

Si la rechazamos, sea con más razones de peso que las que hay para la aceptación. Porque, ¿hemos encontrado un Dios que interviene de una manera más humana y divina que ésta? No rechazar porque no comprendo a fondo todo esto, porque parece que sí comprendemos algo aunque nos desborde el todo. Y porque no buscar es renunciar a vivir. Y no afrontar esta posibilidad específica sin tener indicios de una mejor es prejuicio. Porque la mentalidad imperante censura esa búsqueda, por miedo a las consecuencias, por no dejar de vivir como se debe vivir... prejuicio a fin de cuentas. Y *pre-juicio* es algo no racionalmente aceptable, o sea irracional, aunque se haga en nombre de la razón o de la libertad.

10 ¿UN REINO DE DIOS EN MEDIO DE NOSOTROS?

Tenemos a nuestra disposición todos los elementos y todas las razones para afirmar que *Jesucristo se ha revelado a sí mismo como aquél que instaura el reino de Dios en la historia de la humanidad.*

El terreno de la revelación del reino de Dios había sido preparado ya en el Antiguo Testamento, especialmente en la segunda fase de la historia de Israel, narrada en los textos de los profetas y de los Salmos que siguen al exilio y las otras experiencias dolorosas del Pueblo elegido. Recordemos especialmente los Cantos de los salmistas a Dios que es Rey de toda la tierra, que «reina sobre las gentes» (Sal 46/47, 8-9); y el reconocimiento exultante: «Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío de generación en generación» (Sal 144/145, 13). El profeta Daniel, a su vez, habla del reino de Dios «que no será destruido jamás..., destruirá y desmenuzará a todos esos reinos, más él permanecerá por siempre». Este reino que se hará surgir del «Dios de los Cielos» (el reino de los Cielos) quedará bajo el dominio del mismo Dios y «no pasará a poder de otro pueblo» (Sal 2, 44).

Insertándose en esta tradición y compartiendo esta concepción de la Antigua Alianza, Jesús de Nazaret proclama desde el comienzo de su misión mesiánica precisamente este reino: «Cumplido es el tiempo, y el reino de Dios está cercano» (Mc 1, 15). De este modo, recoge uno de los motivos constantes de la espera de Israel, pero da una nueva significación al proclamar que ésta tiene su cumplimiento inicial aquí en la tierra, porque Dios es el Señor de la historia: ciertamente su reino se proyecta hacia un cumplimiento. En esta perspectiva Jesús anuncia y revela que el tiempo de las antiguas promesas, esperas y esperanzas, «se han cumplido», y que el reino de Dios «está cercano», más aún, está ya presente en su misma persona.

Jesús anuncia muchas veces que el reino de Dios ha venido al mundo. Más aún, en el conflicto con los adversarios que no dudan en atribuir un poder demoniaco a las obras de

Jesús, El los confunde con una argumentación que concluye afirmando lo siguiente: «Pero si expulsó a los demonios por el dedo de Dios, sin duda que el reino de Dios ha llegado a vosotros» (Lc 11, 20). En Él y por Él, pues, el espacio espiritual del dominio divino toma su consistencia: el reino de Dios entra en la historia de Israel y de toda la humanidad, y Él es capaz de revelarlo y de mostrar que tiene el poder de decidir sobre sus actos. Lo muestra liberando de los demonios: todo el espacio psicológico y espiritual queda así reconquistado para Dios.

Prestemos atención: en el pensamiento de Jesús, en su obra mesiánica, en su mandato a los apóstoles, la inauguración del reino en este mundo está estrechamente unida a su poder de vencer el pecado, de anular el poder de Satanás en el mundo y en cada hombre... La instauración del reino de Dios tiene su fundamento en la reconciliación del hombre con Dios, llevada a cabo en Cristo y por Cristo en el misterio pascual (2Cor 5, 19; Col 1, 15).

Esta convicción evidente de Jesús explica por qué Él, durante su ministerio, habla de su obra presente y futura como de un nuevo reino introducido en la historia humana: no sólo como verdad anunciada, sino como realidad viva, que se desarrolla, crece y fermenta toda la masa humana, como leemos en la parábola de la levadura (Mt 13, 33; Lc 13, 21). Ésta y las demás parábolas del reino (Mt 13) dan testimonio de que ésta ha sido la idea central de Jesús pero también la sustancia de su obra mesiánica, que Él quiere que se prolongue en la historia, incluso después de su vuelta al Padre, mediante una estructura visible cuya cabeza es Pedro (Mt 16, 18).

También el mandato definitivo, que Cristo crucificado y resucitado da a los apóstoles (Mt 28, 18-20), fue preparado por Él bajo todos los aspectos. Momento clave de la preparación fue la vocación de los apóstoles: «Designó a doce para que le acompañaran y para enviarlos a predicar, con poder de expulsar demonios» (Mc 3, 14). En medio de los

Doce, Simón Pedro se convierte en destinatario de un poder especial en orden al reino: «Y yo te digo a ti que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los Cielos, y cuanto atares en la tierra quedará atado en los Cielos, y cuanto desatares en la tierra quedará desatado en los Cielos» (Mt 16, 18). Quien habla de este modo está convencido de poseer el reino, de tener su soberanía total, y de poder confiar sus *llaves* a un representante y vicario suyo, más aún de lo que haría un rey de la tierra con su lugarteniente o primer ministro.

A la luz de las obras y de las palabras de Jesús se hace cada vez más claro que Él es, al mismo tiempo, el verdadero Hijo de Dios. Ésta es una verdad que resultaba muy difícil de admitir para una mentalidad enraizada en un rígido monoteísmo religioso. Y ésa era la mentalidad de los israelitas contemporáneos de Jesús.

También este rasgo de la pretensión de Cristo podemos contrastarlo con la experiencia de un personaje peculiar. Oscar Wilde, desde la cárcel de Reading, adonde ha llegado después de una vida agitada, transgresora, exitosa. Durante los años 1895 a 1897, Oscar Wilde tuvo en su confinamiento un encuentro imprevisto con Cristo leyendo el Evangelio, y escribió una larga carta que cuando se publicó recibió como título *De Profundis*:

«Antes que Él ya existían dioses y hombres. Y Él, sintiendo que en Él se habían hecho carne, gustaba de llamarse unas veces el Hijo de Dios y otras el Hijo del Hombre. Más que ningún otro en la historia, despierta en nosotros esa inclinación hacia lo maravilloso a que siempre se halla dispuesto el romanticismo. *Es para mí todavía algo increíble eso de que un joven campesino galileo se imagine que pueda llevar sobre sus hombros todo el peso del mundo: el peso de cuanto hasta entonces se había hecho y sufrido, y de cuanto se tendría que hacer y sufrir: los pecados de*

Nerón, de César Borgia, de Alejandro VI, del que fue emperador de Roma y sacerdote del sol; los sufrimientos de todos aquéllos, cuyo número es legión, que yacen entre ruinas; de los pueblos oprimidos, de los niños de las fábricas, de los ladrones, de los presidiarios, de los desheredados y de aquéllos que se hallan sojuzgados y cuyo silencio sólo Dios puede oír. *Y no sólo llega a imaginárselo, sino que efectivamente lo realiza; así es que aún hoy en día todos los que entran en contacto con Él*, aunque no se prosternen ante sus altares, ni se arrodillen ante sus sacerdotes, tienen en cierto modo la impresión de que se les borra la fealdad de sus pecados y se les revela la belleza de sus sufrimientos» (p. 130).

«Uno se representa siempre a Cristo como un cantor que quisiera levantar con su música los muros de la Ciudad de Dios; como un amante para cuyo amor el mundo todo es demasiado pequeño. Sus milagros parecenme encantadores, cual la llegada de la primavera, y no menos naturales. No me es difícil creer en un encanto tal de su persona, que su sola presencia bastase para inundar las almas de paz, y para que los que tocaban sus vestiduras se olvidasen de todos sus dolores. O para que, *al pasar Él por el camino real de la vida, gentes para quienes hasta entonces había permanecido secreto el misterio de la existencia abriesen los ojos a la luz*, y para que aquéllos que cerraban sus oídos a toda voz que no fuese la del placer comprendiesen por primera vez la voz del amor, o para que, a su llegada, huyesen todas las malas pasiones, y los hombres, cuya vida sórdida y hermética era como una forma de muerte, se alzarán, como quien dice, de sus tumbas al llamarlos Él. Había perdido mi nombre, mi posición, mi felicidad, mi libertad, mi fortuna. Era un recluso, y era un pobre, pero me quedaba mi bien máspreciado: mis hijos. Y de pronto la ley me los arrebató. Fue tan terrible el golpe que quedé como aturdido. Me puse de rodillas, incliné la cabeza, lloré y dije: “El cuerpo de un niño es como el cuerpo del Señor; ya no soy digno de ninguno de ellos”. Y ese momento fue sin duda el

que me salvó. En ese momento comprendí que sólo me cumplía aceptarlo todo. Y desde entonces —por extraño que esto parezca— soy feliz, pues he llegado hasta lo más hondo de la esencia de mi alma. Había mostrado ser su enemigo en muchos respectos, y la encontré esperándome como un amigo. Al entrar en contacto con su alma, uno se vuelve sencillo como un niño, y esto es lo que uno ha de ser, según las palabras de Cristo» (p. 133).

«Es verdaderamente trágico pensar cuán pocos son los hombres que se hallan en posesión de su alma antes de la muerte. Piensan con las ideas de otros; su vida es una parodia, y sus pasiones son remembranzas. Cristo... es verdad que tuvo piedad de los pobres, de los presos, de los míseros y de los humildes, pero tuvo todavía más piedad de los ricos, de los hedonistas, de los que sacrifican su libertad y se convierten en esclavos de las cosas, de los que llevan vestiduras finísimas y viven en palacios dignos de reyes. La opulencia y el placer le parecieron tragedias mayores que la pobreza y el dolor» (p. 135).

«Llevo ya algún tiempo ardientemente ocupado con los cuatro poemas en prosa que tratan de Cristo. Por Navidad conseguí exhumar una biblia griega, y todas las mañanas, después de haber barrido mi celda y fregado mis cacharros de estaño, leo algún trozo de los Evangelios, una docena de versículos elegidos al azar. Éste es un modo delicioso de comenzar el día. Todos, aun aquéllos que llevan una vida agitada y desordenada, deberían hacer lo mismo. La constante, monótona e intempestiva repetición de los Evangelios, ha desvirtuado para nosotros su romántico encanto, su lozanía, su ingenuidad, su sencillez. Su lectura nos es hecha con demasiada frecuencia y demasiado mal, y las repeticiones acaban siempre por hastiar. Volviendo a tomar el texto griego, parece como si uno saliese de una habitación lóbrega y estrecha y penetrase en un jardín lleno de lirios» (p. 143).

11 RECAPITULACIÓN FINAL

Después de asomarnos a la pretensión de Cristo, hay mucho que pensar y que escuchar a nuestro corazón. Somos provocados a definirnos. Una reflexión de Romano Guardini puede ayudarnos a afrontar personalmente este reto:

«De Jesús sólo hay una verdadera psicología: comprender dónde termina lo explicable. Todo hombre, aun el religioso, aun el santo, está construido según una ley que lo configura. Agustín, Benito, Isabel de Turingia, Catalina de Siena, Francisco de Sales, Newman, de todos ellos puede mostrarse cómo estaban contruidos: dónde está el centro de su vida y dónde lo lejano, qué es lo que manda y qué se subordina, qué posibilidades existen y dónde se marcan los límites. En Jesús no es posible nada de esto. Es ciertamente una figura infinitamente impresionante y convincente. *El efecto de esta impresión se llama justamente fe.* Su figura tiene una inmensa fuerza formativa. Su obra se llama existencia cristiana, filiación divina, Iglesia. Pero esta figura no se construye por una ley psicológica, sino que es el Logos quien ahí manda. El Verbo, al desatar las estructuras de la mera humanidad y llamarla a la nueva obediencia, produce la “figura” de Cristo.

»Así se construye una existencia que, en todo momento, es humana, auténtica, cálida, vibrante y henchida de vida; y, sin embargo, en cada momento también sobrepasa todo lo puramente humano.

»¡Y cómo impresiona esta cosa prodigiosa, inefable, que elude el toque y está, sin embargo, ahí tan poderosamente! Esta revelación de la divinidad que se cumple en el ser viviente de Jesús, pero no por estallidos desmesurados y hechos descomunales, sino por una constante y suave superación de los límites puramente humanos hacia una grandeza y amplitud que al principio se siente como la más natural beneficencia, como libertad nacida, como humanidad simplemente, expresada en el nombre maravilloso con que Él mismo gustaba de llamarse: “el Hijo del Hombre” —hasta que se revela como el

milagro, simplemente—. Como el misterio de la humanación de Dios a la que cabe aplicar lo que le fue mostrado a Elías: Dios no está en la tempestad ni en el terremoto, sino en el aura callada. [...] Humildad de Dios que corre peligro de ser confundida. Espantosa proximidad del escándalo para el espíritu, que pone en el ser mismo del hombre la plenitud y la medida de lo humano en lugar de recibirlos como don de Dios.

»Tampoco puede decirse que Jesús sea una naturaleza religiosa en contraste con una naturaleza política o filosófica, con un Julio César o un Platón. Jesús no quedó por su constitución confinado en lo religioso, de modo que no pudiera ser otra cosa que “religioso”. No. En Él hay una libertad divina que quiere, una misión que manda y una voluntad que obedece. Nadie puede decir que Jesús, por naturaleza, no hubiera podido lo que pudieron Platón y César. No se puede hablar así. Son conceptos inadecuados. Jesús no es un “talante religioso”, por oposición al talante filosófico o artístico. Lo es Buda, lo es Mahoma, pero no lo es Jesús. Las mismas dotes religiosas están bajo los pies. Lo propio de Jesús es algo totalmente distinto: en Él la naturaleza humana está a disposición del hijo de Dios y éste se revela en ella. Ahora bien, por el hecho de hacer suya la voluntad de Dios, esta naturaleza humana florece en su más pura plenitud. *Lo que pasa es que para esta realidad última no existe concepto alguno.* Con ella empieza la nueva creación, la nueva existencia, el nuevo pensar. Con ella empieza lo cristiano»⁹.

Jesús de Nazaret es un personaje excepcional, único. Su persona desprende una luz especial, su secreto profundo desprende una fascinación peculiar. Nuestra cabeza y nuestro corazón se deben emplear al máximo. Es la tensión de la libertad ante una presencia humana que esconde un misterio más grande que nosotros mismos. Si hay que dar el salto de fe, no será a un vacío, sino a ese secreto que guarda la

⁹ R. GUARDINI, *Imagen de Jesús, el Cristo, en el Nuevo Testamento*, pp. 116-120.

persona de Jesús. Conviene preguntarse con seriedad si es creíble todo esto; y si su vida acabó con una muerte como la de todos, porque en ese episodio parece hallarse un signo especial.

EL GRAN SIGNO DE CREDIBILIDAD

¿Es creíble esa pretensión, ese hombre?

¿Resucitó de verdad?

1 INTRODUCCIÓN

Después de la breve presentación de la pretensión de Cristo respecto a sí mismo y respecto a nosotros, a nuestro destino y felicidad, debemos afrontar la cuestión de si esa pretensión resulta creíble.

Ciertamente, no podemos comprender del todo lo que dice y pretende, nos llama la atención su sabiduría, nos atrae su bondad, pero nos supera, nos sorprende, también nos interpela. Por tanto, según el método que describimos, y el tipo de certeza o de inteligencia que puede tenerse en cuestiones de amor y de vida, la inquietud del corazón y la pregunta inteligente y humana es: ¿podemos fiarnos de lo que dice?

Lo serio es llegar a esa encrucijada. Toda la libertad está en juego. Si da indicios de veracidad o de credibilidad, decido aceptar que es verdad; si no los da, es preferible rechazar con toda dureza semejante pretensión. La medida es su fiabilidad, no mi inteligencia, o el grado de aceptación social. La medida para mi inteligencia y para mi corazón.

Podemos partir de una cita provocadora. Ernest Renan, en *Vie de Jésus* (1863), **escrita desde la no fe en su divinidad ni en la Iglesia**, afirma: «Jesucristo no será superado jamás (...) queda para la humanidad como un principio infranqueable de todo renacimiento moral. (...) En Él se ha condensado todo lo que hay de bueno y de elevado en nuestra naturaleza. Reposa ahora en tu gloria, noble iniciador (...) al

precio de unas horas de sufrimiento, que no han llegado a tocar tu gran alma, Tú has comprado la más completa inmortalidad. Signo de nuestras contradicciones, Tú serás la bandera en torno de la cual se libraré la más ardiente batalla. Mil veces más viviente, mil veces más amado después de tu muerte que durante los días de tu vida mortal, Tú llegarás a tal punto a ser la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo sería sacudirlo en sus mismos cimientos. Entre ti y Dios no se distinguirá jamás. Plenamente vencedor de la muerte, tomas posesión del reino, en el cual te seguirán millones de adoradores. (...) Todos los siglos proclamarán que entre los hijos de los hombres no ha habido ninguno más grande que Jesús».

Cristo no dio de inmediato una respuesta plena a la pregunta que nacía del corazón de la gente que le seguía, habituada a su modo de hablar, a su comportamiento, a su capacidad de influjo y de poder sobre los hombres y sobre las cosas. De haberlo hecho habría evitado morir en la cruz; no lo habrían matado, porque sólo lo habrían tenido por un loco. En efecto, una respuesta como la que tendría que haber dado era algo absolutamente fuera de la concepción y de la capacidad de percepción de aquella gente. Habría sonado a locura más que a blasfemia.

Por eso, Jesús empleó una pedagogía inteligente para definirse. Lo hizo poco a poco, para provocar en los demás una asimilación gradual, mediante procesos destinados a facilitar la convicción por una especie de ósmosis.

Así, si Jesús se hubiera definido rápida y explícitamente respecto a su naturaleza divina, habría producido en los demás una reacción que habría descalificado cualquier posibilidad de confiar en Él. Los judíos eran rabiosamente monoteístas como para tolerar una afirmación que atacara su estrictísima idea de Dios, sin una preparación adecuada.

Jesús, pues, siguió una línea educativa, en la que al principio tradujo en expresiones implícitas y concretas esa idea que al final había de expresar abiertamente.

Hoy la clave de la discusión sobre su credibilidad se pone en la persona misma de Cristo, no en la discusión sobre sus milagros sino en su credibilidad personal: dado el hecho de que dijo e hizo eso, de que se presentó así, con esa pretensión, o era verdad o no lo era. Si lo era, hay que afrontarlo, si no se afronta esta cuestión, hay que tener razones suficientes para no renunciar a la razón o para no incurrir en un planteamiento poco serio ante la vida. Si no lo era, una de dos: o Él sabía que no era todo eso y pretendía engañarnos a todos; un impostor; o Él creía de buena fe que era todo eso, en cuyo caso era un demente y profundo.

2 ¿ENGAÑA CRISTO? ¿ES UN IMPOSTOR?

El engaño consistiría en que Él sabía que no era cierto lo que pretendió, que su pretensión fue el montaje de un perfecto actor. Hoy día ningún crítico o historiador serio defiende esta hipótesis. Ni en su época lo condenaron por eso. Pero examinémoslo, por rigor intelectual.

Si Cristo miente, no estamos hablando de una mentira piadosa; estaríamos hablando de una mentira imposible de superar. *La mentira más grande, una mentira que juega con los sentimientos más nobles.* El fraude no puede ser mayor. Esto, ya de entrada, desconcierta. Una mentira tan descomunal es prácticamente impensable. Y no casa bien con otros rasgos de su personalidad. ¿Qué clase de mentiroso es el que crea la parábola del hijo pródigo? El que proclama que ha sido enviado a buscar a los pobres, ciegos... que escoge como apóstoles, como el círculo de sus íntimos a un grupo de pescadores y poco más... ¿Éste compuso el Padrenuestro?

Hay un sentido común instintivo, que nos dice que este hombre no es un impostor.

Si hay que seguir, deberíamos preguntarnos cuáles son los requisitos necesarios para una auténtica mentira. Para que una mentira tenga éxito se necesita:

- Que el que la dice tenga una reputación social y/o que esté respaldado por gente que apoye la mentira con su credibilidad personal: **credibilidad**.
- Que la mentira sea verosímil, creíble, que tenga un «sustrato de realidad»: **verosimilitud**.
- Que se pretenda conseguir algo con la mentira, es decir, «el móvil del crimen»: **un objetivo**.

En cuanto a la **primera condición** evidentemente no se cumple. ¿Quién era Cristo? Un carpintero de Nazaret. Desde luego, si le creyeron no fue por su relevante posición social, política o religiosa. Y tampoco tenía amigos influyentes que le apoyaran: intelectuales, gente de los círculos del poder político...

Por si fuera poco, Jesús ni siquiera se molestó en hacer un guiño a los núcleos de poder; todo lo contrario, Cristo dice venir a salvar a los sencillos de corazón, a los humildes, no a los sabios ni a los ricos. En vez de crear una mentira que halague los gustos, los deseos, las pasiones... Recordemos el «es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de los Cielos».

La primera condición para que una mentira triunfe no se da en el caso de Jesús de Nazaret.

¿Se da la segunda? ¿Es **verosímil esta supuesta mentira**?

Una buena mentira, de las que funcionan, tiene que estar apoyada en un «sustrato de realidad». ¿Cómo se le iba a ocurrir a Cristo que los judíos iban a aceptar que un hombre fuese igual al Dios Omnipotente del Sinaí, Aquél que nadie podía ver sin morir al instante? Y esto lo inventa un judío, como los otros, al que vemos con qué reverencia, con qué altura y respeto habla de Dios. Verdaderamente, esto del fraude es muy difícil de aceptar.

Cristo dice ser el Mesías que viene a redimir a los hombres. ¿Es el Mesías que esperan los judíos? El pueblo judío, oprimido desde siglos y en ese momento bajo el yugo de

Roma, esperaba de Dios que algún día enviaría un Mesías que les liberaría del yugo y los haría una nación libre.

Y aparece Cristo diciendo que efectivamente es el Mesías, que viene a salvar a los hombres... pero que su reino no es de este mundo, que enseña cosas como las Bienaventuranzas y anima a poner la otra mejilla olvidando la venganza... Un Mesías que nos redime cargando la cruz de nuestros pecados y muriendo como el peor de los criminales.

¿Era creíble una mentira así? ¿Un Mesías que viene a morir, un Mesías que no viene a dirigir ejércitos? Cuando uno quiere que un fraude o una mentira sea creído y aceptado, trata de crear algo que halague los gustos, los deseos, las pasiones... o sólo conseguirá atraer enfermos y morbosos... Sabida es la ilusión con que aquel pueblo esperaba su liberación nacional, pueblo indómito. Y viene Cristo y los frustra al proclamar que su reino no es de este mundo... Jesús, un judío normal, a la hora de inventar se hubiera inventado otra cosa.

Por último, ¿dónde está el objetivo? **Si nos está engañando, ¿qué pretende conseguir Cristo?**

La gran conquista de este supuesto impostor hubiera sido que le proclamaran rey. De hecho, lo intentaron; pero justo cuando quieren proclamarle rey se retira. Cristo no persigue ni poder, ni gloria, ni fama... Nada de eso, el final de la supuesta mentira de Cristo le lleva inexorablemente a su muerte. He aquí un impostor que crea una impostura que termina en su propia destrucción. ¿Alguien ha visto, conocido o sabido de algún impostor que se inventa una mentira que consciente e intencionadamente termina en su autodestrucción? Si así fuera, estaríamos ante un enfermo, más que ante un mentiroso, ante un compulsivo. Pero veremos más adelante la hipótesis de locura.

Tampoco se cumple el tercer requisito de cualquier mentira que aspire a ser creída por alguien.

En fin, sumando todos los indicios: una mentira tan desorbitada que no puede ser verdad, contada por un mentiroso que no se preocupa en buscar el respaldo de los que pueden darle credibilidad. Un mentiroso sin móvil para la mentira, que no busca conseguir beneficios. Parece que racionalmente no podemos acusar a Cristo de impostor porque no hay indicios. Y lo más paradójico del caso: **logró hacer triunfar su engaño y lo logró después de ser muerto** cuando su magnética personalidad había sido totalmente destruida. Y lo logró a través de un grupo de pueblerinos que no tenían su genio, y que, para hacer triunfar semejante engaño, sólo tenían entre las manos un muerto. Hacer triunfar esa impostura, completamente desacreditada entre la sociedad, por tal muerte, sería una tarea prácticamente imposible.

Por tanto, sólo nos quedan ya dos posibilidades para contestar a la cuestión de si nos podemos fiar de Cristo: o estamos delante de un loco..., o puede ser que estemos delante de alguien que dice la verdad.

3 ¿SE ENGAÑA CRISTO? ¿ES UN LOCO?

Según esta hipótesis, habría sido un exaltado religioso, de cualidades naturales de sugestión extraordinarias, que creía próximo el fin del mundo y así lo anunciaba, y que quizá por el éxito que alcanzó con el pueblo y las curas milagrosas que lograba con su poder sugestivo, primero se creyó un enviado de Dios para anunciar el fin de este mundo y después llegó a creerse que era Dios.

Aquí también, lo que más llama la atención es la magnitud de esta locura. No es un trastorno leve. Este cuadro es el cuadro de un paranoico, y de un paranoico progresivo, que paulatinamente va perdiendo todo contacto con la realidad hasta llegar a sufrir ese delirio de grandeza divina.

Pero no se trata de un paranoico corriente, de los que exageran su valor desmesuradamente pero al menos conservan

intacto el juicio sobre su identidad personal. Cristo sería un megalómano tal, que hasta el propio sentido de identidad personal estaría trastornado, que es el trastorno más profundo, emocional y lógico, que puede acaecer a una persona. ¿Cómo va a poder pensar correctamente sobre nada, el que en aquello que es de intuición inmediata, la conciencia del propio yo, de la propia identidad personal, está equivocado?

Por consiguiente, no es sólo una distorsión en un campo concreto de su personalidad, pero que deja intactas las otras áreas: en el error de identidad es el propio centro del ser el que está desplazado, distorsionado, y esto necesariamente afecta a todo lo que se relaciona con el propio yo: es decir, todo. Uno que se cree Napoleón, se cree un hombre importante, al menos conserva su identidad como hombre; pero para uno que se cree Dios, incluso este último reducto de identidad queda trastornado. Es el trastorno integral de la personalidad humana. Estamos hablando del que sinceramente se lo cree, no del impostor.

Ante semejante cuadro psiquiátrico, la pregunta es: ¿encaja realmente Cristo en él? Veamos:

1 Hemos hablado de incapacidad de relacionarse con la realidad circundante y con las personas que nos rodean. Pues bien, Cristo dice: «Yo soy el pan de vida», pero al mismo tiempo se preocupa de alimentar a los que están escuchándole. Para alguien supuestamente ajeno a la realidad de los demás, no está mal. Alimentó a cinco mil, y querían hacerlo rey.

2 Alguien que ha perdido todo contacto con la realidad queda incapacitado para amar humanamente a los demás. Y resulta que nos encontramos con un Jesús que llora con amargura la muerte de su amigo Lázaro y por el dolor de sus hermanas, Marta y María.

3 Por otro lado la megalomanía lleva a creer que no hay nada ni nadie más importante que tú y que tus deseos. Tus opiniones deben ser respetadas sin más opción. Por ejemplo, Calígu-

la, después de ser proclamado emperador de Roma, quiso imponer en Roma una teocracia al estilo oriental y ser adorado como un dios, a la vez que gobernaba como un tirano. Su palabra era la ley, ¡y ay de quien osara llevarle la contraria! Y, sin contacto con la realidad, hizo senador a su caballo.

Alguien así además avasalla. Miremos a Nerón, para él no existían límites en sus caprichos: mató a su madre y condenó a muerte a Séneca para que nadie le molestara en su gobierno, lleno de tanta crueldad que no dudó en repudiar, envenenar, saquear, a su capricho; parece, incluso, que fue él quien ordenó el incendio de Roma. Esto sí es megalomanía.

¿Se parece esto en algo a Jesús? Él decía: «Dejad que los niños se acerquen a mí» y los trataba con ternura. Y cura a la hija de un centurión del Ejército romano, el mismo que subyugaba a los judíos. Y se preocupa por que nadie de los que van a apresarle en Getsemaní resulte herido.

Si Cristo era un megalómano tan trastornado como se hipotiza, ¿cómo es que predica un mensaje de humildad, de pobreza, de amor? ¿Cómo es que no participa de los delirios de grandeza de su propio pueblo? Los judíos esperaban a un Mesías triunfante, pero «mi reino no es de este mundo».

Extraño delirio de divinidad éste que supuestamente sufrió Cristo. Porque, en vez, de creerse un dios al uso de la época, su supuesta locura no encajaba en el esquema mental de un judío. No se creía una especie de líder religioso, se creía el mismo Dios... ¡y a la vez el Hijo de Dios!

Esto es una cosa muy extraña.

Todo esto resulta imposible de creer, porque, igual que un loco del siglo IX no podía creerse Napoleón o Hitler (porque no se les conocería hasta muchos siglos después); tampoco un judío de hace dos mil años sabía que Dios tuviera ningún hijo, es más, esto es lo último que se le habría ocurrido a un fanático religioso, practicante de una religión, la judía, monoteísta.

Realmente no parece que Cristo estuviera loco. Es más, ni siquiera sus enemigos le acusaron de loco. La acusación oficial fue de blasfemo, no de loco.

Los enemigos de Cristo perseguían desprestigiarlo. Pues bien, cuando una persona está tan profundamente trastornada, nada más fácil que acusarlo de perturbado delante del pueblo. Si realmente hubiera sido un demente, su locura sería de tal calibre que estaría a la vista de todo el mundo. Su locura sería tan evidente que tanto personas formadas como personas sin cultura alguna podrían darse cuenta... y sin embargo, esos enemigos que le persiguieron hasta colgarlo de una cruz no le acusaron de loco. Los escribas y fariseos, hombres inteligentes y preparados, le tomaron en serio y le acosaron, pendientes de hasta el detalle para enjuiciarlo. Verdaderamente, **todos los indicios nos llevan a rechazar la hipótesis de la locura.**

¿Cómo un megalómano de este calibre predica un mensaje de humildad, de pobreza, de amor...? ¿Cómo con este delirio desmedido de grandeza revela esa ternura hacia los pobres, enfermos... y proclama que lo que hicieran a uno de ellos a Él lo hacían? Y este desquiciado mental total crea un mensaje que a juicio de amigos y enemigos no ha sido superado. Un mensaje coherente, profundo, que despierta en nosotros algo muy grande...

Otra vez la gran paradoja que nos hace pensar: la ilusión suya está tan totalmente fuera de la realidad y, por otra parte, tan verosíblemente vivida; es decir, tan conforme a nuestra más profunda hambre de sentido, que fue capaz de superar el fracaso total, el desastre total; porque su muerte era para haber enterrado para siempre cualquier ilusión, cuánto más la suya.

Pero no sólo no sucedió esto, sino que sus discípulos, después de haber visto el fracaso total, no sólo siguieron ellos personalmente creyendo, sino que además lo abandonan todo, renuncian a todo y dedican su existencia a propagar esa ilusión, a pesar de que podían esperar con toda verosimilitud que por no ser verdad su fin iba a ser como el de su maestro: y se atreven a exigir renuncias enormes en nombre de esa ilusión.

Y esta creencia y entrega total de sus discípulos hasta la muerte, nótese bien, habría sido únicamente en virtud de la

fuerza de esa ilusión. Porque si Cristo no era Dios, si fue un iluso, no pudo haber resucitado. ¿Más locos ellos?

Por otro lado, si un loco vivo no puede convencer a nadie, ¿a quién va a convencer un loco muerto y fracasado, y fracasado precisamente en y por su locura?

Esto hay que explicarlo. Si no están diciendo la verdad, Él y ellos por locos, hay explicar cómo fue posible que sucediera y se extendiera tanto.

El abismo al que nos asomamos: al final de las posibilidades analizadas con rigor nos encontramos con esta conclusión: el personaje histórico cuya figura y mensaje no han sido superados por alguna otra figura, como reconocen incluso quienes no creen en Él, es o un impostor o un perturbado mental, o puede estar diciendo la verdad. Pero no es razonable pensar que engañara ni se engañara, y no es razonable porque no hay indicios.

Entonces, ¿no será que realmente Cristo es aquello que dice que era? Porque si para explicar un hecho sólo hay tres hipótesis posibles, y dos de ellas de ninguna manera pueden encajar en los hechos que hay que explicar y la otra los explica plenamente, ¿no será porque es la verdadera? ¿O hay otra?

Por eso, ese empeño tenaz en no dejar a Cristo presentarse a declarar en el banquillo de los acusados. Y de ahí, ese querer probar que la divinización de Cristo fue un proceso de las primeras generaciones cristianas: porque se veía venir el resultado de afrontarlo directamente. Nos llevan, sin pretenderlo, a una conclusión necesaria: si Él no fue eso que leemos, lo fue el que siglos después inventó una cosa tan sobrehumana:

«¿Podremos decir que la historia del Evangelio se inventó por capricho? Amigo mío, no es así como se inventa. Las obras de Sócrates, de las que nadie duda, están menos atestiguadas que las de Jesucristo. En el fondo es desviar la dificultad sin resolverla. Es más inconcebible que muchos hombres hayan compuesto este libro de común acuerdo que admitir que uno solo haya proporcionado el tema. Nunca

los autores judíos habrían hallado ni este tono ni esta moral. El Evangelio tiene rasgos de verdad tan grandes, tan evidentes, tan perfectamente inimitables que su inventor sería más grandioso que el héroe»¹.

El final de nuestro análisis nos muestra claramente que si Cristo no es ni un impostor ni un loco, tiene que ser verdad lo que Él pretende ser. Ahora bien, esto no es una prueba de que lo sea. No puede probarse científica o lógicamente una pretensión semejante, cualquier prueba sería falaz. Pero sí es un camino de llegar a una razón suficiente, la suma y convergencia de indicios, la ausencia de razones contrarias de peso, el atractivo de su figura hacen razonable, muy razonable y humana la certeza moral de que la pretensión de Cristo es verdadera.

Esto no es suficiente para creer pero sí para suplicar esa fe a esa Presencia que parece estar ahí, me lo dice el corazón y la cabeza, pero yo solo no puedo llegar, Él tiene que ayudarme.

Sólo puedo verificar si es verdad siguiéndolo: «Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y al ver que le seguían dijo “¿Qué buscáis?”. Ellos le respondieron: “Rabbí, ¿dónde vives?”. Les contestó: “Venid y lo veréis”» (Jn 1, 37-39). «La doctrina que Yo enseño no es mía sino de Aquél que me ha enviado. El que esté dispuesto a hacer su voluntad podrá experimentar si mi doctrina viene de Dios o es mía» (Jn 7, 16-17). La certeza irá fortaleciéndose.

4 EL GRAN SIGNO DE CREDIBILIDAD: SU RESURRECCIÓN

Este hecho es central para verificar la credibilidad de Cristo. ¿Cómo puedo seguir a Cristo si está muerto? Él lo anunció anticipadamente, los discípulos la testimoniaron una vez muerto Él. Tenemos que hacer cuentas con este hecho histó-

¹ ROUSSEAU, *Emile* I, V.

rico, de frente: ¿son creíbles ellos en semejante anuncio? En rigor, hay que verificarlos a ellos, porque a Él ya lo hemos sometido al examen de credibilidad, y porque ahora son ellos los que siguen con la historia. Si supuestamente Él está muerto, y ellos proclaman su resurrección, ¿cómo nos explicamos ese hecho histórico?

Importante es subrayar que nuestro enfoque es histórico, ¿cómo se explica algo que pasó?, ¿qué hipótesis da cuenta de todos los datos que tenemos? Si la resurrección de Cristo es verdadera, no puede demostrarse positivamente, pero sí mostrarse como única hipótesis razonable para explicar unos hechos históricos tal como sucedieron. Si la hipótesis de la resurrección violenta los hechos y, por lo tanto, es inaceptable para la razón, la rechazaremos. Pero hay que notar que superar la comprensión no es igual que violentar sus reglas. Así pues, verifiquemos esta hipótesis.

¿Qué panorama encontramos al día siguiente de la crucifixión? En aquel día 14 del mes judío de Nisan, tras la furia y la sangre, sólo se oyó el ruido seco de la gran piedra rodada para cerrar el sepulcro prestado, por humanidad, por José de Arimatea. Mientras caían las tinieblas, las últimas mujeres se volvieron a casa. Dolor, vergüenza, desolación, fracaso..., ¿qué quedaba sino un cuerpo muerto, destrozado? Soledad. Ni siquiera le lloraron abiertamente, porque a los condenados a muerte no se les llora. Ni siquiera le acompañaron todos sus discípulos.

¿Dónde están los que habían dicho «moriremos contigo si hace falta»? No están. Judas, el traidor, se ha suicidado. Pedro le ha negado tres veces, lleno de miedo. Todos han huído, están escondidos porque todo en lo que creían se ha acabado a la vista de todo el mundo. Su Señor ha muerto como un criminal, apaleado, azotado, entre risas y burlas, escupido, denigrado... ¿Dónde están sus seguidores? Ni siquiera van a ungir el cadáver, ni siquiera colaboran en las labores de sepultura.

Comienza el sábado de la soledad en el sepulcro y de la desesperación en el corazón de los discípulos. Será el día del

silencio, frente a un sepulcro que nadie esperaba que pudiera abrirse nunca. La esperanza reposa en el frío del sepulcro. El Cielo guarda silencio y la muerte parece triunfar.

Y, de repente, la mañana del domingo esos hombres y mujeres asustados se vuelven locos de alegría, empiezan a decirse unos a otros que Cristo ha resucitado, que ha vencido a la muerte, que ha demostrado definitivamente que es Dios, que ellos le han visto, que han comido y hablado con Él, sin miedos, llenos de inmensa alegría, transformados (como si de pronto hubieran entendido todo, como si hubieran visto la Luz, la Verdad). Y lo hacen en Jerusalén, delante de las autoridades judías y romanas que han condenado y matado a Cristo hace sólo unos días, delante del pueblo que prefirió a Barrabás en vez de a Jesús, delante de todos los que creían que habían acabado definitivamente con este grupo de «nazarenos».

A escasos metros de la cruz, estos hombres y mujeres pasan del miedo a la fe, de la desesperanza a la confianza, de la confusión a la certeza, de la cobardía a la voluntad inquebrantable. Algo muy grande ha tenido que suceder. Siguen siendo Pedro, Juan, Tomás... pero ya no son los mismos. Se lanzan a predicar un mensaje que no empieza con programas socio-políticos, máximas ejemplares o indicaciones morales. **Estos hombres aseguran a todo el mundo que Cristo está vivo y que todos hemos sido salvados por Él, y que por el Espíritu Santo nacemos a una vida nueva.**

Realmente ha tenido que pasar algo para que se produzca este cambio tan espectacular. Si les preguntáramos a los discípulos, contestarían sin pestañear: «Lo que ha pasado es que **Cristo ha resucitado**». Sin más adornos, con el estilo directo de quien ha sido testigo de un hecho y lo cuenta como lo ha visto. De repente, el sepulcro es olvidado, nadie venera ya a un muerto.

El fracaso se ha convertido en triunfo. El mensaje de Cristo ha triunfado y dos mil años después hay millones de personas que dicen que **Cristo sigue hoy aquí, vivo.**

Este hecho hay que verificarlo con todo rigor, puede esconder algo grande, nos dicen la cabeza y el corazón, gran mentira o gran verdad. El cambio radical en los discípulos a sólo tres días del fracaso más absoluto. **¿Cómo se explica todo esto? ¿Qué explicación puede realmente dar cuenta de todos los datos que tenemos de los relatos?**

Existen sólo cuatro posibilidades:

- A Es **mentira**, los discípulos engañaron a todos inventándose una mentira.
- B Los discípulos se **engañaron a sí mismos**, eran unos pobres alucinados, locos.
- C Es **un mito** inventado por los primeros cristianos a partir de un hecho histórico, la existencia real de Cristo, al que se le fueron añadiendo cosas hasta terminar en el mito de la resurrección.
- D **O es verdad**, esos relatos simplemente cuentan lo que pasó. Cristo ha resucitado, por tanto, podemos fiarnos de Él.

La tercera ha sido descartada en el capítulo sobre la credibilidad de los Evangelios, **no son una leyenda ni un mito inventado** siglos después de los hechos reales. Veamos pues las dos primeras.

A) Los apóstoles engañaron

Si es mentira, ¡qué mentira!

Jean Guitton dijo: «Si Cristo no ha resucitado, dejaría escrito en mi testamento: he sido engañado y he engañado a cuantos he encontrado en mi vida». El mismo san Pablo: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, y vana también nuestra fe» (1Co 15).

Efectivamente, si Cristo no ha resucitado, los cristianos sólo podrían venerarle como maestro, pero no como Dios, y millones de personas estarían equivocadas. Y, una mentira de este calibre ¿cambia la historia como ninguna teoría o

movimiento social? La mentira más grande y eficaz que se ha conocido.

Aparte de que una mentira tan grande es insostenible, detengámonos en un hecho: los primeros cristianos **sostuvieron esta supuesta mentira hasta el extremo de morir por ella**. Pues bien, alguien que inventa algo no muere por ello. ¿Qué clase de mentiroso sostiene algo a costa de su propia vida? Alguien que hace esto no es un impostor, es simplemente un loco. Ya nos ocuparemos de esa posibilidad en el siguiente apartado.

Si hubiera habido un montaje para conseguir algo, ¿cómo es que nadie traicionó a los demás? Ya entre los Doce hubo un Judas que traicionó a Cristo; así que cuanto menos es llamativo que ninguno de éstos, en medio de las persecuciones que tuvieron que sufrir, dijera: «Esto no es más que una mentira, perdónenme la vida». Nadie confesó, libremente o bajo tortura, que toda la historia de la resurrección fuera un timo deliberado. Aun cuando algunos cristianos negaron a Cristo y adoraron al César, bajo la presión de la tortura, nunca desvelaron una «mentira» para salvarse.

Otra «razón insuficiente»: si algo así se lo inventó alguien, es un genio mayor que Shakespeare, Dante o Tolkien, en creatividad e inteligencia. Una historia inventada por simples pescadores no cambia el rumbo de la historia de la humanidad, así que el inventor tendría que ser más grande que el héroe de la historia. Por si esto fuera poco, esta supuesta mentira viola las reglas de una buena mentira: no hay credibilidad de los testigos, no es verosímil...

- **¿Tenemos testigos creíbles?**

Las primeras en ver a Cristo vivo, resucitado, son mujeres: María Magdalena, María de Cleofás, María (madre de Santiago el menor y José), Salomé, Juana y otras más. Así aparece en los Evangelios, con el estilo directo de quien recoge testimonios directos. ¿Mujeres dando testimonio a hombres asustados y escondidos? Flavio Josefo (historiador

judío del siglo I) relata en sus *Antigüedades judaicas*: «Los testimonios de mujeres no son válidos y no se les da crédito entre nosotros, por causa de la frivolidad y la desfachatez que caracterizan a este sexo». Los romanos no daban tampoco ningún valor a la palabra de una mujer. Celso: «Los galileos creen en una resurrección atestiguada tan sólo por algunas mujeres histéricas». Y para la primitiva comunidad cristiana aceptar que habían sido mujeres las primeras en testimoniar a Cristo vivo no fue nada fácil, esto también violentaba su mentalidad; Pablo (1Co 15, 3) no cita mujeres en su lista de testigos de la resurrección, en un pasaje clave del capítulo sobre la credibilidad de la resurrección a los cristianos griegos remiso a una fe como ésa.

Dar tanta importancia en los relatos de la resurrección al ir y venir de unas mujeres valientes y piadosas mientras los apóstoles brillan por su ausencia, ciertamente no favorecía la credibilidad de esos relatos. El inventor de la leyenda, para hacerla creíble, no la fundamentaría en tales testigos. Si, por otra parte, los escritores simplemente reportan lo que vieron, tienen que decir la verdad, a pesar de sus inconvenientes sociales o legales.

Los apóstoles eran personas simples, normales. Su sinceridad la prueban sus hechos, su predicación de esto que vieron, su martirio. El cambio en su vida, del miedo a la proclamación, sugiere una causa muy fuerte para dicho cambio personal. ¿Puede una mentira producir eso?

No había motivos para tal mentira. ¿Qué ventaja conseguían con lo que seguramente les traería problemas, odios? Mentirosos y tontos, realmente. El primer requisito de una buena mentira (credibilidad) no se cumple. ¿Y el segundo (verosimilitud)?

- **¿Es creíble la historia de la resurrección de Cristo?**

Ya lo hemos dicho: puestos a mentir, los apóstoles se hubieran inventado algo que fuera verosímil, que encajara con la mentalidad de los judíos. Pues bien, una resurrección

como la de Cristo no cabía en el pensamiento judío. Los sectores del judaísmo, no todos, que creían en la resurrección esperaban una resurrección escatológica y universal. Esperaban una especie de Mesías, que vendría glorioso al final de los tiempos para resucitar a todos los muertos, para ser sometidos al juicio final. **Que Jesús hubiera resucitado en solitario y antes del final de los tiempos era simplemente un absurdo para la mentalidad judía.**

Lo que afirman los apóstoles no es que han tenido una visión de Cristo, sino que han visto a Cristo resucitado. Hay pruebas de que saben distinguir entre visiones, apariciones, lo que creían fantasmas, y esto (la resurrección), como diremos más abajo. Lo que lógica y psicológicamente tenían que haber dicho era que habían tenido una visión de Cristo, que es lo que entra en los esquemas de aquella época. ¿Cómo dieron el salto a afirmar que se les había aparecido resucitado?

A los apóstoles jamás se les hubiera podido ocurrir interpretar aquellas apariciones que afirman haber tenido, como una resurrección. Porque la única idea de cuerpo resucitado que podían tener era la de un cuerpo que retorna a la misma vida que llevaba antes, como Lázaro o el hijo de la viuda de Naim o la hija de Jairo. Pero un cuerpo humano que aparece y desaparece, que entra y sale de habitaciones cerradas, que come y es tocable con el dedo... esto jamás se les hubiera podido ocurrir. Esto es lo verdaderamente desconcertante: que afirmen que es un cuerpo algo que actúa así. Si no fuera porque habían experimentado la corporeidad, sólo por la mera visión jamás hubieran llegado a afirmar que era el cuerpo de Cristo resucitado.

Los apóstoles sabían que aquellas experiencias que ellos tenían eran muy parecidas a esas visiones, apariciones de muertos o fantasmas en que ellos creían: Tomás no quiere visiones (Jn 20, 24); Cristo resucitado quiere ser palpado para que reconozcan esa diferencia (Lc 24, 36); no hablan de fábulas ingeniosas, sino después de haber visto con sus propios ojos (2Pe 1, 16-18). Y sin embargo, sin dudar, poniendo a Dios por

testigo y conscientes de las consecuencias que de ello se siguen, afirman que no es un fantasma sino que es Cristo resucitado.

¿Iban a fundar sobre estas apariciones su fe en la divinidad de Cristo, si no estaban plenamente seguros de haberlo palpado? Porque, no olvidemos, fue la creencia en la resurrección lo que les hizo descubrir finalmente la persona de Cristo en su divinidad y en su mesianismo. Pero ¿cómo iban a creer algo tan inaudito para un judío como el que Dios tenía un Hijo igual a Él, éste que había resucitado? ¿No estarían cayendo en el pecado peor para un judío como era la idolatría? ¿Iban a hacer caer a otros judíos en ese mismo pecado?

Además, ellos se sentían obligados, por aquellas apariciones, a cambiar totalmente el rumbo de su vida.

Y, si todo esto no les impresionaba, había que pensar en lo que arriesgaban. ¿Cómo iban a reaccionar los enemigos de Cristo cuando se vieran acusados públicamente de ser los asesinos de éste? Esos hombres no jugaban, y ellos sabían lo que habían hecho con su Maestro, a pesar de su arrastre popular.

Y tenían que calcular que no sólo se trataba de creer ellos, sino que **tenían que hacer creer a otros y en virtud de esa fe, les iban a exigir una rendición incondicional de sus vidas a aquel Jesús, que sabían cómo había terminado. Y el argumento principal que tendrían que usar, porque era el único realmente decisivo, era el de que, aunque había muerto de aquella manera, sin embargo había resucitado. ¿Esperaban que les creyesen, de no haberlo ellos tocado?**

Sólo había una manera de poderlos convencer: con datos tangibles, verificables, diciéndoles que ellos habían comido con Él, que le habían tocado, etc. Y si sólo para convencer lo inventaban, entonces estaban cometiendo un fraude y ellos lo sabían. Porque no eran detalles para embellecer unas narraciones, eran hechos decisivos. Porque sobre esos hechos está fundado el cristianismo, porque fueron los que convencieron a sus seguidores (y a ellos mismos) de que se trataba de una verdadera resurrección.

De no ser así, el cristianismo estaría fundado sobre una superchería, y Cristo al lado de esos apóstoles sería un pigmeo. Ellos serían los fundadores.

Un engaño que no falló de ninguna forma: por un traidor que denunciase semejante mentira, por contradicciones en la historia contada, porque las autoridades aportasen el cadáver... Además, ningún judío pensaba que el Mesías tenía que morir. Pues si el Mesías no moriría, mucho menos iba a resucitar.

Ya hemos dicho que las pocas resurrecciones de las que hay constancia en las Sagradas Escrituras son una vuelta temporal a la vida terrena; ninguna como la de Jesús: para una nueva y permanente forma de vida, para la eternidad. ¿Quién iba a creer a este puñado de pescadores incultos que, hablaban de una especie de resurrección incomprensible? **Nadie atestiguó que fuera una mentira deliberada, ni bajo tortura ni bajo soborno. Hubiera sido aireado a los cuatro vientos por esos poderes afectados.**

Si sumamos todos los datos aportados hasta ahora, la balanza se inclina a su favor: no estamos ante una mentira de los apóstoles.

Pero cuando definitivamente la hipótesis de la mentira se hace insostenible es si nos cuestionamos qué hicieron los enemigos de Jesús, los que le habían condenado y ejecutado. Si los apóstoles estaban mintiendo, en verdad estaban siendo muy molestos. El sumo sacerdote con el Sanedrín en pleno había afirmado: «Os prohibimos severamente enseñar en ese nombre, y sin embargo habéis llenado Jerusalén con vuestra predicación y queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de ese hombre» (Hch 5, 28). Nada más fácil para el Sanedrín que presentar el cadáver (o los guardias heridos o muertos cuando el cadáver fue robado). Que no lo hicieran sólo tiene una explicación: no había cuerpo que presentar, no había cadáver, el sepulcro estaba vacío.

El hecho de que lo proclamaran todo en Jerusalén, delante de todos esos enemigos amenazados, sólo unos días o semanas después de los hechos, y que triunfaran, indica que hablaban de algo real. Que no pudo ser refutado o desmontado por enemigos tan fuertes e interesados en hacerlo. El sentido común habla de que no es posible si no hay algo más.

Y el sepulcro vacío sólo ofrece dos posibilidades: o alguien ha robado el cuerpo o realmente Cristo ha resucitado.

Si el cadáver de Cristo fue robado, ¿quién lo hizo? Parece claro que no fueron ni judíos ni romanos. ¿Para qué crearse problemas de esa manera, y más con lo que había habido alrededor del difunto, de movimientos molestos y gente sospechosa? ¡Si los propios judíos solicitaron a Pilatos poner guardia en el sepulcro, para evitar el robo del cadáver y la consiguiente mentira sobre la resurrección!

La única posibilidad que queda es que lo robaran los cristianos. ¿Cómo lo hicieron? O por la fuerza o mientras dormían los guardias. La escena del supuesto robo era ésta: una tumba excavada en la roca y cerrada por una piedra de tonelada y media. Delante del sepulcro, una guardia puesta *ex profeso* para evitar el robo; soldados profesionales. Y lo que hoy se conoce por precinto judicial o policial: el sello del templo, una cuerda que pasa de un lado a otro de la roca que tapa la entrada, pegada en los extremos con una sustancia parecida a la cera, el lacre con el símbolo del templo, representativo de que toda la autoridad religiosa y toda la política prohibían siquiera intentar remover aquella piedra. No es creíble que vencieran éstos a unos soldados bien advertidos.

En el supuesto de que unos rudos y atemorizados pescadores hubieran ganado en la pelea contra unos soldados profesionales, puestos ahí precisamente para evitar el robo, ¿la lucha no hizo ruido en la silenciosa noche de Jerusalén llena de peregrinos que dormían dentro y fuera de la ciudad, donde podían? ¿Qué hay del tumulto que hubiera causado que unos judíos sometidos al poder de Roma se hubieran

enfrentado a soldados del Imperio? ¿Y dónde están los guardias heridos y los muertos en la lucha? Si los hubiera habido, nada más fácil que presentarlos ante el pueblo para probar la mentira de los apóstoles.

Sólo nos queda ya pensar que el cuerpo fue robado mientras la guardia dormía. Pues bien, para empezar, si un soldado romano se dormía durante su guardia, el código de honor militar romano exigía que muriese a bastonazos propinados por sus propios compañeros, o quemado sobre su propia capa. ¿Y se durmieron los guardias? ¿En una misión que, además, no era rutinaria sino pedida expresamente ante un peligro probable? Además, ¡vaya sueño! En medio del silencio de la noche, a pocos metros de donde vigilaban, un sello de fuertes cuerdas y lacres es roto por alguien que, a continuación, corre una piedra de tonelada y media, ¿y los guardias siguen durmiendo sin ningún sobresalto? Realmente, esta hipótesis del robo sigiloso es bastante insostenible.

Si en efecto los apóstoles hubieran robado el cadáver, después andaban por Jerusalén abiertamente, hablando de ese muerto en público, diciendo a las autoridades que ellos eran los responsables de esa muerte... ¿Y nadie los juzga por romper el sello sagrado del templo, o por profanar una tumba y robar un cadáver?

Realmente, la razón nos lleva a que lo único que por el momento podemos afirmar acerca de la resurrección es que, por lógica, no es una mentira; y que tenemos un sepulcro inexplicablemente vacío.

B) Los apóstoles se engañaron

Eliminada la primera hipótesis, quizá esta explosión repentina de alegría, esperanza y valentía sea simplemente la consecuencia de una alucinación, porque de eso se trataba. Es decir, podría pensarse que los discípulos —hundidos en el fracaso total, emocional y psíquicamente destrozados y sugestionados por las palabras de Cristo— sufrieron una alucinación. Más de algún estudioso lo ha hipotizado.

¿Alucinaron los discípulos? Porque, como puede verse en cualquier manual de psiquiatría, de esto se trata, hablando con propiedad científica.

Ante esto lo primero que tenemos que decir es que queda descartado que los discípulos estuvieran sugestionados por Cristo. Jesús sólo les habló tres veces de su resurrección. De hecho, en ninguna de las tres ocasiones los discípulos comprendieron a qué se refería Jesús. Ya lo hemos visto, en su mentalidad judía no cabía que el Mesías tuviera que morir y mucho menos resucitar.

Dicho esto, **veamos las características de una alucinación:** se trata de una patología sufrida por personas que, después de un trastorno psíquico y/o circunstancias provocadoras de fuertes emociones, proyectan fuera lo que tienen dentro y no son capaces de distinguir entre el mundo exterior y el interior, entre la sensación subjetiva y la realidad objetiva.

Ahora bien, los estudios psiquiátricos revelan que ninguna alucinación de este tipo va nunca acompañada de la duda sobre lo que se cree haber visto o percibido. El visionario o el alucinado no duda nunca. Sin embargo, María Magdalena, los discípulos de Emaús, los protagonistas de las supuestas alucinaciones, en fin, dudan. Es más, en tres ocasiones no reconocen a Jesús en un primer momento, y esto sí que no es posible: ¿mi proyección hacia el exterior de un deseo subjetivo mío se produce y yo no reconozco al personaje que es precisamente producto de mi mente?

Hay más. Una alucinación dura, normalmente, unos segundos o unos pocos minutos; es raro que dure horas. Ésta convivió con ellos cuarenta días. Las patologías alucinatorias son progresivas hasta la ruptura total de la personalidad, pero ésta duró sólo esos pocos días. Además, estaríamos hablando de alucinación colectiva (María Magdalena, los once en el cenáculo, los discípulos de Emaús, los pescadores de la playa... y más de quinientos hermanos reunidos; y el mismo Saulo, nada predispuesto subjetiva-

mente, sino lo contrario, a este fenómeno). **Una alucinación colectiva no es posible.**

Claro que, es posible que la sufriera uno y luego sugestionara a los demás que estaban predispuestos. Entonces, ¿cómo se explica que Pablo viera también al Resucitado? Tres años después de la desaparición de Jesús, un hombre que perseguía a los cristianos, que los odiaba... No es posible que estuviera sugestionado por la supuesta locura de aquéllos a quien perseguía precisamente por considerarlos una especie de desequilibrados peligrosos.

Por otro lado, las alucinaciones nacen de dentro, de lo que uno ha vivido o sabe, por lo menos inconscientemente. Ésta dijo e hizo cosas sorprendentes (Hch 1, 4-9), como persona real y no como un sueño. Aparecía y desaparecía, pero comía. Los apóstoles no hubiesen creído en la alucinación si el cuerpo estuviese todavía en la tumba. Porque si alucinaron, ¿dónde estaba el cuerpo? Lo hubieran buscado para verificar, y si estaba ahí no hubiesen creído.

Los testigos eran cualificados, en cuanto no propensos a estas cosas. Gente sencilla, honesta, sana, trabajadora, con un conocimiento de primera mano de los hechos. Ciertamente las autoridades del Sanedrín no los trataron como dementes, cosa que hubiera sido fácil hacer ver por muchos otros rasgos de su personalidad que se manifestarían a la vista de todos.

Finalmente, la alucinación explicaría sólo las apariciones posteriores a la muerte, no la tumba vacía, la piedra del sepulcro corrida, o la pérdida del cadáver. La única hipótesis que explica todos los datos es la resurrección.

Si ellos alucinaron y expandieron semejante engaño, las autoridades judías o romanas podían haber fácilmente parado ese engaño mostrando el cadáver. Y si los discípulos lo habían robado, volvemos a la teoría del engaño voluntario y doloso.

Parece que otra vez la razón nos lleva a concluir que no se trata tampoco de una alucinación.

- **Conclusión**

Nadie, nunca, ha dado una explicación alternativa a la resurrección que satisfactoriamente explique:

- La existencia de los relatos de las apariciones post-resurreccionales en los Evangelios.
- El origen de la fe cristiana.
- El fracaso de los enemigos de Cristo para parar esta mentira aportando el cadáver.
- La existencia de la tumba vacía.
- La piedra rodada, etc.

Esto nos hace ver que esta segunda hipótesis, la de que los primeros cristianos se hayan engañado a sí mismos, en todo esto, no es sostenible razonablemente.

Así que ya sólo nos queda la hipótesis del mito para explicar la resurrección... **o que sea verdad que Cristo ha resucitado, y sigue vivo...**

Pero si resucitó de verdad Jesús de Nazaret, eso plantea una cuestión capital: ¿dónde está?, ¿dónde encontrarlo? Si esto queda sin resolver, todo el camino recorrido se vuelve inútil.

¿Y LA IGLESIA?

¿Puede realmente la Iglesia acercarme a Cristo?

¿Quiso Cristo la Iglesia?

1 ¿CÓMO LLEGAMOS A ESTA PREGUNTA?

La pregunta viene de lejos, o mejor dicho, de muy hondo:

- Hay en cada uno de nosotros un irreprimible instinto de saber si merece la pena vivir. Y no tomarlo en serio es poco racional y humano. Es renunciar a vivir.
- Si la vida nos es dada, el que nos la dio debe saber para qué. Es instintivo y racional volverse a Dios para buscar esa respuesta. Si Dios existe debe poder responder a eso, si no, ¿qué Dios es ése? ¿Impotente? Si Dios puede responder y no lo ha hecho, ¿qué Dios es ése? ¿No le importamos?
- Lo más racional, serio y humano es sospechar que Dios ha hecho algo, aunque es evidente que no ha sido algo fulgurante que todos han reconocido sino algo que, de existir, está más o menos escondido en la historia. Es lo más racional y humano porque: si Dios no existe, cómo explico una necesidad tan profunda de un sentido que no está en mí, no soy contradictorio, soy un enigma. Si es Dios y no puede ayudarnos en esto... esa idea de Dios no es muy racional. Si puede y no lo ha hecho, tampoco la idea de un Dios malo o indiferente es demasiado racional.
- Cristo toma en serio esa necesidad y pretende ser su solución. Pretende salvarnos de la angustia de no poder responder a eso. Si fuera verdad todo cambia, si no ha sido un pobre iluso. Pero existen indicios muy fuertes de que

cumpla lo que promete (el cristianismo y un cristiano serio que me haya encontrado), no investigarlo es menos racional que afrontar esa pretensión, es arriesgarse a dejar pasar una muy probable solución a lo más importante en la vida.

- Puedo conocer con seguridad histórica lo que Cristo dijo e hizo a través de los Evangelios y otros escritos cristianos. Se pueden tomar con tanta o mayor seguridad como cualquier otra fuente de conocimiento de la historia antigua, griega o romana. Considerarlos como poco históricos, sea como una invención engañosa o un mito piadoso, es poco científico y racional a la luz de la documentación aducida y de los análisis literarios, arqueológicos y documentales que hemos aportado.
- Los Evangelios, leídos con la seriedad de quien busca saber para qué vive, presentan un Jesús que se me ofrece para perdonar mis pecados, para aliviar mi sufrimiento, para superar mi muerte, para acompañarme siempre como Dios realmente hecho hombre. Esto es inaudito, y lo dijo en serio, y lo pretendió apoyándose en unas obras que todos admitían como extraordinarias. Este hombre extraordinario suscita en nosotros algo especial, la intuición de que quizá Él es mi razón de ser. Ello toma cuerpo como una apremiante cuestión. **¿Quién es éste que me ofrece eso pero me pide seguirlo para conocerlo y comprenderlo?**
- Ante semejante pretensión de ser Dios para mí, sólo caben tres posibilidades: que me engaña, que se engaña o que debe ser verdad aunque yo no lo comprenda del todo. No hemos encontrado indicios de que Cristo fuera un impostor del calibre de uno que dice ser Dios, Mesías, etc.
- Tampoco indicios de que sea un loco con un grado de perturbación tal de creerse Dios mismo, un judío que se creía Yahvéh. Por tanto, hay más razones para inclinarse a una fuerte sospecha de que dice la verdad, una verdad que me supera pero que está ahí, sin imponerse a mi libertad.

- Además hemos analizado que lo más inaudito de todo, el que haya resucitado, también tiene más indicios de ser verdad que de ser un fraude o una locura de los que lo afirman. Si lo fuera hay más cosas oscuras que antes, ¿cómo se explican los textos? ¿Cómo se explica el cristianismo como el fenómeno que más ha influido en la historia? ¿Puede entenderse el cristianismo histórico sin una Iglesia verdadera? ¿Se improvisó todo eso, o salió así por casualidad? ¿Estamos todos locos?

Por tanto ¿dónde está Cristo? ¿Dónde lo encuentro para verificar todo esto? ¿Hizo algo Él al respecto ya que pretendía ser respuesta para todos, es decir, para nosotros también?

La Iglesia tiene la pretensión de ser la presencia actual de Cristo para nosotros. En una Eucaristía cualquiera de un domingo, dice la Iglesia que ahí está entregándose su Cuerpo y su Sangre. A través de un sacerdote cualquiera dice la Iglesia que Dios, el único que puede hacerlo, puede darme el perdón de mis pecados. Realmente la pretensión de la Iglesia es casi más sorprendente que la de Cristo, si cabe. Por eso al preguntarnos ¿y **la Iglesia?** ahora, al final del camino recorrido, nos damos cuenta que esa pregunta viene de lejos, o mejor, de muy hondo, y surge de esa presencia con esta pretensión que en este punto se me pone delante.

2 LA PREGUNTA PERTINENTE

Para poder formular un juicio certero sobre lo que una cosa es, hay que acercarse a ella y verificarlo. Si me acerco con un prejuicio, impido la posibilidad de que el objeto sea conocido como es porque no se presente como a mí me parece que se debería presentar. Poco científico o serio. Entonces es bueno identificar cuál es la pregunta que hemos de hacerle a la Iglesia, o al Cristo que hemos estado estudiando.

Puede formularse de varias maneras equivalentes: ¿qué hizo Cristo, si resucitó como parece, para quedarse con nosotros como prometió? Porque no está por ahí visiblemente, tal como estaba en Galilea hace dos mil años ¿Quiso Él la Iglesia o no? ¿Para qué la quiso? La Iglesia dice muchas cosas, sobre la familia, la paz, Dios... pero dice una que la descalifica completamente de ser mentira, y es que quien se acerca a ella puede conocer a Cristo, por tanto, **¿puede la Iglesia darme a ese Cristo que se me propone como camino, verdad y vida, que me perdona...?** Es la pregunta que nos va llevando en la reflexión. Puede ser una pregunta retórica, hecha detrás de un escritorio o en torno a un café. Pero también puede hacerse en circunstancias dramáticas y encontrar una respuesta en la vida misma. Es el caso del cardenal Van Thuan, cuya experiencia como prisionero en un campo de concentración en Vietnam habla por sí sola. Pocos días después de ser consagrado obispo, fue arrestado; trece años de cárcel dieron mucho de sí. He aquí una de sus experiencias¹:

«Cuando me arrestaron, tuve que marcharme enseguida, con las manos vacías. Al día siguiente me permitieron escribir a los míos para pedir lo más necesario: ropa, pasta de dientes... Les puse: “Por favor, enviadme un poco de vino como medicina contra el dolor de estómago”. Los fieles comprendieron enseguida.

»Me enviaron una botellita de vino de Misa, con la etiqueta: “medicina contra el dolor de estómago”, y hostias escondidas en una antorcha contra la humedad.

»La Policía me preguntó:

»—¿Le duele el estómago?

»—Sí.

»—Aquí tiene una medicina para usted.

»Nunca podré expresar mi gran alegría: diariamente, con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano, celebré la Misa. ¡Éste era mi altar y ésta era mi cate-

¹ F.X. NGUYEN VAN THUAN, *Testigos de esperanza*, p. 145 y s.

dral! Era la verdadera medicina del alma y del cuerpo: “Medicina de inmortalidad, remedio para no morir, sino para vivir siempre en Jesucristo”, como dice Ignacio de Antioquía.

»En el campo de reeducación estábamos divididos en grupos de 50 personas; dormíamos en un lecho común; cada uno tenía derecho a 50 cm. Nos arreglamos para que hubiera cinco católicos conmigo. A las 21:30 había que apagar la luz y todos tenían que irse a dormir. En aquel momento me encogía en la cama para celebrar la Misa, de memoria, y repartía la comunión pasando la mano por debajo de la mosquitera. Incluso fabricamos bolsitas con el papel de los paquetes de cigarrillos para conservar el Santísimo Sacramento y llevarlo a los demás. Jesús Eucaristía estaba siempre conmigo en el bolsillo de la camisa.

»Una vez por semana había una sesión de adoctrinamiento en la que tenía que participar todo el campo. En el momento de la pausa, mis compañeros católicos y yo aprovechábamos para pasar un saquito a cada uno de los otros cuatro grupos de prisioneros: todos sabían que Jesús estaba en medio de ellos. Por la noche, los prisioneros se alternaban en turnos de adoración. Jesús eucarístico ayudaba de un modo inimaginable con su presencia silenciosa: muchos cristianos volvían al fervor de la fe. Su testimonio de servicio y de amor producía un impacto cada vez mayor en los demás prisioneros. Budistas y otros no cristianos alcanzaban la fe. La fuerza del amor de Jesús era irresistible.

»Así la oscuridad de la cárcel se hizo luz pascual, y la semilla germinó bajo tierra, durante la tempestad. La prisión se transformó en escuela de catecismo. Los católicos bautizaron a sus compañeros; eran sus padrinos.»

Verdaderamente, la Iglesia puede dar a Cristo cuando parece imposible.

3 ¿QUISO CRISTO LA IGLESIA?²

Cualquier buen libro de teología, o el Catecismo de la Iglesia católica puede mostrar esto fácilmente, y con gran amplitud. Aquí nos ceñimos a unas pocas citas que lo presentan con claridad.

- Mc 1: lo primero que anuncia el evangelista Marcos es que «el tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca. Convertíos y creed». Aquí destaca que la imagen de reino claramente hace referencia a una realidad social, no a su sola presencia personal, el rey tiene un reino. Y esto en consonancia con lo que esperaba el pueblo de Israel, que se sabía un pueblo organizado como Reino de Dios entre los hombres.
- Mc 1,17: «Venid conmigo y os haré pescadores de hombres». También apunta en esa dirección.
- Mc 3: le sigue mucha gente, ya había escogido a algunos para que le siguieran pero ahora selecciona a doce de entre ellos, por su nombre, para que «estuvieran con Él y para enviarlos a predicar con poder de expulsar demonios» (vv 13-19).
- Lc 10: envía al grupo de los setenta y dos «y los envió por delante, de dos en dos, a todas las ciudades y sitios donde Él había de ir». Se trata de un verdadero entrenamiento para una misión: «como corderos en medio de lobos», «sin alforja ni bolsa, ni sandalias», «decidles: el reino de Dios está cerca», «quien a vosotros escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado»... Ideas claras, instrucciones claras, identidad entre Él y ellos, entre lo que Él hace y lo que ellos hacen... No es un *training* ocasional, son los que continuarán todo cuando Él ya no esté. Este mismo método lo han usado

² Puede verse, para una exposición más amplia, las catequesis de Juan Pablo II, del 15 de junio al 20 de julio de 1988.

en la historia los que han querido que su obra permaneciera cuando ellos ya no estuvieran, sólo que aquí será para hacerse Él mismo presente por medio de ellos. Esto es simplemente hacer las cosas en serio. Ser coherente con la propia pretensión y misión.

- Mt 16: y llegado un momento especialísimo, al constatar que al menos algunos de ellos ya veían que era «el Cristo, el Hijo de Dios vivo»: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos. Y yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino, lo que ates aquí quedará atado en el Cielo, y lo que desates, igual». Queda claro, por la solemnidad del momento, la voluntad de Cristo de dar a su Iglesia un fundamento, una roca. Y un poder en la tierra y en el cielo. De hecho *atar* y *desatar* son términos técnicos en el lenguaje rabínico que significan admitir o rechazar a alguien en el pueblo de Dios, y también aplicar la doctrina o la moral de ese pueblo a situaciones concretas para enseñar a aplicar la ley de Dios de esa manera³.

Queda claro cómo va configurándose muy en serio una comunidad en torno a Él, y quien lleva toda la iniciativa es Él.

- Mt 14: entrega su cuerpo y su sangre, la de una alianza nueva (por tanto un pacto nuevo entre Dios y **su pueblo**). Lo entrega en un sacramento llamado eucaristía hoy en día. Entrega que es una pretensión inaudita. Y que la confía a unos cuantos de ese pueblo porque les da el poder de «hacer eso»: «Haced esto en memoria mía». La Iglesia que sigue configurándose ya tiene un

³ Pueden consultarse las notas explicativas de este versículo en cualquier Biblia católica; ésta empleada aquí es la de la Biblia de Jerusalén, en su última edición.

centro especialísimo. La familia tiene una mesa común, un alimento común⁴.

- Jn 20: si escandaloso era que Él pretendiera poder perdonar los pecados, ¿qué pretende cuando hace participar de ese poder a esos escogidos por su nombre? «Como el Padre me envió, también os envió Yo. Dicho esto, sopló y les dijo: recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retenáis, les quedan retenidos». Esto no es dado a unos individuos a título personal, sino a unos pocos para una comunidad que lo viva y lo participe a todo el mundo. ¿Sabe lo que hace con su Iglesia?
- Mt 28: y en su despedida, todo queda claro, ya después de haber resucitado «Me ha sido dado todo poder en el Cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que Yo os he mandado. Y he aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Este texto impresionante puede recoger muchas cosas de las dichas hasta ahora, pero aquí interesa destacar un mandato solemne a un grupo específico, de hacer discípulos, o sea de hacer crecer el grupo y enseñarles a vivir de una manera concreta. El mandamiento del amor «os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 13). Se dice fácil pero esto es mandar a la Iglesia a cambiar el mundo con el amor. No sabemos si lo ha hecho, pero esa cuestión es distinta de si Él quiso la Iglesia, y la quiso para eso.

⁴ Interesante observación de Ratzinger: «De ahí se sigue que la institución de la santísima eucaristía en la noche que precedió a la pasión no puede ser vista como una acción cualquiera más o menos aislada. Es la estipulación de un pacto, y como tal, la fundación de un pueblo nuevo, que se convierte en tal a través de su relación con la alianza con Dios». Curso de Teología a obispos brasileños, del 23 al 27 de julio de 1990. Cfr J. RATZINGER, *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*, pp. 15-16.

- Hch 1: desde muy pronto empezaron a vivir esta conciencia de Iglesia, aun antes de Pentecostés se reúnen para completar el vacío que había creado la muerte de Judas. Y la iniciativa la tiene ya Pedro, la Roca débil.

Y todo el libro de los Hechos de los apóstoles es un testimonio, históricamente muy seguro, como hemos visto, de cómo esa conciencia de la Iglesia va desarrollándose.

Puede valer también el ejemplo de Clemente Romano, tercer sucesor de Pedro, interviniendo en asuntos disciplinares y doctrinales ante los corintios, en un tiempo en que el último apóstol, Juan, aún vivía. Con una autoridad moral, sin duda superior a la de Clemente, pero sin el mandato jerárquico. La Iglesia lo tenía claro desde el principio porque Cristo los había preparado suficientemente en las cosas esenciales, y porque el Espíritu prometido ahí estaba también.

En resumen: «Cristo instituyó y mantiene continuamente en la tierra a su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y caridad, como un todo visible, comunicando mediante ella la verdad y la gracia a todos» (*Lumen Gentium*, 8).

- **La Iglesia no se inventó a sí misma**

No es razonable dudar de que Cristo quiso quedarse en la historia por este camino, con este método. Misterioso, frágil, pero históricamente cierto. Era la manera más humana de quedarse. ¿Había otra mejor para establecer una relación humana con los hombres? Es así como se ve que lo que está en juego, en el fondo, no es la credibilidad de la Iglesia misma, sino la de Cristo mismo, que es el verdadero inventor de la Iglesia. **De aquí que la pregunta pertinente a la Iglesia sea si es capaz de darnos a Cristo, y no cualquier otra cuestión.** Si es capaz porque tenga el poder de hacerlo y lo esté viviendo coherentemente. El poder sacramental, testimonial y de palabra. Si anuncia a Cristo, es Iglesia; si se olvida de eso, es cualquier otra cosa. Para juzgarla recatemente no hay que olvidar esto que es lo esencial.

Uno que había entendido esto, después de un largo camino de búsqueda personal y ante un sentimiento muy fuerte de aversión hacia la Iglesia, lo expresó así⁵:

«Si el debate especulativo había terminado para nosotros, teníamos todavía muchas repugnancias que vencer. La Iglesia en su vida mística y santa nos era infinitamente amable. Estábamos dispuestos a aceptarla. Nos prometía la fe por el bautismo, e íbamos a poner a prueba su palabra. Pero en la mediocridad aparente de la gente católica y en el espejismo que, a nuestros ojos mal abiertos, parecía ligarla a las fuerzas de reacción y de opresión, nos era extrañamente aborrecible. Nos parecía la sociedad de los satisfechos de este mundo, que aprueba y se alía con los poderosos, burguesa, farisaica, alejada del pueblo.

»Pedir el bautismo era también aceptar la separación de la gente que conocíamos para entrar en un mundo desconocido; era, así lo pensábamos, renunciar a nuestra simple y común libertad para ir a la conquista de la libertad espiritual, tan bella y tan real en los santos pero situada demasiado alta, nos decíamos, para ser nunca alcanzada.

»Era aceptar la separación —¿para cuánto tiempo?— de nuestros padres y de nuestros amigos, cuya incomprensión nos parecía había de ser total, y así lo ha sido en muchos casos; pero la bondad de Dios nos reservaba también sorpresas. En fin, nos sentíamos ya como “la escoria del mundo” ante la idea de la desaprobación de aquéllos a quienes amábamos. Jacques continuaba a pesar de todo tan persuadido de los errores de los “filósofos” que pensaba que al hacerse católico tendría que renunciar a la vida de la inteligencia.

»Mientras sólo nos preocupaba el espectáculo de la santidad y de la belleza de la doctrina católica, conocimos la alegría del corazón y del espíritu, y nuestra admiración iba en aumento. Ahora que nos disponíamos a entrar en el número de aquéllos que el mundo aborrece como aborrece a Cristo, sufríamos,

⁵ R. MARITAIN, «Las grandes amistades», *Debedec*.

Jacques y yo, una especie de agonía. Aquello duró aproximadamente dos meses... Creíamos también que el hacernos cristianos suponía abandonar para siempre la filosofía. Pues bien, estábamos dispuestos —aunque no era fácil— a abandonar la filosofía por la verdad. Jacques aceptó este sacrificio. La verdad que tanto habíamos deseado nos había cogido en su cepo. “Si Dios ha querido ocultar su verdad en un montón de estiércol —decía Jacques—, tenemos que ir a buscarla allí”».

4 OTRAS CUESTIONES, MENOS IMPORTANTES

Una vez comprobado que Cristo escogió la Iglesia como forma de hacerse presente en la historia, podemos preguntarnos otras cuestiones importantes, pero secundarias siempre a la anterior.

¿Cómo reconocer la Iglesia verdadera con el paso de los siglos, dado que claramente han pasado muchas cosas, ha cambiado el rostro de la Iglesia de Carlomagno a la de Ignacio de Loyola y a la de Juan Pablo II? ¿Es la misma que fundó Jesucristo? Y si miramos las otras denominaciones cristianas: anglicanos, luteranos, ortodoxos, calvinistas... ¿Cuál es la verdadera? ¿Valen todas igual?

En este asunto habría que profundizar en la unidad jerárquica por medio de los apóstoles y de Pedro, y en la unidad de magisterio. Cristo tomó las precauciones necesarias para que la Iglesia durara siempre siendo ella misma. Puede verse en la historia sin demasiada dificultad, si se mira con objetividad. Alguien lo hizo en su intensa búsqueda de la auténtica presencia de Cristo a lo largo de la historia, John Henry Newman, y nos lo contó en un relato apasionante (*Apología pro vita sua*).

En segundo lugar nos preguntamos sobre la capacidad de la Iglesia para transformarnos por dentro, para darnos la vida divina realmente, tal como Él prometió. Pretensión bastante apabullante para unos hombres pecadores, frágiles como cualquiera de nosotros. No obstante la vida sacra-

mental de la Iglesia, su vida litúrgica a través de los siglos y en la importancia y valor que tiene cada sacramento para los diversos momentos de la vida de cada hombre, es una muestra inequívoca de que posee el poder de transformar al individuo poniéndolo en contacto con Cristo. No es difícil mostrar cómo Cristo quiso hacer esta corriente vital esencialísima en su Iglesia, por medio de los sacramentos, ni tampoco encontrarse con los que lo han verificado personalmente, como Scott Hahn:

«Entonces un día cometí el *error fatal*. Decidí que ya era tiempo de ir a misa por mi cuenta [él había sido ministro calvinista durante tiempo después de su conversión a Cristo]. Resolví cruzar las puertas de Jesús, la parroquia de la Universidad Marquette. Justo antes del anochecer me introduje discretamente en la capilla del sótano para la misa diaria. No estaba seguro de lo que podía esperar: quizás estaría sólo con un sacerdote y un par de monjas ancianas. Tomé asiento como observador en el último banco.

»Pronto gente normal empezó a entrar desde la calle, gente que parecía totalmente “de la calle”. Entraban, hacían una genuflexión y se ponían a orar. Su devoción sencilla pero sincera era impresionante. Entonces sonó una campana y un sacerdote se acercó al altar. Permanecí sentado; dudé si era algo seguro ponerme de rodillas. Como calvinista evangélico me habían enseñado que la misa católica era el mayor sacrilegio que se puede cometer [volver a sacrificar a Cristo] por eso no sabía qué hacer.

»Escuché las lecturas, las oraciones y las respuestas de la gente, todo tan radicado en las Escrituras y todo parecía hacer la Biblia algo vivo. Casi quise detener la misa y decirles. “Un momento, esta frase es del libro de Isaías, esta otra es de un salmo, y ahí tenéis otro profeta en esa oración”. Encontré también numerosos elementos de la antigua liturgia judía que yo había estudiado con tanta intensidad.

»De pronto me di cuenta de que aquí es donde realmente encajaba la Biblia. Éste era el contexto en que ese hermo-

so sentimiento de familia debía ser leído, proclamado y comentado. Luego pasamos a la liturgia de la Eucaristía, donde todas mis certezas sobre la alianza convergían antes.

»Quería detener todo y gritarles: “¿Puedo explicar todo esto que está pasando con la Escritura? Es algo grandioso”, pero en vez de eso sólo permanecí sentado, profundamente hambriento del Pan de vida, con un hambre sobrenatural.

»Después de pronunciar las palabras de la consagración, el sacerdote sostuvo elevada la Hostia. Entonces sentí que la última gota de duda se me había secado. Con todo mi corazón murmuré: “Señor mío y Dios mío. Eres realmente Tú. Y si eres realmente Tú, quiero una comunión total contigo. No quiero conservar nada ni retraerme”.

»Entonces traté de recuperar control sobre mí mismo: ¿Soy presbiteriano, verdad? Sí. Y con eso me salí de la capilla sin decirle a nadie dónde había estado y lo que había hecho. Pero el siguiente día regresé, y el siguiente, y el siguiente. En una semana o dos estaba enganchado. No sé cómo decirlo pero estaba “de cabeza”, enamorado con nuestro Señor en la eucaristía. Su presencia para mí en el Santísimo Sacramento era poderosa y personal. Sentado en la parte de atrás, empecé a ponerme de rodillas y a rezar junto con los otros que ahora sabía que eran mis hermanos y hermanas. ¡No era un huérfano! Había encontrado una familia... Era el Evangelio en su plenitud»⁶.

¿Hubiera Scott Hahn reconocido esa Presencia simplemente entrando en esa capilla? ¿No era un signo llamativo la gente normal que de rodillas oraba y le señalaba una Presencia que él no podía sospechar por muchísima Biblia que sabía? Es la Iglesia que esa Presencia instituyó (y seguramente esa gente normal tenían pecados y defectos como todos, no eran santos de altar).

Observemos la Iglesia sin volvernos injustos y reconociendo que las luces son más que las sombras. De lo contra-

⁶ S. HAHN, *Rome Sweet Home*, p 87 y s. (traducción nuestra).

rio difícilmente después de dos mil años podría seguir transformando personas concretas. Es cuestión de mirar objetivamente, como Sheldon Vanauken cuando desde su escepticismo abierto en búsqueda comentaba:

«Tan importante como los libros o más, eran los cristianos. La casualidad (quizá) me había empujado a conocer algunos cristianos que se habían vuelto amigos: dos físicos, uno inglés y el otro americano; una chica que estudiaba historia y otros literatura inglesa o clásica; había un monje benedictino que no era sacerdote todavía y que estudiaba historia y teología. El físico americano era bautista del sur, el benedictino católico, otros anglicanos, metodistas y luteranos. Yo era igualmente consciente de que eran no sólo cristianos sino físicos o historiadores, pero también comprendía por primera vez que lo que unía a los cristianos, más que lo que los separaba, era su fe en Cristo. Estaba impresionado de que brillantes físicos nucleares y avanzados expertos en otros campos pudieran ser al mismo tiempo competentes, civilizados Y cristianos. Y estaba todavía más impresionados por lo que parecía ser la cualidad de alegría que salía de toda esta gente por su fe. Los no cristianos estaban a menudo contentos y felices cuando todo salía bien, pero nunca había encontrado esta alegría serena. Esto es algo que escribí entonces: “El mejor argumento a favor del cristianismo son los cristianos, su alegría, sus certezas, su plenitud. Pero el argumento más fuerte contra el cristianismo son también los cristianos, cuando son tristes y sombríos, cuando son autosuficientes o complacientes en su rectitud, cuando son estrechos o represivos. Entonces el cristianismo muere mil veces”. Pero si es justo rechazar a algunos cristianos por estas cosas, quizá, después de todo, no es justo aunque sea muy fácil, rechazar al cristianismo mismo por eso. Ciertamente hay indicios impresionantes de la cualidad positiva de la alegría que está en el cristianismo, y quizá en ninguna otra parte. Si esto fuera así, sería una prueba de un orden altísimo»⁷.

⁷ S. VANAUKEN, *Spiritual Journeys*, p. 340 y s.

Es este mirar la realidad de frente, sin quitarle nada por temores o prejuicios lo que llevó a Vanauken a la fe católica al final de su camino. Pero sin esas personas ahí en su vida, como signo de Cristo, el camino hubiera sido frustrante.

En tercer lugar afrontamos un tema apuntado ya por Maritain: Cristo escogió hombres para dar continuidad a su obra, los escogió con todas sus consecuencias. Por tanto, la continuidad en la historia tiene todas las grandezas y las miserias de la vida humana. Si hubiera sido una historia la de la Iglesia sin ninguna mancha ni contradicción, ¿qué humanidad paradisíaca sería ésa?, ¿qué Iglesia de perfectos nos encontraríamos? Si el «tesoro está en vasos de barro» (1Co) y no pretendemos que está en vasos de cristal, es farisaico escandalizarse por los defectos de la Iglesia. No se justifican, pero como no se justifica eso en ningún ámbito de la vida humana. Y a pesar de todos esos defectos, el tesoro está ahí, y el sacerdote más pecador puede perdonar mis pecados y estarán perdonados, y consagrar la Eucaristía y ahí estará Cristo. Sin volvernos injustos y reconociendo que las luces son más que las sombras.

Finalmente podemos evaluar todas las cuestiones actuales y candentes: lo que hoy piensa la Iglesia en materias controvertidas: moral sexual, principios familiares, clonación humana, etc. Debemos ir una por una ir viendo su racionalidad, su capacidad de interpretar al hombre de acuerdo a su vocación profunda o no, su capacidad de humanizar más con sus criterios y actuaciones que con otros criterios y otras actuaciones. De igual modo podemos analizar la aportación histórica de la Iglesia.

También esto debemos hacerlo desde la pregunta con la que abríamos este tema: si son opiniones humanas simplemente, se ve de una manera; pero si puede ser realmente un signo de algo más (la continuidad de Cristo en la historia), todo se ve y se juzga de otra.

¿Vive Cristo en la Iglesia? Cualquier otra pregunta a la Iglesia es menos importante que ésta. Si quiero conocerla en serio para hacerme un juicio sobre ella, antes que preguntarle sobre moral sexual o sobre problemas de justicia, o sobre clonación de seres humanos, tengo que verificar si esto, que ella dice de sí misma, de poder darme a Cristo es verdad o no. Porque si no lo es, no me interesa. **La Iglesia, sin Cristo, no es interesante.** Es sólo una opinión más, entre las tantas existentes. Pero también algo raro, porque además de tener un criterio sobre esos asuntos tan importantes, también piensa que puede darme a Cristo y que sus opiniones en otros asuntos tienen mucho que ver con Él, es más, que es lo que Él opinaría hoy si estuviera visible entre nosotros. No se la entiende, imposible, si se censuran aspectos de su identidad. O se toma todo y se hace un juicio, o el juicio que se haga sobre parcialidades será muy inexacto. Como sucede con cualquier otra materia. No se pide un trato de favor. Se pide sólo tomarla en serio, y después juzgarla como se quiera.

En cualquier caso hay que verificarlo acercándose a la Iglesia para ver si da lo que promete. No se puede verificar desde lejos. Como no se puede verificar ninguna realidad humana: familia, grupo... El salto de la libertad es necesario si todo esto viene de Dios, porque es más grande que yo y que mi capacidad humana de comprenderlo. Sin embargo hay más razones para hacerlo que para no hacerlo. Lo importante en el fondo del corazón es lo realmente importante.

Dostoievski era un maestro a la hora de mostrar lo que realmente preocupa en el fondo del corazón. En *Los hermanos Karamazov* describe cómo una joven campesina se acerca al starets Zósimo (en Rusia un *starets* es un monje célebre por su santidad y sabiduría al que acude la gente en busca de consuelo y consejo):

«—¿A qué has venido, hija mía?

»—Alivia mi alma, padre —dijo ella dulcemente, y se arrodilló con una profunda reverencia hasta tocar el suelo—. Padre, he pecado y me da miedo mi pecado.

»El monje se sentó en el último escalón del atrio y la mujer se acercó hasta él.

»—Hace tres años que soy viuda —empezó diciendo a media voz—. Era imposible vivir con mi marido. Era viejo y me pegaba mucho. Cayó enfermo y yo pensaba, mirándolo: “¿Qué ocurriría si se restablece y se levanta de nuevo?”, y aquella idea no se apartaba de mí.

»La mujer acercó sus labios al oído del monje y continuó con una voz que apenas se oía. Muy pronto terminó:

»—¿Hace tres años? —preguntó el starets.

»—Tres años. Antes no pensaba en ello, pero ahora se ha presentado la enfermedad mía y estoy angustiada.

»—¿Vienes de lejos?

»—He recorrido quinientas verstas.

»—¿Te has confesado?

»—Sí, me he confesado dos veces.

»—¿Has sido admitida a la comunión?

»—Me han admitido pero tengo miedo. Tengo miedo a morir.

»—No temas nada y no tengas nunca miedo, no te preocupes. Mientras haya arrepentimiento, Dios lo perdona todo. No hay pecado en la tierra que Dios no perdone al que se arrepiente sinceramente. El hombre no puede cometer un pecado tan grande que agote el amor infinito de Dios. Piensa sin cesar en el arrepentimiento y borra todo temor. Piensa que Dios te ama como no puedes imaginar, que te ama con tu pecado y a pesar de tu pecado. Hay más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por diez justos: hace mucho que se ha escrito esto... El amor lo redime todo y todo lo salva. Si yo, que soy un pecador como tú, me he enternecido y he sentido piedad por ti, con más razón la sentirá el Señor. Vete y no temas.»

Lo verdaderamente importante, lo decisivo para la vida humana es si este consuelo es verdadero. Si esta aplicación de la parábola del hijo pródigo que el monje hace a la cam-

pesina es verdadera o no. ¿Engaña la Iglesia cuando consuela así al hombre?

5 ¿POR QUÉ NO SE PERCIBE ASÍ LA IGLESIA?

Hay varias causas para explicar algo que salta a la vista: casi nadie percibe de este modo la Iglesia en nuestro mundo actual. ¿Cuáles son?

Una de ellas es que muchos cristianos no han llegado al fondo de la cuestión ni saben bien en qué creen. Cristo, en su grandeza y pretensión, no los ha transformado. No lo han tomado en serio. No han tomado en serio, ni han tomado en serio su propia vida. Aceptan a Cristo en una cierta rutina, más como cosa familiar o tradicional que como elección de algo grande que les ha cambiado la vida. Y así hablan de Él, si llegan a hablar. Imposible ver el fondo de la Iglesia, que es Cristo, por medio de estos cristianos, pues nadie da lo que no tiene. Imposible conocerla como es y juzgarla acertadamente.

Otra circunstancia de fondo es una actitud a priori que muchos hombres o mujeres tienen, que descarta la posibilidad de que Dios pueda actuar en la historia humana. Quizá creen en Él pero nunca se han planteado en serio: si existe puede actuar en la historia de los hombres que Él puso en marcha. Esto les lleva a tener en la práctica una idea de un Dios muy lejano, indiferente o inútil. Y como eso no puede ser Dios, sólo es una abstracción en su mente perezosa, ¿o temerosa? Y ese Dios no mueve a nada, no puede actuar en una Iglesia que se dice de Él. Por tanto ni suponerlo posible.

En esa actitud puede haber pereza intelectual o también una convicción de partida: lo que no se comprenda con la sola razón se rechaza, en nombre de una filosofía, o de la ciencia. La razón se pone a sí misma como medida de todo, excluyendo una causa superior al hombre. Como si el hombre fuera origen de sí mismo, y como si tuviera en sí el senti-

do último de todo. Y esta actitud no es muy racional, aunque venga de lejos, y tenga unas razones históricas muy concretas. Cualquier historia del pensamiento occidental las muestra.

Y no habiendo razones suficientes para la cerrazón a priori, ni para la indiferencia o pereza intelectual, vemos que todo ello constituye una renuncia a la razón, a la propia humanidad, y a la propia libertad. Esa renuncia no es razonable porque le faltan razones, es un a priori que en román paladino se llama *prejuicio*, o sea juicio previo sin entrar en materia.

Prejuicio porque ya hemos visto que hay más razones para creer que para no creer. Si Dios existe puede intervenir en la historia. Si puede y no lo ha hecho, simplemente es malo y no puede ser Dios. Y hay razones de mucho peso para pensar que Cristo es esa intervención, y la Iglesia su continuación. Rechazar esto a priori, sin aportar razones superiores a las aportadas aquí (o sea, que Dios no existe ni puede intervenir en la historia) no es racional, aunque se haga en nombre de la ciencia o de la filosofía o de la razón. Es sentimental, es un bloqueo de la razón por la causa que sea: prejuicio, negación a arriesgar la forma actual de vivir... Es ignorancia grave.

Finalmente otra causa de mucho peso es el ambiente cultural en que vivimos muchos de nosotros, claramente postcristiano. Gran parte de las manifestaciones culturales: arte, cine, literatura, debate político, prensa, etc., se niegan a afrontar la cuestión de fondo del hombre y de la sociedad. Censuran las grandes preguntas y el sentido último de aquello de lo que hablan, del hombre, de la sociedad, de las costumbres, de graves problemas como la guerra, el hambre, la familia. Hablan de todo ello desde la inmediatez, desde lo que se ve a primera vista, muchas veces desde los tópicos. Y hablan mucho, sin escuchar otras voces más pausadas y reflexivas. Así vamos configurando entre todos una cultura del no pensar, de ver las cosas sólo en su fachada, de no afrontar el fondo de nada. Una cultura que pesa mucho a la

hora de hablar, de opinar en grupo. Una cultura que hace ridícula o fuera de toda medida la pretensión de la Iglesia. Una cultura incapaz de afrontar la realidad de la Iglesia de cara, de conocerla a fondo antes de rechazarla.

Es verdad que a menudo los cristianos hablamos desde esos planteamientos de cuestiones de actualidad. Nuestra opinión sería una más, como si sólo fuera nuestra y no lo que Él piensa de esos asuntos. Desde un planteamiento que censura la cuestión de fondo del hombre y de la sociedad, no se puede tener interés ni por Cristo ni por la Iglesia. Pero si éstos son razonables, como hemos visto, entonces desde esa postura superficial y poco racional no pueden darse juicios que beneficien realmente al hombre o a la sociedad⁸.

Esta cultura que se respira por todas partes lleva en sí una certeza que se formó hace tiempo y que no se cuestiona: el cristianismo tuvo ya su momento y pasó. Pertenece sustancialmente al pasado, hoy no puede generar entusiasmo por la vida. Y con el cristianismo pasó Cristo. ¿Cómo puede percibirse realmente la Iglesia si no se le da la ocasión de presentarse simplemente como es? En los museos no se decide la vida ni la historia. «No faltan símbolos prestigiosos de la presencia cristiana, pero éstos, con el lento y progresivo avance del laicismo, corren el riesgo de convertirse en mero vestigio del pasado. Muchos ya no logran integrar el mensaje evangélico en la experiencia cotidiana; aumenta la dificultad de vivir la propia fe en Jesús en un contexto social y cultural en que el proyecto de vida cristiano se ve continuamente desdeñado y amenazado; en muchos ambientes públicos es más fácil declararse agnóstico que creyente; se tiene la impresión de que lo obvio es no creer, mientras que creer requiere una legitimación social que no es indiscutible ni puede darse por descontada. Esta pérdida de memoria cristiana va unida a un cierto miedo a la hora de afrontar el

⁸ Dos libros para profundizar en la materia: J. RATZINGER, *Ser cristiano en la era neopagana*, y M. BORGHESI, *Posmodernidad y cristianismo*.

futuro. La imagen del porvenir que se propone resulta a menudo vaga e incierta. Del futuro se tiene más temor que deseo. Lo demuestran, entre otros signos preocupantes, el vacío interior que atenaza a muchas personas y la pérdida del sentido de la vida»⁹.

Sin ganas de vivir, ¿quién va a preguntarle a la Iglesia ni a nadie, si puede ofrecer una razón para la esperanza? Ni la Iglesia ni Cristo pueden ser respuesta a una pregunta que no se plantea por anemia existencial.

6 CUESTIÓN DE MÉTODO: PREGUNTAR A LOS QUE SÍ SABEN

En las cosas importantes de la vida consultamos a los expertos, porque nos va la vida en ello. Ante una enfermedad grave no se nos ocurriría preguntar a un alumno de primero de Medicina sino al gran médico. Para escoger carrera no consultaríamos a un mal estudiante de tal carrera, sino al catedrático que más sabe. Todo ello porque la elección resultante tiene enormes consecuencias de cara a nuestro futuro. Eso es lo inteligente y lo humano en todos los campos.

En las cosas del sentido de la vida y de Dios, es igual. Hay que consultar al que sabe mucho de eso, a un hombre o mujer que haya tomado con toda seriedad su vida, y la respuesta que Cristo ofrece. Ver si es feliz y tiene una humanidad que me atrae y me convence. Constatar qué tiene que ver el seguimiento del Cristo que hemos estudiado con esa felicidad. Y si tiene algo, hacer lo mismo. ¿Reza, lee el Evangelio, vive la Eucaristía, vive la caridad fraterna, sabe apreciar la pobreza? Pues yo también por ese camino, con esa persona de la mano, con esa sencillez, pue sólo los pequeños entienden las cosas del reino de Cristo (Mt 11).

En las cosas de Dios hay que consultar a los santos, porque de ellas depende nuestra vida presente y eterna. Son los que

⁹ JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, n. 7.

sí saben. Y santo es un cristiano que se ha tomado la vida en serio y su fe cristiana también, aunque tenga sus defectos y miserias como todos, pero que a pesar de ellos su vida es diferente y atractiva, la paz, la alegría, la fortaleza, que tiene no las da el mundo. Si se consulta al periodista que habla con superficialidad de cosas profundas, o al teólogo que habla de lo que él quisiera que fuera la Iglesia pero no de lo que ésta dice de sí, o al intelectual que nunca se ha tomado en serio su propia razón huyendo por ello de estas preguntas pero hablando con dogmatismo... entonces muy difícilmente Cristo o la Iglesia podrán decirme algo. Si le pregunto a ese cristiano que trata de serlo en serio, y camino con él en esa búsqueda, algo puede pasar. Si sólo le pregunto, sin jugármelo todo libremente, pierdo el tiempo, ¿huyo?

¿Podría ser de otra manera? A veces nos surge la duda expresada como un sueño:

«Si yo hubiera vivido en la época de Jesús, con los apóstoles, junto a Él... enseguida me habría dado cuenta de quién era, no le habría fallado... Entonces era más fácil, le veías, ahora no. Pero esa duda-sueño, no es muy objetiva ni justa con la realidad que vivimos.

»—¿Quién les dijo que aquel hombre con el que caminaban era Dios?

»—¿Quién les aclaró el sentido último de sus palabras de fuego?

»—¿Quién les resolvió las preguntas que se agolpaban cuando veían un milagro?

»—¿Quién les aseguró que valía la pena dejarlo todo por Él?

»—¿Quién les calmó al oír cómo decían que estaba loco?

»—¿Quién les dio la firmeza de saber que acertaban al quedarse a su lado, al ver a tantos que lo dejaron?

»—¿Quién fue a buscarlos y animarlos en un rincón el día amargo de la desbandada general?

»—¿Quién pudo darles certeza de que lo de “pescadores de hombres” iba en serio?

»En cambio, nosotros jugamos con ventaja:

»—¿No es cierto que alguien nos ha dicho y repetido que Jesús es Dios?

»—¿No contamos con quien nos ha dado respuesta a nuestras preguntas sobre Él?

»—¿No hay quien, a nuestro lado, nos aclara y explica las palabras de Jesús?

»—¿No vemos a personas corrientes que le siguen con verdad y convencimiento?

»—¿No hay quien nos anima cuando queremos mandarlo todo a paseo?

»—¿No hay quien ha mantenido nuestra voluntad de seguirle, aunque otros no lo hicieran?

»—¿No hemos contado con alguien dispuesto a mostrarnos su fe, sin aspavientos, cuando estábamos a punto de perder la nuestra?

»—¿No es verdad que son —y han sido antes— muchísimos los que sin manifestaciones llamativas se confiesan sinceros cristianos que le siguen en libertad?

»Otros nos han mostrado el camino; no hemos tenido que descubrirlo. Otros nos han dicho la fe cristiana, no hemos tenido que inventarla. Otros nos han llevado de la mano a la celebración cristiana, y nos ha parecido lo más natural del mundo. Otros nos han enseñado a rezar: hemos aprendido a llamar Padre al mismo Dios. Otros nos han mostrado cómo vivir en cristiano, y su ejemplo nos ha parecido sincero. Otros...

»Claro que no todos lo han hecho bien. Pero el número, la valía y la autenticidad de los que lo han hecho bien —y los que lo siguen realizando hoy— pesa más que todos los fallos.

»Nos resulta imprescindible esa cadena que ha pasado de unos a otros la fe y la vida cristianas. Si la cadena se rompe, ¿cómo nos llegarían las noticias auténticas de Jesús?; si se interrumpen o desaparecen los testigos, ¿quién creerá en Jesús?; si nadie nos conecta con nuestro pasado cristiano ¿podremos inventar el cristianismo a partir de cero?

»Quien quiera buscar a Jesús de Nazaret recoja el testimonio que otros como Él ponen a su alcance. Y sólo después

de rumiarlo, de hacerlo suyo, de ser iluminado o calentado por el Espíritu que Jesús mismo prometió, podrá verificar si la Iglesia tiene la capacidad de entregar a Cristo o no. Es el camino humano de búsqueda, el método más humano.»¹⁰

¹⁰ L. RESINES, «Y en medio, como puente, la Iglesia», en *Y la Iglesia también*, p. 243.

CONCLUSIÓN: CERTEZAS DE UN CORAZÓN RAZONABLE Y DE UNA RAZÓN CORDIAL

Llegado el momento del salto de fe, es igual de arriesgado dejarlo en manos de la razón que dejarlo en manos de un sentimiento ciego. La libertad es de la cabeza y del corazón.

Y así fue como se desarrolló nuestra búsqueda: las huellas que parecía haber dejado Dios en la historia nos situaron cara a cara frente a la historicidad de los Evangelios; la figura de Jesús de Nazaret con su excepcionalidad removió los cimientos de nuestra racionalidad. Teníamos prejuicios que no conocíamos.

Al final del recorrido nos viene a la mente la avalancha de interrogantes que se nos echó encima justo en el momento del primer paso: ¿tiene sentido la vida?, ¿cómo reconocerlo?, ¿existió realmente Jesús?, ¿cuál era su pretensión?, ¿y con respecto a mí?, ¿es un mentiroso?, ¿un loco?, ¿dice la verdad?, ¿resucitó verdaderamente?, ¿tiene algo que ver la Iglesia con todo esto?

Has visto con nosotras que un simple repaso a la historia contestó algunas de estas preguntas sin posibilidad de duda. Otras, más unidas a la Trascendencia, quizá necesitaron más tiempo. Días, semanas, meses después, también estas últimas se fueron haciendo humo porque otra racionalidad, más humana, se abrió camino y nos ayudó a comprender que las verdades más esenciales exceden nuestro entendimiento (como le dijo el zorro al Principito, «no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos»), y la razón da un paso más racional que todos los anteriores cuando rechaza el prejuicio y se rinde al convencimiento de que el ser

humano necesita a Dios; que no podemos respondernos todo, pero podemos abrirnos.

Es entonces cuando el hombre se abre a la fe, y eso es cuanto puede hacer: arrojarse a unos brazos que aguardan, sin pretender abarcar con un abrazo algo (Alguien) que sí es capaz de abrazarte.

Éste es nuestro camino. Nos encontramos de nuevo contigo al borde del abismo, con la misma sensación de vértigo que quizá tú sientas en este momento. Pero el vértigo, decía Sartre, no es miedo a caer al abismo, sino a arrojarse en él. Las consecuencias son enormes, pueden afectar los cimientos de nuestra existencia, pero después de nuestro recorrido no podemos decir que sea un saltar al vacío. Al final del camino se ve la certeza. Una certeza no *sólo* racional, pero sí fundamentada en razones. Una certeza no *sólo* emocional, pero sí sentida desde lo más profundo del corazón (como en el amor, como en la amistad). La certeza nos impulsó a superar el vértigo.

Nosotras sabíamos que no nos lanzábamos a la Nada. También tú puedes comprobarlo con las certezas de un corazón razonable y de una razón cordial. Si ese salto te lleva a la «alegría serena» de la que habla Sheldon Vanauken, entonces, como decía C.S. Lewis, desengáñate, «ya estás cogido en la red. El Espíritu Santo va tras de ti. ¡Dudo que te escapes!».

Bibliografía

- ALFARO, J., S.I., *De la cuestión del hombre a la cuestión de Dios*, Sígueme, Salamanca, 1988.
- ARDUSSO, F., *Gesú Cristo, Figlio del Dio Vivente*, Edizioni San Paolo, Turín, 1998.
- AYLLÓN, J.R., *Dios y los náufragos*, Belacqua-Logos, Barcelona, 2002.
- BALTHASAR, H.U. von, *A los creyentes desconcertados*, Ed. Narcea, Madrid, 1983.
- BARAM, R. (ed.), *Spiritual Journeys*, Pauline Books and Media, Boston, 1987.
- BARDY, G., *La conversión al cristianismo durante los primeros siglos*, Encuentro, Madrid, 1990.
- BORGHESI, M., *Posmodernidad y cristianismo*, Encuentro, Madrid, 1997.
- BRUCE, F., *The New Testament Documents: Are They Reliable?*, Intersarsity Press, Downers Grove, 6ª ed., 2000.
- CABA, J., *El Jesús de los Evangelios*, BAC, Madrid, 1977.
- CARRÓN, J. y GARCÍA PÉREZ, J.M., *Cuándo fueron escritos los Evangelios*, Encuentro, Madrid, 2001.
- CHABANIS, Ch., *Dio esiste? Rispondono no*, Mondadori, Milán, 1973, p. 85.
- DANIELOU, J., *Miti Pagani, Mistero Cristiano*, Arkeios, Roma, 1995. O también: *De Mythes Païens, mystère chrétien*, Ed. Fayard, París, 1966.
- ECO, U. y MARTINI, C.M., *¿En qué creen los que no creen?*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1997.

- FRANKL, V., *El hombre en busca del sentido último*, Paidós, Barcelona, 1999.
- FRANKL, V., *En el principio era el sentido*, Paidós, Barcelona, 2000.
- FUENTES, C., *En esto creo*, Seix Barral, Barcelona, 2002.
- GIUSSANI, L., *Curso básico de cristianismo*, 4 vols., Encuentro, Madrid, 1987.
- GRASSO, D., S.I., *El problema de Cristo*, Ediciones Paulinas, México, 1968.
- GUARDINI, R., *La esencia del cristianismo*, Cristiandad, Madrid, 2002.
- GUARDINI, R., *Imagen de Jesús, el Cristo, en el Nuevo Testamento*, Guadarrama, Madrid, 1967,
- GUITTON, J., *El problema de Jesús*, Ediciones Fax, Madrid, 1960.
- HAHN, S., *Rome Sweet Home*, Ignatius Press. San Francisco. 1993.
- IGARTUA, J.M., *El Mesías Jesús de Nazaret*, Mensajero, Bilbao, 1986.
- KÖNIG, F., *Cristo y las religiones de la Tierra*, BAC, nn. 200, 203, 208, Madrid, 1968.
- KREEFT, P. y TACELLI, R., *Handbook of Christian Apologetics*, Intervarsity Press, Illinois, 1994.
- LA CUEVA, J. de, S.I., *En los fundamentos de la fe*, Egraf, Madrid, 1987.
- LAMBIASI, F., *El Jesús de la Historia*, Vías de acceso, Sal Terrae, Santander, 1985.
- LATOURELLE, R., S.I., *El hombre y sus problemas a la luz de Cristo*, Sígueme, Salamanca, 1984.
- LAURENTIN, R., S.I., *Vida auténtica de Jesucristo*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1998, 2 vols.
- LEONARD, A., *Razones para creer*, Herder, Barcelona, 1990.
- LUBAC, H. de, *Paradoja y Misterio de la Iglesia*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2002.
- MARITAIN, R., «Las grandes amistades», *Debedec*, Desclée de Brouwer, Buenos Aires.
- MCDOWELL, J., *The New Evidence that Demands a Verdict*, Thomas Nelson Publishers, Nashville, Tennessee, 2000.

- MESSORI, V., *Dicen que ha resucitado*, Rialp, Madrid, 2000.
- MESSORI, V., *Ipotesi su Gesù*, Società Editrice Internazionale, Turín, 1992.
- MONSERRAT, J., *Nuestra fe. Introducción al cristianismo*, BAC, Madrid, 1974.
- NASH, R.H., *The Gospel and the Greeks*, Probe Books, Dallas, 1992.
- PAZ, O., *Al paso*, Barcelona, Seix Barral, 1992.
- PLATÓN, *Fedón*, Alianza Editorial, Biblioteca Temática, Madrid, 1998.
- RATZINGER, J., *La Iglesia. Una comunidad siempre en camino*, San Pablo, Madrid, 1992.
- RATZINGER, J., *Ser cristiano en la era neopagana*, Encuentro, Madrid, 1995.
- RENAN, E., *Vida de Jesús*, Edaf, 1981.
- RESINES, L., *Y la Iglesia también*, BAC, Madrid, 2000.
- RUIZ BUENO, D., *Padres apologistas griegos*, BAC, n. 116, Madrid, 1954.
- SAINT-EXUPERY, A. de, *El Principito*, Ed. Ultramar-Emecé.
- SEEMANN, O., *Mitología clásica ilustrada*, Barcelona, 1958.
- STANTON, G., *Gospel Truth? New Light on Jesús and Gospel*, Harper Collins Publishers, Londres, 1995.
- STEIN, E., *En busca de Dios*, Verbo Divino, Pamplona, 1988.
- STROBEL, L., *The Case for Christ*, Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan, 1998.
- THIEDE, C., *Gesú, storia o leggenda?*, Edizioni Dehoniane, Boloña, 1992.
- UNAMUNO, M. de, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa Calpe.
- VANAUKEN, S., *Spiritual Journeys*, Pauline Books and Media, Boston, 1988.
- VAN THUAN, F.X. N., *Testigos de Esperanza*, Ciudad Nueva, Madrid, 2000.
- VV.AA., *Jesucristo: ¿mito, reliquia o verdad?*, Congreso Universitario, Delegación de Pastoral Universitaria, Madrid, 1999.

VIZMANOS, F. y RIUDOR, I., *Teología fundamental para seglares*, BAC, Madrid, 1963.

WEIL, S., *Carta a un religioso*, Trotta, Madrid, 1998.

ZOLLI, E., *Mi encuentro con Cristo*, Patmos, Madrid, 1952.